

Te esperaba a ti



ALIZÉE DUCHAMPS

**TE ESPERABA A TI:
el amor a los cincuenta
(Mejores Amigas 4)
ALIZÉE DUCHAMPS**

TE ESPERABA A TI: el amor a los cincuenta
ALIZÉE DUCHAMPS

Copyright© Alizée Duchamps, 2020

Primera edición digital: diciembre de 2020

Podéis seguirme en

-Facebook: <https://www.facebook.com/alizee.duchamps.10/>

-Instagram: @alizeeduchamps

alizeeduchamps.escritora@gmail.com

Quedan reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier otra forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ÍNDICE

[SINOPSIS](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[EPÍLOGO](#)

[REFERENCIAS A LAS CANCIONES](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[SOBRE LA AUTORA](#)

SINOPSIS

Cada día, tras su jornada laboral, Teresa elegía la última mesa de la cafetería, desde donde se dedicaba a pensar mientras contemplaba el mundo a través de la ventana. Pensaba en lo difícil que le había resultado encontrar trabajo debido a tener casi cincuenta años y a su falta de estudios; o en haber conseguido, por fin, un empleo de limpiadora en la universidad en horario nocturno. Pensaba en los años que se había dedicado únicamente a trabajar y a su hija Lara, olvidándose de sí misma, aunque no se arrepintiera de nada...

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la aparición de un profesor de aspecto despistado pero amable, que le pidió compartir su mesa, un sencillo gesto que alterará la monótona vida de ambos. Porque, tal vez, sin saberlo, se estaban esperando.

A todos aquellos que me dieron una oportunidad con la serie Mejores Amigas, que conocieron a Lara, Lisy y Martina, y que ahora desean saber de Teresa, la madre de Lara.

PRÓLOGO

—Buenos días, puedes sentarte. Eres Teresa, ¿verdad?

—Sí, Teresa Hernández.

—¿Cuántos años tienes, Teresa?

—Cuarenta y nueve.

—Ya... Sabes que con tu edad y sin estudios superiores lo tienes bastante difícil...

—Lo sé, pero la fábrica en la que he trabajado durante los últimos quince años cerró hace tres meses.

—Veo en tu currículum que abandonaste los estudios con veinte años. ¿Te importaría decirme por qué?

—Me quedé embarazada en mitad de la carrera. Tuve que ponerme a trabajar.

—¿No tenías familia que pudiese ayudarte? Perdona por el tercer grado, pero tengo que crearte un perfil.

—No pasa nada. Mi familia me echó de casa y tuve que buscarme un alquiler barato para poder criar a mi hija. Lo conseguí gracias a la ayuda de mis vecinas, que se hacían cargo de mi pequeña mientras yo estaba fuera. Trabajé de dependienta, camarera, en almacenes, fábricas y cadenas de montaje. La última empresa que me contrató, la que ha cerrado, fabricaba piezas para automoción. Yo estaba en la sección de verificación y control de calidad. Y, antes de que me preguntes por el padre de mi hija, te diré que no lo hay ni lo hubo.

—Entiendo... En fin, en este momento, después de repasar tus datos, lo único que me aparece por aquí que no exijan personas más jóvenes, es una empresa de pasta alimenticia, donde precisan cubrir puestos en el empaquetado. Pero está a cincuenta kilómetros y el contrato sería de

un mes.

—¿Solo un mes? ¿Y a cincuenta kilómetros? ¿No hay nada más cerca?

—A ver, déjame mirar... Bueno, si no te importa trabajar como limpiadora, hay una vacante en la empresa que se encarga de la limpieza de edificios públicos, y que en este momento piden a alguien para la universidad. Se trata de una suplencia, pero es de larga duración. La trabajadora a la que sustituirías estará de baja entre seis meses y un año por una operación de hernia discal. Y lo tienes aquí al lado...

—Sí, claro, acepto, antes de quedarme sin nada. Necesito trabajar para mantenerme.

—Estupendo. Enviaré ahora mismo la solicitud y en unos días te diremos algo. Pero, perdona que me entrometa... Si tienes una hija de veintiocho años que, por lo que me dice aquí, vive en Madrid y trabaja en una importante firma de publicidad...

—No voy a vivir de mi hija. Si no tiene nada más que decirme, espero su llamada. Buenos días.

—Buenos días, Teresa.

Empecé a escribir novelas románticas con cincuenta años, y, aunque ciertos problemas de salud me impidan dedicarme un poco más a ello, hay algo que la edad no va a ser capaz de borrar en mí: la ilusión.

Porque las mujeres de cincuenta aún tenemos mucho por hacer, por decir, por conseguir.

Alizée Duchamps

CAPÍTULO 1

Sobre la mesa, una taza permanecía vacía y ya olvidada. Hacía rato que Teresa había dado buena cuenta de su contenido, pero, como cada día solía hacer después de su jornada, continuaba sentada en la misma mesa de la cafetería del campus universitario. Le gustaba aquel rincón apartado y tranquilo, donde permanecía ajena al bullicio estudiantil de primera hora de la mañana. Acomodada en la silla, contemplaba a través de la ventana el cielo gris de otoño que ya había dejado caer las primeras gotas de lluvia y que empezaban a salpicar el cristal. Observaba a los alumnos y profesores que corrían a través de los jardines y arcadas de cemento en busca de sus aulas correspondientes.

Ya había trabajado en el turno de noche en otras ocasiones, así que, ya contaba con el trastorno que suponía pensar en irse a dormir cuando todo el mundo despertaba.

Solo hacía un par de semanas que había aceptado aquel empleo de limpiadora en la universidad y ya se había fabricado su rutina. Empezaba a trabajar a las doce de la noche y terminaba su jornada a las siete de la mañana. Al acabar, después de guardar el carrito con los utensilios de limpieza en el cuarto destinado a ello, cerraba con una de las docenas de llaves que colgaban del llavero con el escudo universitario, y se marchaba en busca de la cafetería, para poder observar el mundo diurno antes de irse a dormir. La mayoría de las veces se encontraba tan a gusto y relajada que se olvidaba del tiempo y se quedaba hasta que estudiantes o profesores invadían aquel tranquilo espacio y decidía que había llegado la hora de marcharse.

Aquel día en concreto, se hallaba tan sumida en sus pensamientos, que no fue consciente de que las mesas del local ya se habían llenado, algo que solía ocurrir más temprano si la mañana amanecía fría y lluviosa como aquella. Tampoco escuchó la voz que se dirigió a ella y que tuvo

que repetir en dos ocasiones una inusual petición.

—Perdone —dijo de nuevo aquella voz—, ¿puedo sentarme?

Teresa, que no se había percatado de la insistencia, dejó por un instante la contemplación del paisaje lluvioso y se giró hacia la voz para contemplar a un hombre de unos cincuenta años, que llevaba una gruesa carpeta bajo el brazo, una cartera de piel colgada del hombro y un vaso de café en la mano. Vestía con un traje clásico, aunque sin corbata, y lucía una cuidada barba y gafas de montura oscura. Sin lugar a dudas, se trataba de algún profesor que demandaba un sitio donde poder sentarse.

—Claro, siéntese —le dijo Teresa—. Yo ya me iba.

—No, no, por favor —le pidió el hombre mientras colgaba la cartera de la silla, se sentaba y colocaba la carpeta y el vaso sobre la mesa—, no era mi intención hacerla levantarse. Disculpe que invada su espacio, pero no hay ninguna mesa libre y necesito echar un vistazo a algunos trabajos de mis alumnos antes de entrar en clase.

A Teresa le pareció de mala educación levantarse inmediatamente y decidió quedarse unos minutos más. Volvió a girarse hacia la ventana y siguió mirando a los grupos de jóvenes que charlaban entre sí o permanecían embelesados en las pantallas de sus móviles. Percibió ligeramente los movimientos del hombre, que parecía concentrado en la visión de aquellos escritos mientras le iba dando sorbos al vaso de papel. Hasta ella llegó el olor a la colonia del desconocido, que le pareció suave y fresca, mezclado con el aroma a café caliente. Estuvo tentada de pedirse otro, pero reconoció que todavía le costaría más dormir si lo hacía y decidió levantarse de la mesa para volver a casa.

—Oh, vaya —se lamentó aquel profesor—, al final la he acabado molestando.

—No me ha molestado en absoluto —le dijo ella, a pesar de que, si fuera sincera, le diría que, de cierta manera, había invadido su pequeño refugio matutino—. Es solo que tengo que marcharme. Se me hace tarde. Buenos días.

El hombre correspondió a aquel saludo y continuó con su tarea.

El sueño volvió a resistirse aquella mañana, por lo que Teresa copió la rutina de los últimos quince días. Se levantó al mediodía, comió un resto de pasta del día anterior, hizo las tareas de la casa y bajó al supermercado porque la nevera empezaba a pedir a gritos algún alimento en su interior. En medio de aquella monotonía, recibió una llamada de su hija y otra de Cati, una de sus amigas, con la que quedó en reunirse por la tarde junto al resto del grupo. Y, como venía ocurriéndole desde que aceptara el turno nocturno, empezó a sentir el bajón justo cuando se sentaba en la terraza del bar. Algo que sus amigas señalaron nada más hacerle compañía.

—Madre mía, Tere, ya te estás quedando dormida —le dijo Cati—. Deberías haberte quedado en casa y recuperar un poco de sueño.

—Lo sé —suspiró Teresa—, pero entonces mi vida se reduciría a trabajar, dormir y comer sobras recalentadas. Si ya no voy a poder salir un rato con vosotras, me pego un tiro directamente.

—Tiene razón —la apoyó Montse—. Aunque ya sabemos que el turno de noche es una auténtica mierda.

—Lo que nos lleva de nuevo a la más que repetida cuestión —intervino Rosa—: ¿sigues sin querer irte a vivir con tu hija?

—No empecéis, por favor...

Teresa conocía a las tres mujeres desde hacía quince años, cuando coincidieron en la fábrica que las había dejado sin trabajo hacía unos meses. Durante todo ese tiempo habían compartido jornadas interminables, cansancio y broncas del jefe, pero también risas a escondidas en los lavabos, el nacimiento del segundo hijo de Montse y los divorcios de Cati y Rosa, vivencias que las habían unido y habían mantenido su amistad a pesar de que ya no coincidieran cada día en el trabajo.

Tras el despido, Cati había conseguido un empleo de cajera en un supermercado, Rosa había aceptado ayudar a su hermana en la panadería que regentaba, y Montse seguía en el paro, porque, de esa forma, disfrutaba un poco más de su marido y sus hijos.

—Qué quieres que te diga —insistió Cati—, pero yo no me lo pensaría. Ojalá yo pudiera tener

esa opción. Pasarme ocho horas cobrando en la caja me está destrozando la espalda.

—Y yo tengo que aguantar al plasta de mi cuñado —gruñó Rosa—, pero era eso o no poder pagar el alquiler. Si tuviera una hija con un casoplón y un marido forrado, me largaría ahora mismo.

—Chicas, chicas —las amainó Montse—, ya sabéis lo cabezota que es nuestra Tere. Si ella ha decidido quedarse y mantener su independencia, ha sido su elección.

—Exacto —corroboró Teresa—. ¿Tan raro os parece que prefiera seguir en mi espacio? Llevo demasiado tiempo a mi aire, sin darle explicaciones a nadie, decidiendo por mí misma. No necesito que me acoja mi hija como si ya fuese una anciana.

—Di que sí —la apoyó Montse—. Estás a punto de cumplir cincuenta años, no ochenta. ¡A nuestra edad todavía tenemos mucho que decir!

—Gracias por recordármelo —gruñó Teresa al recordar su próximo cumpleaños. Aunque ella sabía que seguiría sintiéndose joven, pensar en cumplir esa cifra le daba algo de vértigo. Era como un recordatorio de que ya había vivido más de lo que le quedaba por vivir.

—Deja de quejarte —señaló Cati—. Eres la única soltera del grupo y sigues conservando un bonito cuerpo, tu melena castaña y esos ojazos verdes que heredó tu hija.

—El color de mi pelo —aclaró Teresa— es obra de mi peluquera. Os recuerdo que, si no me lo tiñera, se parecería más al gris que al castaño.

—Pero tienes pelazo, hija —insistió Cati.

—Además, era la que más ligaba en el trabajo —bromeó Rosa—. ¿Terminaste del todo aquel rollo que te traías con el jefe de almacén?

—Pues claro que sí —refunfuñó Teresa—. No estoy tan desesperada como para liarme con un casado.

—¿Ni siquiera os acostasteis? —preguntó Cati con los ojos muy abiertos.

—Por supuesto que no —contestó envarada—. Estuvimos jugando un poco, nada más. Paso de problemas.

—Entonces —señala Rosa—, ¿desde cuándo no echas un polvo? Pensaba que yo tendría el

récord, pues no me como un rosco desde hace un año, cuando cometí la estupidez de acostarme con mi ex.

—No te preocupes, seguro que lo tengo yo —gruñó Cati—. ¿Os acordáis de aquel tipo que conocí un verano en Mallorca? Pues, desde entonces... nada. Y debe de hacer como tres años.

—Madre mía —rio Montse—. Y yo que pensaba que vosotras follábais más que yo... La única desventaja es que yo siempre lo hago con el mismo —volvió a decir entre risas—. ¿Y tú, Tere?

—Tranquilas —suspiró la aludida—, que el récord es mío. Porque ni me acuerdo.

—¡¿Qué dices?! —exclamó Rosa—. Pensábamos que tú tendrías tus noches locas por ahí... Todavía eres un bombón.

—Ya sabéis... En los últimos años me centré en mi hija, en trabajar para que pudiese estudiar, para que consiguiera lo que a día de hoy tiene, que es un importante puesto de ejecutiva.

—Y te olvidaste de ti misma —suspiró Cati—. Aunque no te lo voy a reprochar. A todas nos pasa lo mismo. Los hijos siempre son nuestra prioridad, es algo natural. Hasta que un día te miras al espejo y te ves sola, con arrugas nuevas, canas en el pelo y piensas: ¿qué ha sido de mí?

—No te agobies, Tere —intervino Rosa—. Tu hija se casó hace tres años, en los que seguro la has echado de menos y la has visitado todo lo posible porque te resistías a perderla. Estabais muy unidas y tenéis una relación muy bonita, de madre e hija y también de amigas que os lo contáis todo. Pero ha llegado el momento de centrarte en ti misma, ¿no crees?

—Sí, supongo —suspiró Teresa—. Pero, ahora mismo, estoy tan cansada que pienso en enrollarme con un tío y me da una pereza...

—Podríamos quedar para salir una noche —propuso Rosa—. Hace siglos que no nos tomamos un montón de mojitos. Y si, de paso, ligamos, pues no nos vendría nada mal, que a este paso se nos va a atascar.

—Tendréis que esperar a que cobre este mes —gruñó Cati—. Porque, en estos momentos, todo mi capital se reduce a los diez euros que llevo en el monedero.

—Yo no creo que vaya —comentó Montse.

—Eso ya lo suponíamos. —Cati puso los ojos en blanco—. Eres la señora casada y respetable del grupo.

—¿A que ahora sí que voy? —exclamó molesta.

—¿A que no te atreves a dejar a tu marido y tus hijos solos un sábado por la noche? —inquirió Rosa.

—Pues me habéis tocado los ovarios, chicas. Decidme el lugar y la fecha, que allí estaré.

—¿Preguntas la fecha para irte mentalizando? —bromeó Teresa.

—Sois unas...

Siguieron riendo un buen rato más, hecho que le fue de maravilla a Teresa para olvidarse del sueño y de las horas que aún le quedaban por delante fregando suelos y pupitres.

CAPÍTULO 2

Cada vez que Teresa empujaba su carrito cargado de productos de limpieza por aquellos pasillos y aulas desiertas, la envolvía la extraña sensación de encontrarse en un mundo paralelo, donde aquellos lugares, normalmente llenos de vida, se aletargaban a esas horas para que ella pudiese recorrerlos, invadirlos. De alguna forma, se sentía extrañamente poderosa, accediendo a espacios donde solo ella tenía el privilegio de entrar, aunque fuese para pasarles un trapo y la fregona.

Tras guardar los utensilios, quitarse los guantes y la bata y lavarse las manos, se dirigió como cada mañana a la cafetería de la facultad. Allí volvió a pedir un café con leche y a sentarse en la última mesa del local, donde comenzó a darle vueltas a la cucharilla mientras desviaba la vista hacia la ventana. De nuevo, el día aparecía gris y húmedo, algo que ya había avisado el parte meteorológico, que había anunciado toda la semana nublada y lluviosa.

Y allí continuaba Teresa, con una mano sujetando su cabeza, otra en la cucharilla y la mirada en el ir y venir de los estudiantes, cuando una voz que en un principio no recordó interrumpió su rutina.

—Perdone —escuchó decir a un hombre—, ¿puedo? —Le señaló la silla vacía frente a ella—. Hoy tampoco he encontrado sitio, así que, si no le importa que invada su espacio de nuevo...

Teresa levantó la vista y se encontró otra vez con el rostro con cuidada barba y gafas que suponía el de un profesor de aquella facultad. Vestía el mismo traje del día anterior y llevaba la cartera colgada del hombro y una taza en las manos, aunque no la gruesa carpeta que la mañana anterior ocupó gran parte de la mesa.

Teresa frunció ligeramente el ceño mientras hacía un rápido repaso visual por todo el local

para cerciorarse de que, realmente, no quedaba más sitio que en su mesa. ¿De verdad tenía que volver a compartirla? ¡Acababa de sentarse!

—No, claro que no me importa —dijo, sin embargo, mientras se tragaba un bufido de resignación—. Adelante.

—Me he dado prisa para ver si era capaz de llegar antes que usted —explicaba el hombre mientras se sentaba—, pero no ha habido suerte. Mi intención era invitarla a café para compensarle las molestias.

—No se preocupe —le dijo Teresa—, no tiene que compensarme nada. Esto es un lugar público.

—Pero —insistió el desconocido—, normalmente, nadie viene a sentarse en nuestra mesa. De verdad que lo siento.

—¿Se va a pasar la mañana disculpándose? —sonrió Teresa por primera vez al verlo tan apabullado.

—La verdad es que estoy poniéndome un poco pesado —sonrió también al tiempo que se recolocaba las gafas, gesto que ya le había visto hacer varias veces—. Por cierto, me llamo Ignacio, y doy clase de lengua y literatura. —Extendió su mano y Teresa se la estrechó. La de él le pareció suave, de largos dedos y uñas cuidadas. Por un instante, temió que notara las durezas que ya se estaban formando en las palmas de sus manos debido al palo de la fregona y la mopa seca. Ni siquiera entendió que tuviera que sentirse mal frente a un desconocido, mucho menos por el trabajo que realizaba.

—Lo parece —le dijo Teresa tras la presentación.

—¿Lo parezco?

—Profesor de literatura —respondió la mujer con una sonrisa.

—Oh, ya, claro —titubeó él en mitad de otra sonrisa—. Ese es mi sino, tener aspecto de profesor. Creo que lo parezco desde hace veinte años. ¿Y usted? ¿Cuál es su especialidad?

De nuevo, Teresa volvía a dudar. Por un lado, no pensaba sentirse inferior a nadie por dedicarse a la limpieza, trabajo tan digno e importante como cualquier otro, y mucho menos

frente a un tipo que no conocía de nada y cuya opinión le importaba un cuerno. Pero, por otro lado, se sintió reticente a tener que revelarle a aquel profesor a qué se dedicaba, porque era un aspecto de su vida que no le importaba a él ni a nadie.

—¿También tengo aspecto de profesora? —le dijo para evitar una respuesta que aún no había decidido.

—Demasiado guapa —rio él.

—¿Quiere decir que las profesoras son feas?

—No, no, no me malinterprete —respondió consternado—. Solo digo que, si nos ceñimos al aspecto estándar de una profesora, usted no lo tiene.

—Y ¿qué le dice mi aspecto?

A Teresa le dio cierta lástima acorralar de aquella manera al pobre hombre, pero hacía tiempo que no se divertía tanto en una conversación con un oponente masculino. En realidad, hacía siglos que no conversaba con ningún hombre que no fuese vecino, familiar o cajero de un supermercado.

—Pues... —titubeó mientras se ajustaba las gafas—, me dice que es usted encantadora, y con una paciencia infinita por aguantar al señor pesado que ha ocupado su mesa dos mañanas seguidas.

—Gracias —sonrió Teresa—, pero entiendo que es muy difícil sentarse en este lugar si no vienes bastante más temprano. —Señaló el resto del local, lleno hasta la bandera y envuelto en las risas y voces de sus jóvenes clientes.

—Entonces, ¿no piensa negar que soy un pesado?

—Vaya —rio ella—, ha descubierto mi omisión. Yo que no quería herir su sensibilidad...

Ambos rieron, cada vez más inmersos en aquella chispeante conversación.

—Al final, no me ha dicho su nombre ni su especialidad —insistió el profesor.

—Me llamo...

Justo antes de pronunciar su nombre, un par de estudiantes se abalanzaron sobre el hombre, como si pretendieran que les salvara la vida.

—¡Profesor, profesor! —exclamaron con sus rostros sofocados, seguramente por la carrera que se habían dado hasta allí—. ¡No sabíamos que el examen era hoy!

—Os he dicho muchas veces que miréis el campus virtual —les respondió—, y que actualicéis vuestras agendas. Ya no estáis en el instituto.

—¡Joder, no he estudiado una mierda! —se quejó uno de los alumnos mientras se marchaban.

—El duro profe de literatura —bromeó Teresa.

—No se fíe de las apariencias —sonrió él—. Ese examen solo contará un diez por ciento de la nota.

—Qué considerado por su parte, profesor —volvió a bromear ella.

Sin pretenderlo, Teresa evocó sus días universitarios, cuando se afanaba en estudiar para conseguir las buenas notas que solía sacar. Debió de componer una expresión un tanto nostálgica que su compañero de mesa pudo percibir.

—¿Está usted bien? —interrumpió él sus recuerdos.

—Sí, sí. —Teresa se levantó, cogió su bolso y su chaqueta—. Pero he de irme, se me hace tarde.

—A mí también. —Ignacio la imitó y se colgó su cartera en el hombro—. ¿Quiere que la acompañe?

—No, gracias —respondió de inmediato—. Buenos días, Ignacio.

El profesor observó cómo se marchaba aquella bella mujer y recordó que no había llegado a decirle su nombre.

Era fin de semana, por fin. Hacía tiempo que Teresa no agradecía tanto el poder quedarse en la cama hasta una hora indefinida y, sobre todo, poder hacerlo por la noche. Aunque, como todo el mundo sabe, trabajar de noche altera el ritmo circadiano, desestabiliza los hábitos alimentarios, produce insomnio, hipertensión y colesterol, y problemas psicológicos, a Teresa le gustaba buscar el lado bueno de las cosas, por lo que, a esa lista de inconvenientes, ella podía quitar el apartado de «problemas con la pareja». Algo bueno tenía que tener vivir sola.

Además, esa misma noche pensaba salir con sus amigas, puesto que Montse las había sorprendido a todas proponiendo quedar el sábado por la noche. Su única condición consistía en no volver más tarde de las dos de la mañana y, aunque Rosa y Cati refunfuñaron, a Teresa no le pareció tan mal. Seguro que se acabaría durmiendo en algún rincón.

Después de una siesta, en la que no durmió nada, y una ducha, Teresa se plantó delante de su armario. Lo primero que pensó fue que necesitaba ir de compras y renovar su vestuario, puesto que siempre veía lo mismo colgando de sus perchas. Como la mayoría de las veces que salía, eligió unos tejanos, unas botas y una blusa azul sin mangas, conjunto que le sentaba especialmente bien aunque se lo hubiese puesto un incontable número de veces. Esperaba que el tiempo que hacía que no salía fuese suficiente para que nadie lo recordara.

Después se plantó frente al espejo y procedió a maquillarse. Como le sucedía últimamente, emitió un suspiro al observar su rostro. Le parecía que era el mismo de siempre, con la misma expresión dulce y risueña, solo que con los contornos desdibujados, sobre todo alrededor de la boca. Los ojos, su rasgo más atractivo, hacía tiempo que estaban acompañados por un par de ojeras, un puñado de arrugas de expresión y unos párpados que cada día seguían un poco más la ley de la gravedad. Teresa presionó bajo las cejas y estiró su piel hacia arriba para observar su rostro desprovisto de arrugas, algo que resultaba un error, puesto que, en cuanto dejaba de hacerlo, daba la impresión de que envejecía de repente. En una ocasión, en la cola del *super*, una mujer le había llegado a confesar que sujetaba sus párpados con sendas tiras de esparadrado durante horas, mientras estaba en casa, para ver si, de esa forma, conseguía levantarlos un poco. Por lo que pudo ver Teresa en la mujer, aquel secreto de belleza no funcionaba.

No es que estuviese obsesionada con su aspecto, pero, de vez en cuando, el espejo le devolvía una dosis de realidad que a veces se hacía duro reconocer. Ya había pasado la década de los veinte años, los treinta y los cuarenta. En poco tiempo cumpliría cincuenta y sentía que no había aportado demasiado al mundo. Pero, tras ese funesto pensamiento, se le apareció el rostro de su hija Lara y se sintió mejor. Su hija era lo mejor de su vida, su gran obra, el legado que dejaría en el futuro. No había hecho otra cosa que cuidar de ella y trabajar, pero, si volviera atrás en el

tiempo, no cambiaría ni una sola decisión de su vida. Tal vez, lo que sí arreglaría sería el tema de sus estudios. Debería de haber seguido con su carrera universitaria aunque hubiese sido en más años, poco a poco...

Era mejor no seguir pensando en un tema que ya no tenía remedio.

Una hora más tarde accedía con sus amigas a un festivo local del Puerto Olímpico, donde los clientes solían tener la edad de ellas como mínimo, aunque a veces se encontraran con algún guiri despistado con edad para ser su hijo. Ya habían bailado durante un buen rato y habían decidido tomarse un mojito alrededor de una de las mesas, cuando Teresa sintió una ligera presión en su hombro. Se giró para encontrarse con un rostro demasiado juvenil que le sonreía y cuyo aliento cargado de alcohol impactó en su oreja.

—¿*Quieres* bailar, guapa? —le preguntó con un fuerte acento inglés que más bien parecía escocés.

—¿Por qué no te buscas una discoteca para gente de tu edad, bonito? —le respondió Teresa.

—No *quierro* discoteca, *quierro* bailar contigo...

—Joder, qué pesado —gruñó Teresa—. A ver, guapo. Si necesitas que alguien te cambie los pañales y te arrope, te aconsejo que vayas en busca de tu madre. Porque seguro que me has confundido con ella.

—Tú no *erres* mi madre. —El joven hizo esa afirmación con el ceño fruncido mientras trataba de centrar unos pensamientos que parecían dispersos en alcohol—. Tú *erres* guapa. Estás buena. *Quierro* follar.

—Ay, mi madre...

—Tere, por Dios —exclamó Cati—, deja de comportarte como una estrecha. Ya has oído al chico, quiere follar.

—No digáis chorradas —refunfuñó la aludida—. No pienso acostarme con un tipo que a mi propia hija le parecería un niño.

—¿Qué tiene eso que ver para echar un polvo, tía?—insistió Rosa—. Solo es para darle un gusto a ese cuerpo serrano que tienes. Joder, ojalá me lo propusiera a mí, que me ha dado un

calentón solo de pensarlo... ¡Oye, guapo! —se dirigió al inglés—. ¿No te sirvo yo? Para follar, me refiero.

—Me gusta ella —insistió el joven rubio—. Follar con ella.

—Yo alucino —suspiró Teresa—. Anda, guapo, lárgate de aquí y ve a darle la vara a otra.

—No entiendo que lo rechaces —intervino Cati de nuevo—. ¿Tú sabes la sesión de sexo que puedes tener con un tío de veinte años?

—Ni lo sé ni lo voy a descubrir —gruñó Teresa al tiempo que se giraba hacia Montse.

—A mí no me mires —dijo esta—. Tú sabes que yo no me liaría con un crío, pero soy la menos indicada para dar ese tipo de consejos. Soy la casada y tradicional, recuerda.

—Creo que ya no hace falta que discutamos por el asunto —las interrumpió Cati, que señaló con su cabeza a Rosa y al joven inglés, que se besaban con entusiasmo en uno de los sillones de terciopelo verde.

—¡Chicas! —exclamó Rosa cuando fue a coger aire—. ¡Me llevo a este bollito a mi casa! ¡Oh, Dios, he triunfado! ¡Intentad no moriros de la envidia, por favor!

El chico soltó un instante a Rosa y se acercó de nuevo a Teresa.

—¿Venir con nosotros, guapa?

—No, gracias. Que os divirtáis.

—Tú te vienes conmigo. —Rosa lo agarró del brazo y tiró de él—. Esta noche eres todo para mí.

—Joder con Rosa —suspiró Cati cuando quedaron las tres—. Te aseguro que, aunque te haya animado, no estoy segura de haber accedido a acostarme con un chico tan joven. Me ponen más los de nuestra edad. Al menos, de cuarenta para arriba.

—Me sucede lo mismo —dijo Teresa—. No me parece nada mal que la mujer sea mayor que el hombre. Llevamos demasiado tiempo viendo a viejos con jovencitas como para que nos parezca extraño que sea al revés. Pero eso no quiere decir que me apetezca un revolcón con un tipo que apenas acaba de sacarse el carné de conducir.

—Lo mismo digo. —Cati alzó su copa de mojito para proponer un brindis—. Por las que

preferimos esperar a que se nos presente un madurito buenorro.

—Como si fuera tan fácil —rio Montse después del brindis—. A ver, echad un vistazo a vuestro alrededor. ¡Oh, sí, ahí están Brad Pitt, George Clooney y Hugh Jackman! ¿Cuál os gusta más?

—Muy graciosa —bufó Cati—. Gracias por recordarnos que seguiremos con un enorme atasco ahí abajo.

Teresa rio por las gracias de sus amigas, aunque pronto tuvo que disimular su primer bostezo.

CAPÍTULO 3

—¿Cómo llevas el curro? —le preguntó a Teresa una de sus compañeras poco después de empezar con la monótona tarea de vaciar las papeleras, el primer paso que debían llevar a cabo en cada estancia. En ese momento se encontraban en el despacho de algún profesor.

—No lo llevo mal —contestó al tiempo que rociaba la mesa con espray desinfectante y pasaba el trapo—. Lo peor es el horario y el cansancio, pero qué os voy a contar a vosotras que no sepáis, ¿verdad?

—Nada nuevo, hija —intervino otra compañera, que, llaves en mano, abría un despacho contigo—. Yo llevo veinte años aquí metida, y ella diez. Dentro de poco nos convertiremos en murciélagos.

—En murciélagos lisiados —aportó la primera—, porque yo ya llevo una operación de hombro, otra de muñeca y aguanto como puedo los dolores de lumbares y cervicales. Aquí acabas hecha un asco.

—Lo sabía por conocidas que trabajan en el sector —comentó Teresa—, pero aún debo dar gracias por haber encontrado este trabajo.

—Pues créeme —sentenció la compañera—. Si tuvieras cualquier otra opción, elígela.

Por un instante, a Teresa se le apareció el rostro ceñudo de su hija, pidiéndole una y otra vez que se fuera a vivir con ella. Sería fácil dejarse convencer, pero...

El resto de la jornada siguió lento y pesado. El lunes, que para ella ya era martes, seguía siendo un día duro y no había mejor forma de acabarlo que descansando un rato junto a su apreciada ventana. Teresa cogió su taza de café con leche, se dirigió a su lugar habitual en la cafetería y, en cuanto llegó, se vio forzada a parar en seco. Su sitio estaba cogido por el profesor

de literatura. Ignacio, creyó recordar que se llamaba.

—Vaya, lo siento —titubeó la mujer—. Será mejor que busque otro lugar.

Echó un vistazo a su alrededor y la única mesa que encontró vacía estaba junto a la puerta, pegada a la pared.

—Genial... —balbució.

—¡Espere! —la detuvo el profesor—. La estaba esperando. —El hombre se puso en pie y separó una silla de la mesa—. Siéntese, por favor.

—No quería molestarle...

—Yo la he molestado a usted demasiadas veces —sonrió afable—. Vamos, acompáñeme.

Teresa obedeció y se sentó frente a él. Colocó su taza sobre la mesa y procedió a remover su contenido. No es que le molestara la compañía de aquel casi desconocido, pero le gustaba aquel tiempo a solas en su rincón. La charla con sus compañeras la había retrasado y ahora tendría que compartir su espacio.

—Antes de nada —dijo el hombre después de recolocar sus gafas, gesto que solía acompañarlo muy a menudo, como ya había advertido Teresa—, ¿podría decirme su nombre? El otro día no me lo dijo y creo que lleva usted ventaja, pues ya sabe el mío.

—Teresa —contestó ella tras dar el primer sorbo.

—Perdone si le he parecido algo «acosador» —sonrió—. Pero me estoy acostumbrando a su compañía matutina. Creo que me voy a clase un poco más optimista.

—No creo que yo desprenda mucho optimismo —señaló Teresa.

—Pues yo creo que sí —dijo él—. Por cierto, ¿puedo tutearte?

—Claro.

—No pareces muy habladora —señaló Ignacio—, pero desprendes una especie de calma fácilmente transmisible.

—Eso sí —sonrió ella tras dar otro sorbo—. Mi hija siempre dice que mi tranquilidad frente a los problemas la exaspera. Pero es que no se consigue nada alterándote.

—¿Tienes una hija?

«¿Por qué demonios le habré dicho eso?»

Supuso que, después de haber vivido tanto tiempo juntas y estar tan unidas, sin darse cuenta, la mencionaba muy a menudo.

—Sí —se limitó ella a contestar.

Ignacio fue a preguntarle algo más, pero se detuvo a tiempo. Al fin y al cabo, no eran más que un par de desconocidos para que se contasen su vida.

—Espero que con tus alumnos seas un poco más habladora —comentó.

Teresa fue a contestar, pero, en el último momento, decidió terminar de beberse el contenido de su taza e ignorar el comentario.

—Perdona —se disculpó el profesor—. He sido un poco insistente. A veces no me doy cuenta de que ya no estoy en clase para tener que seguir hablando. En mi defensa, alegaré que me paso tanto tiempo hablando para grupos de jóvenes, que a veces me emociono al ver que me escucha alguien de mi edad.

—No tienes que disculparte —dijo Teresa—. Por cierto, ¿cómo fue el examen?

Fue la forma que se le ocurrió para desviar la atención de ella misma.

—Bastante bien —rio él—. Vaya —se lamentó al mirar su reloj—, ya es la hora. Debo irme.

—Sí, yo también.

Ambos se levantaron de la mesa y se dirigieron a la salida de la cafetería. Cuando Ignacio fue a preguntarle por su destino, Teresa ya se había despedido de él y bajaba las escaleras a toda velocidad para desaparecer tras las columnas del edificio.

—Esto es ridículo...

Tras la jornada nocturna, después de guardar cada producto y utensilio en su lugar, Teresa se encontró utilizando por primera vez el pequeño espejo que colgaba de una de las paredes del reducido vestuario. Sus compañeras ya se habían marchado y ella aprovechó para deshacerse de la goma que sujetaba su cabello en una coleta y se lo dejó suelto para poder cepillárselo. A continuación, perfiló sus ojos con un lápiz negro y se aplicó un tono suave y brillante sobre los

labios. También comprobó su atuendo, ya que, aunque volvía a llevar tejanos, había escogido esa noche unos más nuevos y cambiado las deportivas por unos botines marrones que combinaban bien con el fino suéter color canela.

Y volvió a parecerle ridículo aquel esmero en su aspecto, aunque no podía negar que pensaba desde hacía horas en su encuentro diario con el amable profesor. Se sentía un poco idiota, porque era más que seguro que aquel hombre no la miraba de esa forma, pero se encontró de pronto con la necesidad de que la viera un poco más arreglada, como si pretendiera hacerle saber que todavía se sentía guapa.

Como si el tipo fuese a darse cuenta de que llevaba el pelo suelto...

En medio de un suspiro, cerró aquel cuarto con llave y se dirigió a la cafetería. Antes de llegar, dudó un instante si no era mejor marcharse aquel día a casa directamente y dejar de comportarse como una adolescente, pero, en mitad de su vacilación, escuchó su nombre, que provenía de la entrada del local.

—¡Teresa!

Era Ignacio, que la saludaba con la mano desde la puerta. Sonreía afablemente y, como si se hubiesen puesto de acuerdo en cambiar de aspecto, esa mañana había cambiado su traje clásico por unos vaqueros, una americana azul marino y una camisa de un tono anaranjado que hacía resaltar su barba y su cabello oscuro.

—Hoy hemos coincidido —le dijo—. Por fin voy a poder invitarte.

—No es necesario...

—Por favor —la interrumpió—. El sueldo de docente todavía me da para pagar un par de cafés con leche.

—Gracias —sonrió Teresa—. Si te parece, voy a coger la mesa de siempre. Te espero.

Se arrepintió al instante de aquel comentario. Aquella era la mesa de siempre para ella, no para él. Tonterías que dice una sin pensar.

Ignacio se acercó a la mesa con las dos tazas y Teresa le cogió la suya con rapidez para que él pudiese sentarse y colgar su inseparable cartera en el respaldo de la silla.

—Hoy te veo distinta —comentó el profesor después de verter un azucarillo en su café y comenzar a removerlo.

—Me he quitado la goma de la coleta —respondió ella, contrariada por aquella absurda explicación—. Se me hace pesado llevarla tantas horas.

Absurda y falsa explicación.

—Sí, ya he visto que llevas el pelo suelto, pero, no sé... creo que es algo más...

Teresa se removió incómoda en la silla. Estaba segura de que él no se daría cuenta de nada, con ese aspecto de profesor despistado. Y volvió a creer que había sido una estupidez, a pesar de sentirse halagada porque el hombre hubiese advertido aquel pequeño cambio.

Lo mejor sería desviar la conversación hacia otro lado.

—¿Cómo se presenta tu día hoy? —le preguntó mientras saboreaba el café.

—Estamos a principio de curso. —Ignacio encogió sus hombros y colocó sus gafas en el puente de su nariz, en un gesto tan característico en él que Teresa pensó que casi podía prever cada vez que lo haría—. Así que, todavía tratamos el *Cantar de Mio Cid*.

Teresa volvió a sentir nostalgia. En sus antiguos estudios de Filosofía y Letras, ella también había analizado aquellos textos medievales en su momento, aunque apenas le quedasen recuerdos de lo bien que se le daba.

—No solo tienes aspecto de profesor —bromeó Teresa—, sino que tienes toda la pinta de disfrutar siéndolo.

—Enseñar es mi vida —contestó Ignacio antes de mirarse la hora en el reloj—. Vaya por Dios —suspiró al tiempo que cogía su cartera y se la colgaba al hombro—. Cada día se me hace más corto el rato que pasamos juntos. Y, para colmo, el resto de la semana no me verás por aquí.

—¿Por qué? —preguntó Teresa contrariada.

—Porque las próximas dos clases las voy a impartir de forma telemática, como una prueba piloto, desde mi casa. Así que no podré volver a invitarte a café hasta la semana que viene.

—No pasa nada —sonrió Teresa para intentar paliar la decepción que sentía.

—A no ser... —Ignacio se reajustó las gafas y tamborileó su labio inferior con los dedos—.

¿Qué te parece si quedamos una tarde, fuera del ámbito universitario? En un bar normal y corriente, me refiero. —Sonrió.

—Me parece bien —respondió Teresa intentando que no advirtiera su alivio. Le pareció algo natural seguir conversando con aquel hombre, sin tener que etiquetarlo como «cita» ni nada parecido.

—¿Te iría bien esta tarde?

—No puedo. —Teresa compuso una mueca. Había quedado con sus amigas para hablar del tema del polvo de Rosa con el tipo imberbe—. He quedado.

Por un instante, se sintió mal al irritarse por no poder aceptar. Sus amigas siempre serían más importantes que quedar con un hombre al que apenas conocía.

—¿El sábado, entonces?

—Sí —sonrió Teresa—, el sábado me viene mucho mejor. ¿Dónde quedamos?

—En el Paseo del Borne hay una cafetería bastante tranquila, si te viene bien.

—No está muy lejos de mi casa, me parece genial.

—Entonces, hasta el sábado, Teresa.

—Todo el mundo me llama Tere —aclaró ella mientras caminaban hacia la puerta de salida.

—Me gusta más Teresa, si no te importa —le dijo sonriente—. A mí, en el ámbito familiar, me llaman Nacho.

—Pues yo también prefiero Ignacio, tu nombre completo —le confesó Teresa antes de darse la vuelta—. Parece que no nos van los diminutivos —rio.

En esa ocasión, Ignacio no intentó acompañarla. Como siempre, se quedó mirando su silueta mientras desaparecía entre la gente.

—Entonces, ¿recomiendas el sexo con chicos jóvenes? —preguntó Cati a una Rosa pletórica.

—¡Por supuesto! —respondió esta—. Tengo unas cuantas agujetas pero es el precio a pagar, como cuando vas al gimnasio después de siglos sin aparecer.

—Yo me sentiría más mayor de lo que soy —gruñó Montse—. No sé..., no te digo que no te

lo puedas pasar bien, pero...

—Pero da un poco de mal rollo —intervino Cati de nuevo—. Piensa que mi hijo tiene una edad parecida.

—No creo que Rosa pensara en su hijo estando con el inglés —bromeó Teresa—. Además, fue un simple polvo, un gusto que le dio al cuerpo, porque no creo que vuelva a verlo.

—Bueno... —titubeó Rosa con aire pícaro—, en realidad, hemos vuelto a quedar. El sábado, para ser más exactos. Está en España de Erasmus y no se irá hasta dentro de unos meses. Me ha pedido seguir viéndonos.

—Joder, Rosa —refunfuñó Cati—. ¿En serio? Como acabes colándote por el chico...

—¡No voy a pillarme por nadie! —contestó con los ojos en blanco—. Es más, me ha dicho que quiere volver a ver a mis amigas y le he dicho que estaríais conmigo. Hemos quedado en el mismo lugar de la semana pasada.

—Ese pobre chico tiene un problema —bufó Montse—. Y, por cierto, no voy a volver a salir el sábado por la noche. Los fines de semana son para estar con mi familia. Lo siento si os parezco una maruja aguafiestas.

—A mí tampoco me va bien —intervino Cati—. Mi presupuesto para ocio ya se ha ido a la mierda.

—Joder, chicas —se quejó Rosa—, muchas gracias. Espero que, al menos, vengas tú, Tere. Seguro que el inglés se pone loco de contento al verte. Aunque no sé si es buena idea, porque la otra noche no dejó de preguntarme por ti.

—No voy a ir —dijo Teresa—. No pinto nada con vosotros dos.

—Pues nada —gruñó Rosa—, vosotras os lo perdéis. Y luego os quejáis de que no os pase nada interesante.

Teresa fue a abrir la boca para hablarles de Ignacio, porque ella sí creía que haberlo conocido resultara interesante, al menos para ella. Pero, tal como lo pensó, desistió en el mismo instante. Con seguridad, sus amigas empezarían a hacer bromas y a preguntar cómo era o si se habían liado y cosas así. Y, aunque le parecía que eso sería lo más normal del mundo entre amigas, o,

precisamente por eso, decidió que aquella extraña amistad surgida con un profesor de literatura era algo que se quedaría para ella.

De momento.

CAPÍTULO 4

—¿Me acompañas a comprarme ropa?

—¿Estás de broma? ¡Eso ni se pregunta!

Luisa, su vecina y madre de Lisy, siempre estaba dispuesta a acompañarla. Se hicieron amigas veintiocho años atrás, cuando Teresa llegó a aquel edificio de apartamentos, embarazada y sola, y aquella amable vecina recién casada se prestó a ayudarla en lo que hiciese falta. Desde entonces, eran más que amigas, casi hermanas.

Se acercaron a un centro comercial y, aunque no estaba en su mejor momento económico, Teresa se hizo con algunos conjuntos nuevos, blusas, pantalones, camisetas y algo de calzado.

—¿Puedo preguntar a qué se debe semejante renovación de armario? —preguntó Luisa cuando, cargadas de bolsas, se sentaron a tomar un refresco—. ¿Es una fiebre repentina por actualizar tu vestuario, sigues deprimida por el trabajo o hay algo más?

—De todo un poco.

—Tere, cariño, que son muchos años juntas...

—Es una tontería —suspiró Teresa cuando reconoció que a su amiga nunca le había ocultado nada—. He quedado para tomar un café con un hombre, pero no es nadie... quiero decir... que no es una cita ni nada parecido, en realidad, hace nada que lo conozco, simplemente hemos coincidido tres veces contadas en la cafetería del campus porque se había quedado sin mesa y...

—¡Para, para! —la interrumpió Luisa—. ¡Me estás saturando con tanta información! ¡Y encima no me entero de nada!

—¡Ni yo misma me entero! —bufó Teresa.

—Yo lo resumiría en que has quedado con un hombre —le dijo su amiga muy lentamente—,

y te hace ilusión arreglarte un poco. ¿Ves qué fácil?

—Más o menos —suspiró Teresa.

—¿Te gusta? Ese hombre, me refiero.

—Pues... no sé —se incomodó la mujer—. Ni siquiera lo he pensado. Es amable, sencillo, educado... Es profesor de literatura en la universidad donde trabajo.

—¿Le has dicho a qué te dedicas?

—No. —Teresa se sintió expuesta y algo contrariada. Había sido consciente en todo momento de que no se lo había dicho, pero apenas había pensado en ello. O no había querido hacerlo.

—Entonces, te gusta.

—¿Cómo dices?

—Que yo creo que si no le has hablado de tu trabajo es porque temes que eso te haga perder atractivo.

—Oh, vamos, Luisa —se quejó—. Nada de lo que dices tiene sentido...

—Entonces, ¿por qué aceptaste salir con él?

—Porque me apetecía. Seguro que si hubiese quedado con una mujer no me habrías hecho este interrogatorio.

—Tal vez tengas razón y yo estoy paranoica —suspiró Luisa—. En fin, ya me contarás.

—No habrá nada que contar.

—Eso ya se verá.

Tras desparramar un montón de ropa sobre la cama, Teresa se decantó por unos pantalones negros y una blusa color esmeralda que resaltaba sus ojos verdes. Remató el atuendo con unas botas negras de tacón y una chaqueta del mismo color, una combinación que la satisfizo nada más mirarse al espejo de la cómoda. Aunque, a continuación, tocaba un tema más peliagudo: el maquillaje.

No le gustaba nada recargarse el rostro con capas de pintura, pero, justo aquel día, se encontró más pálida que nunca y con un par de ojeras que formaban sendas bolsas bajo los ojos.

—Genial, precisamente hoy, tengo el feo subido —bufó—, así que ya puedo sacar un bote de corrector de los de medio kilo. En fin —suspiró—, la naturalidad está sobrevalorada.

No tuvo más remedio que extender bien la base antes de aplicar el corrector de ojeras en el rostro, *eyeliner* y rímel en párpados y pestañas, y carmín rojo en los labios. Le encantaba pintarse los labios de rojo. Su cara pareció iluminarse con aquellos toques mágicos que puede ofrecer la cosmética. Lo de ir con la cara lavada... para las jovencitas. El maquillaje, cuando se tiene cierta edad, ofrece un plus de seguridad a las mujeres que eligen arreglarse de esa forma.

Tras bajarse del metro, unos quince minutos después, Teresa encontró el lugar que había propuesto Ignacio. Se trataba de una cafetería sencilla en una de las plazas adoquinadas y adornadas con flores de aquel encantador barrio en el que todavía se respiraba cierto aire medieval. El profesor ya se encontraba sentado en una de las mesas de la terraza, a pesar de la humedad reinante en el ambiente. En esa ocasión, vestía una chaqueta algo más gruesa sobre unos vaqueros y una camisa granate, un poco más informal.

Teresa permaneció quieta unos instantes, dudando si estaba haciendo bien.

¿Por qué había aceptado? Era una completa locura quedar con un desconocido que, por otra parte, podía estar pensando en tener algo con ella, cuando Teresa no buscaba una relación ni loca... Aunque, también podía ser que, sencillamente, quisiese charlar un rato con alguien con quien había conectado y ella le daba demasiadas vueltas solo porque eran un hombre y una mujer, lo que ella misma había criticado...

Teresa suspiró y, desde donde se encontraba, se dio media vuelta y empezó a alejarse del lugar. Aquello, por mucho que quisiese disfrazarlo, apestaba a cita por todas partes, y no era el momento más adecuado de su vida para ello. Echaba de menos a su hija, su trabajo no le gustaba, el horario nocturno la estaba desquiciando y, para colmo, pronto cumpliría cincuenta años. Lo mejor sería que primero reorganizara su vida y, después... ya vería.

Justo antes de doblar la esquina por la que desaparecería, se giró un instante y contempló al hombre que la esperaba sentado frente a una mesa, todavía vacía porque, seguramente, habría decidido no pedir nada hasta que ella llegase, tan considerado como parecía. Y, entonces, Teresa

se detuvo y se dejó caer sobre el antiguo edificio sin dejar de contemplar al hombre. Ignacio dejaba pasar el tiempo mientras miraba algo en su teléfono móvil. Su espeso cabello oscuro le caía por la frente y con una mano acariciaba su barba.

«Seguro que ahora se ajusta las gafas», pensó.

Sonrió al comprobar su acierto, pues el profesor hizo eso mismo, gesto que ella empezaba a adivinar y que le parecía adorable. Tan adorable como su galantería o su forma pausada de hablar.

Por primera vez, fue consciente de que, ciertamente, Ignacio le gustaba. No supo cómo, cuándo o por qué, pero una pequeña mariposa instalada en algún rincón de su estómago había empezado a batir sus alas muy despacio, poco a poco, sin prisas.

De pronto, inspiró una bocanada de aire y lo expulsó lentamente mientras trataba de ubicar sus pensamientos anteriores para borrarlos. Precisamente, si ya tenía cierta edad, todavía tenía más motivos para no tener que pensar tanto. El tiempo pasaba, las ocasiones no volvían. Su vida podía no parecer muy centrada en aquellos momentos, pero, ¿y qué? No le debía explicaciones a nadie. En cuando a lo de esperar... cuando sabes que has vivido más de la mitad de tu vida, no estás para esperar.

Con el último pensamiento todavía fresco, comenzó a caminar de nuevo hacia la cafetería. ¿Qué era lo peor que podía pasarle? ¿Que Ignacio únicamente buscara un rato de charla? Pues habría ganado un amigo. Si buscaba algo más... De momento, no había dado indicios de ello, pero, si mostraba interés...

No tenía ni idea de qué pasaría si se daba el caso. Pero esa es la salsa de la vida, que, la mayoría de las veces, no sabes qué va a pasar.

—Hola, Ignacio —lo saludó cuando llegó a la mesa. El profesor se puso en pie y le hizo un gesto para que se sentara—. Siento el retraso.

—Hola, Teresa —correspondió a saludarla antes de que ambos se sentaran—. No pasa nada. ¿Qué te apetece tomar?

—Café con leche por favor.

Ignacio pidió lo mismo para los dos y comenzaron el ritual de añadir el azúcar y remover la bebida con la cucharilla.

—Es un lugar bonito —comentó Teresa, mirando a su alrededor.

—La verdad es que sí —respondió él—. No vivo muy lejos de aquí y vengo bastante a menudo, cuando me he pasado toda una tarde corrigiendo o repasando el temario.

—Pero, ¿vienes solo?

La pregunta de Teresa lo pilló por sorpresa. Ignacio dio un sorbo a su taza y después la dejó despacio sobre el platillo, movimientos que le dieron algo de tiempo para pensar su respuesta.

Había visto perfectamente cómo aquella mujer había llegado al lugar, se había detenido y, tras un instante de duda, se había dado la vuelta. Recordó la decepción que había sentido al verla alejarse para, momentos después, observar cómo volvía a titubear antes de decidir volver. Tuvo que disimular más que nunca la satisfacción que había sentido al verla acercarse. Casi lo mismo que había experimentado el día que se decidió a compartir mesa con ella.

Ya la había visto días atrás, siempre sola, siempre a la misma hora. Él solía limitarse a acercarse a la barra de la cafetería, pedirse un café en vaso de papel y marcharse para tomárselo de camino a clase. Pero entonces la vio un día, y después otro, y otro. No podía negar que lo primero que le atrajo fue su físico, pues era una mujer preciosa, pero fue algo más que eso. Le había atraído también su expresión melancólica mientras se dedicaba a mirar por la ventana, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo para observar a los demás. Le había preguntado a un par de compañeros si la conocían, por si se trataba de una profesora suplente, pero nadie la había visto antes. Así que, aprovechó aquel día su necesidad de sentarse en una mesa para acercarse a ella, aunque apenas cruzaran dos palabras. A partir de ahí, intentó dar cada día un paso más, algo realmente extraño en él, que no se acercaba a una mujer desde...

—Sí, suelo venir solo.

—Perdona, Ignacio, no pretendía...

—No importa —sonrió—. Si te parece, hoy podríamos dejar a un lado la conversación sobre el trabajo y hablar un poco sobre nosotros.

Advirtió perfectamente la incomodidad de Teresa.

—No te asustes —bromeó con ella—. Solo pensaba añadir a mi respuesta que vengo solo porque vivo solo.

—Yo también vivo sola —respondió Teresa algo más tranquila.

Al final, la pregunta de Teresa le había facilitado las cosas al profesor. No sabía cómo averiguar si compartía su vida con alguien, y, de esa forma, ya había obtenido su respuesta.

—¿Divorciada? —preguntó él—. Perdona la indiscreción, pero...

—Creo que deberíamos de dejar de pedirnos perdón —sonrió Teresa—. No, no estoy divorciada.

—Ah... —titubeó Ignacio—, pensé que... ¿Eres... viuda?

Por fin, Teresa se relajó. Dejó atrás la incomodidad de sentirse expuesta para pasar a disfrutar de aquella conversación.

—No, tampoco.

—Entonces... ¿estás casada? Aunque has dicho que vives sola...

—Nunca he estado casada —sonrió de nuevo.

—Pero... hablaste de tu hija...

—Últimas noticias —bromeó ella—: para tener un hijo no hace falta estar casada.

Ignacio lo entendió y, de pronto, se sintió un poco tonto.

—Yo... lo siento —rio—. He debido de parecerte un anticuado.

—Claro que no —rio ella también—. Supongo que es lógico que, a nuestra edad, pensemos que lo normal es haber pasado por algún matrimonio. —Rieron un instante más—. Fui madre soltera. ¿Y tú? ¿Tienes algún estado civil normal?

—Estoy divorciado —contestó con un atisbo de sonrisa—. Si es que eso se puede considerar normal.

—¿Tienes hijos?

—No —suspiró.

—Pareces triste por ello.

—No me gusta hablar de eso, lo siento.

—¿No habíamos quedado en dejar de pedirnos perdón? —sonrió Teresa.

—Tienes razón —sonrió también—. Además, me declaro culpable, que soy el que había decidido no hablar de trabajo para hacerlo de nosotros.

—Pues cuéntame algo —sugirió Teresa—, pero solo algo que te apetezca.

—La verdad es que —la miró, se recolocó las gafas y compuso una mueca—, me apetece hablar de ello, aunque sientas que te utilizo para desahogarme.

—Un hombre va a utilizarme —bromeó Teresa—. Qué interesante.

Ignacio sonrió y, un segundo después, empezó a hablar.

—Digo que no me gusta hablar de ello porque me siento culpable. Mi... mujer llevaba años pidiéndome que tuviéramos un hijo, pero le dediqué tanto tiempo a mis estudios, doctorado, viajes y seminarios, que olvidé que tenía una familia.

—No te martirices —lo consoló Teresa—. Los años te enseñan, mostrándote los errores del pasado, pero no sirve de nada lamentarse.

—Pues yo sí lo lamento —suspiró Ignacio—, porque ese error del pasado fue el que hizo que mi mujer decidiera tener ese hijo que tanto anhelaba, aunque tuviera que buscarse otro candidato como padre.

—Joder... —murmuró Teresa—. Lo siento mucho.

—Cuando los veo —continuó Ignacio—, no puedo evitar pensar que esa familia debería de haber sido la mía. Acabó casándose con él y han tenido dos hijos.

—¿A qué te refieres a cuando los ves?

—Viven en Barcelona, así que he coincidido alguna vez con ellos.

En un gesto instintivo, Teresa alargó la mano y cubrió con ella la del profesor. El hombre levantó la mirada, que hacía un segundo había permanecido perdida en el vacío, y la miró. Por primera vez, Teresa se fijó en los destellos dorados que surcaban sus ojos castaños, o en las hebras plateadas que se enredaban entre su espeso cabello oscuro. Y, de pronto, ocurrió algo inesperado en el estómago de Teresa. Aquella mariposa medio adormecida que había empezado

a batir sus alas muy despacio, las desplegó del todo y empezó a revolotear y a dar saltitos de un lado a otro.

Ignacio, por su parte, cerró su mano sobre la de Teresa y la apretó suavemente.

—Gracias por no salir corriendo —le dijo—, porque menuda tarde te he dado.

—Siento mucho lo que te pasó, Nacho, pero no me has dado la tarde, ni mucho menos. Además, si tenemos cosas que contar, ya sean buenas o malas, significa que hemos vivido.

—¿Por qué me has llamado Nacho ahora?

Teresa soltó la mano que llevaba rato afianzando y parpadeó ante la sorpresa de lo que acababa de hacer.

—Pues... ni idea. Me ha salido así, solo. Debe de ser la confianza que me acabo de tomar —rio—. Pero sigo insistiendo en que me gusta más Ignacio.

—Cuando te vi allí —murmuró Ignacio de repente—, en aquella mesa de la cafetería del campus, tan absorta en tus pensamientos, nunca creí que fuera a tener ocasión de conocerte, mucho menos de quedar contigo y verte sonreír tanto y tan a menudo. Pensé que guardabas algún tipo de secreto triste e insalvable.

—No soy tan interesante —rio Teresa—. No guardo secretos ni hay grandes dramas en mi vida.

Por un instante, Teresa pensó que aquel era el momento oportuno para hablarle a Ignacio de su trabajo, pero, no supo bien si por miedo o por no estropear la camaradería recién surgida, decidió aplazarlo.

—Entonces, ¿no te acercaste a mi mesa porque necesitaras corregir urgentemente aquellos exámenes? —preguntó Teresa con el ceño fruncido.

—¡La duda ofende! —bromeó Ignacio—. ¡Claro que tenía un montón de exámenes por corregir! Pero también es verdad —sonrió travieso— que había una mesa libre al otro lado de la cafetería.

Tras aquella sonrisa traviesa, la mariposa que habitaba el estómago de Teresa llamó a unas cuantas amigas para que le hiciesen compañía y batieran las alas junto a ella.

—¡Manipulador! —rio Teresa—. ¿Estabas intentando ligar con la señora solitaria del rincón?

—Lo único que quería era verla de cerca —murmuró él—. Comprobar si era tan bonita como me había parecido desde la puerta.

El corazón de Teresa empezó a latir muy aprisa. Quien diga que, con la edad, se aprende a controlar esas reacciones, está muy equivocado, porque, cuando sientes que alguien te gusta o escuchas algo bonito dirigido a ti, te comportas como cualquier adolescente a la que acaban de pedir para salir. No hay edad para las emociones.

—Ignacio, yo...

—¿Ya vuelves a llamarme Ignacio? ¿Has perdido la confianza de la que hablaste antes?

—No es eso —sonrió Teresa—. No me he dado cuenta. Pero, quería decirte que...

—No tienes que decir nada —la interrumpió el profesor—. Entiendo que te haya sorprendido la confesión de un aburrido profesor de literatura que apenas recuerda lo que es ligar.

—¡No eres aburrido! —exclamó Teresa—. En todo caso, la aburrida soy yo, que ni siquiera te he contado nada porque no tengo nada que contar.

—Será mejor que olvides mis patéticos intentos por parecer interesante —suspiró Ignacio—. ¿Te apetece dar un paseo?

—Me encantaría —sonrió Teresa.

Dejaron atrás la bonita plaza y atravesaron las calles adoquinadas y peatonales de la zona, charlando de trivialidades. Admiraron la Basílica de Santa María del Mar, pasaron por la Estación de Francia y terminaron en el Parque de la Ciudadela, por donde pasearon entre fuentes, estatuas y jardines.

—Me encantaba venir aquí cuando era pequeña —comentó Teresa—. Venía con mis padres a pasar el día en el zoo y después dábamos una vuelta por el parque, donde nos hacíamos fotos con nuestra antigua cámara.

—¿También viven en Barcelona tus padres? —preguntó Ignacio.

Teresa se tensó más que con cualquier otra pregunta. Hablar de sus padres le resultaba demasiado doloroso.

—No, viven en un pueblo, a un par de horas —respondió con naturalidad, sin embargo.

Sin apenas darse cuenta, comprobaron que la luz del día hacía rato que había dejado paso a la oscuridad de la noche. Cuando lo que haces resulta agradable, el tiempo pasa deprisa. O cuando la compañía es lo que importa.

—Me he alejado bastante de mi casa —comentó Teresa—. Debería coger el metro ya.

—Te acompaño.

—No es necesario...

—Nada de lo que hemos hecho esta tarde se puede calificar de necesario —sonrió Ignacio—, pero lo hemos hecho igualmente.

Ambos cogieron el metro hasta llegar al barrio donde vivía Teresa. Caminaron unos minutos y llegaron hasta el edificio, donde ella sacó las llaves del bolso antes de acceder al portal.

—Gracias por esta bonita tarde —dijo Teresa como despedida.

—¿Nos vemos el lunes? —preguntó el profesor.

Aquel debería de haber sido el momento en que le explicase que ella no podía estar los lunes porque, con su horario nocturno, la primera mañana que aparecía era la del martes. Pero tampoco le pareció un buen momento.

—Los lunes no puedo —se limitó a decirle, sin más explicaciones—. Solo a partir del martes.

—Pues nos vemos el martes, si te parece bien.

—Claro. Pero no hace falta que me invites a café —rio—. Dejo que te sientes en mi mesa gratis.

—Pues muchas gracias —rio él también.

Teresa pensó en las veces que se había encontrado en esa situación, después de haber tenido una cita con algún hombre años atrás, en el momento en que la acompañaban hasta su puerta y se daba ese instante incómodo de no saber qué hacer. Todo resultaba bastante parecido, excepto en que siempre había deseado que se marchasen sin más. Pero, en aquel momento, suplicó mentalmente que Ignacio la besara. Le pareció la guinda que remataría una tarde perfecta.

—Yo también lo he pasado genial —dijo el profesor.

A continuación, Ignacio se acercó un poco más a ella. Teresa temió que escuchara los latidos de su corazón, que se habían acelerado a marchas forzadas. Sobre todo, cuando el profesor se inclinó y depositó los labios en su mejilla. Teresa cerró los ojos debido a la impresión de sentir aquella tibieza en su piel, aunque ella la había esperado en sus labios.

—Buenas noches, Teresa.

—Buenas noches, Ignacio.

CAPÍTULO 5

Tras un fin de semana en el que hubo amigas, una cita y momentos de sofá frente al televisor, la jornada de la noche del lunes estaba de vuelta. Todo habría sido igual que siempre si no hubiese sido por una de las compañeras de Teresa, que le pidió que la cubriera las dos últimas horas. Era algo que solían hacer las trabajadoras, cubrirse unas a otras cuando una de ellas lo necesitaba, aunque no fuese algo oficial. La que hacía el favor sabía que debía de darse algo más de prisa para poder hacer su trabajo y parte del de la compañera, pero todas lo hacían con gusto, puesto que cualquiera de ellas podía necesitar un favor en cualquier momento. En aquel caso, la mujer debía llegar antes a casa para quedarse con su nieto, ya que a su hija, enfermera de profesión, le había surgido una urgencia.

—Solo tendrás que hacer el despacho del decano, que siempre dejo para el final —la informó—. Siempre está muy ordenado, aunque su mesa suele ser un poco más caótica. Lo que más vas a utilizar es el plumero, para las estanterías y para no tener que mover demasiado los papeles de su mesa.

—Deja de preocuparte, Fina —le dijo Teresa mientras la empujaba a marcharse—. Podré con mi tarea y con ese despacho. ¡Márchate tranquila!

—Gracias, Tere, eres un sol.

—Vosotras también —le dijo Teresa con sinceridad—. Habréis visto que estoy un poco ausente y algo agobiada, pero nada tiene que ver con vosotras. Sois unas compañeras estupendas.

—Gracias otra vez, Tere. —La mujer le dio un beso y se marchó al vestuario.

Tal y como habían quedado, Teresa procuró terminar a tiempo su parte para poder limpiar el despacho que también dejó para el final. Tras localizar la puerta donde rezaba *Decano. Facultad*

de Filosofía y Letras, abrió con el manajo de llaves que le había dado Fina y se adentró en la estancia con su carrito. Comprobó que su compañera llevaba razón en cuanto al orden, pues la pared del fondo estaba cubierta por estanterías abarrotadas de libros pulcramente ordenados. También era cierto que la mesa estaba cubierta de papeles, aunque dispuestos en pequeños montones junto al ordenador, por lo que a Teresa le fue más fácil levantarlos poco a poco para pasar el trapo. A continuación, pasó el plumero por los libros y el resto de objetos que adornaban la estancia, como lámparas, plantas, sillones y una segunda mesa para visitas. Por último, quitó también el polvo de los cuadros y retratos que adornaban las paredes de madera y limpió el suelo de parqué. Justo cuando terminaba de guardar los productos en los laterales del carrito, Teresa se percató de una pequeña mancha en la alfombra que cubría la zona del suelo bajo el escritorio. Cogió un producto para limpiar moquetas y un trapo, y se arrodilló para intentar disimular aquel resto de lo que supuso café. Mientras frotaba, escuchó abrirse la puerta y percibió un movimiento a su espalda.

—Disculpe, no quería molestarla —dijo la persona que había accedido al despacho—. Solo he venido a por un libro. Puede seguir con su tarea, buenos días.

Teresa, todavía arrodillada en el suelo, se tensó al escuchar esa suave voz masculina. Sin necesidad de girarse, sabía perfectamente a quién pertenecía, por lo que decidió no moverse en espera de que se marchara.

Pero el hombre, justo antes de salir, se fijó en la mujer que limpiaba su alfombra. Frunció el ceño al observar el pelo castaño recogido en una coleta y que, enseguida, supo reconocer.

—¿Teresa? ¿Eres tú?

La mujer cerró los ojos. Si había algo que odiaba de aquella situación era que la hubiese descubierto de una forma tan casual, sin que ella se lo hubiese contado antes, cosa que debería de haber hecho hacía días.

Lentamente, Teresa se puso en pie y se dio la vuelta. Nunca se había sentido tan vulnerable como en aquel momento en el que se enfrentó a Ignacio, ataviada con la bata azul marino y las manos cubiertas por guantes mientras sujetaba el spray y la bayeta.

—Hola, Ignacio. No sabía que eras el decano.

El profesor permaneció muy quieto, tratando de encontrar alguna palabra que pudiese describir el desconcierto que lo cubría en aquel momento.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó.

—¿Te refieres a decirte que me dedicaba a limpiar? ¿Eso es lo primero que debería haberte dicho?

—¡Joder, Teresa, me hiciste creer que eras profesora!

—Yo no te dije nada parecido —respondió ella—. Fuiste tú, que lo diste por hecho.

—Y tú no me sacaste de mi error.

—Pues ahora ya lo sabe, señor decano. Soy la señora de la limpieza.

Teresa elevó su barbilla y clavó la mirada en el rostro de Ignacio. Como ya esperaba, observó decepción en sus ojos, unida al atisbo de reproche que expresaba su rictus. Lo que no había esperado era que el profesor no le dedicara ni un simple comentario más y que se limitara a mirarla con desdén antes de darse la vuelta y marcharse. El sonido de la puerta al cerrarse le dolió a Teresa como si fuese una puñalada en el estómago.

Enfadada y decepcionada con el hombre que ella creía amable, comprensivo y especial, Teresa recogió sus cosas, apagó las luces y cerró el despacho con llave. Después de cambiarse y salir del vestuario, decidió que se habían acabado los momentos de relax junto a la ventana y el placer de tomar un café con leche caliente antes de irse a casa. Pero, sobre todo, se había terminado la compañía de la persona que había conseguido que aquellos momentos de paz se convirtieran en una nueva ilusión para ella.

Tal y como lo pensó, así lo hizo. Durante toda la semana siguiente, Teresa se dedicó a su tarea y a volver a casa en cuanto finalizaba. Alguna que otra vez se sintió tentada de asomarse a la cafetería para ver si Ignacio seguía yendo, o si se sentaba en la mesa que compartían. Pero, de inmediato, recordaba la expresión de desprecio que él le había ofrecido y decidía que no quería volver a verlo. Quizá fuese cierto que ella no había sido sincera, pero, a la vista estaba que tenía

motivos para no serlo, puesto que los prejuicios existían y seguirían existiendo. A pesar de estar en el siglo XXI, el decano de una facultad podía fijarse en una profesora, pero no en la mujer de la limpieza.

Lo que no podía evitar era sentirse triste y decaída, como no podía negar que Ignacio le gustaba. Y ese era el problema. Si no hubiese sentido nada por él, hubiese sido más fácil pensar en él como el capullo clasista que la había mirado con asco. Pero, entonces, recordaba su amabilidad y cortesía, su sonrisa afable o su peculiar gesto de ajustarse las gafas que ella tanto había llegado a amar, y todavía se le hacía más duro.

Cuando terminó la jornada del viernes, sin pensárselo mucho, metió unas pocas cosas en una bolsa y las metió en el maletero de su viejo coche. Se puso al volante y condujo durante las próximas seis horas.

Siempre resultaba agradable ir a Madrid a visitar a su hija Lara. La echaba muchísimo de menos, aunque no solía decírselo para que no se sintiese mal, puesto que siempre respetó sus ansias de independencia a pesar de haber vivido juntas hasta que Lara conoció a su marido. Incluso, en aquellos momentos difíciles, Teresa procuró no darle importancia a sus malas expectativas laborales para no preocuparla. Al fin y al cabo, ya había pasado por duras pruebas en su vida y no pensaba dejarse amilanar. Si había podido criar sola a un bebé con solo veinte años, es que podía con todo.

Por todo ello, precisamente, habían estado siempre tan unidas. Lara no tuvo padre, ni siquiera tuvo abuelos, pues los padres de Teresa, de formación muy conservadora, la echaron de casa sin contemplaciones cuando la supieron embarazada sin tener novio. Y ahí fue cuando se sintió tan arropada por sus vecinas, las madres de Lisy y Martina. Además, las niñas, que eran de la misma edad, se hicieron amigas inseparables y forjaron una amistad que todavía perduraba, a pesar de que Lara se fuera a vivir a Madrid y ellas siguieran en Barcelona.

Recordó cuando las tres hacían planes para irse a vivir juntas en cuanto tuvieran trabajo, algo que a Teresa hacía inmensamente feliz, a pesar de lo que se había acostumbrado a vivir con Lara.

Pero, al final, no fue ese el motivo por el que se fue de casa, sino porque se enamoró de Adrián, un rico empresario con el que se casó y se fue a vivir a la capital. Ambos compartían una enorme y preciosa casa, en la que se encontraba Teresa en esos momentos, con jardín, piscina y un montón de habitaciones. Aunque lo importante para ella era que se amaban con locura, eran felices y ella lo era por ellos.

—¡Hola, mami! —la saludó su hija con un abrazo cuando entró en la casa, después de dejar su coche en la entrada—. Ya veo que no vienes por mucho tiempo. —Señaló la pequeña bolsa que traía su madre y compuso una mueca de desaliento.

—Únicamente me quedaré el fin de semana, Lara. Sabes que ya tengo un empleo.

—Y me alegro mucho, mamá —le dijo al tiempo que tomaba sus manos—, y sabes que jamás criticaría cualquier tipo de trabajo, pero la limpieza es dura. Terminarás mal de la espalda, los hombros, las manos...

—Lo sé, cariño —la interrumpió Teresa con suavidad—. Te prometo que me cuidaré. Y, si me sale algo mejor, cambiaré de trabajo.

—Pero ya tienes algo mejor —insistió Lara—, porque sabes que si te quedaras con nosotros...

—Lara, cariño, no insistas, por favor.

—Pues insistiré yo —intervino Adrián, que apareció para darle otro abrazo a su suegra—. Te lo he dicho muchas veces, Teresa. Puedes quedarte a vivir con nosotros, tenemos sitio de sobra.

—Y yo te he dicho otras tantas veces que no voy a vivir ni con vosotros ni de vosotros. —Teresa cruzó sus brazos en señal de desacuerdo.

—Y te vuelvo a repetir —insistió su yerno— que no vivirías de nosotros, que puedo ofrecerte un puesto de trabajo en mi empresa y...

—Y ya —lo cortó—. Vosotros a lo vuestro y yo a lo mío.

—Mira que eres cabezota, mamá —gruñó Lara mientras se acomodaban en el porche trasero de la casa.

—Ya me avisarás si cambias de opinión —le dijo Adrián antes de marcharse a su despacho para dejarles un poco de privacidad.

Teresa seguía sabiendo que eso sería lo fácil, quedarse con ellos, vivir sin preocupaciones, trabajar en cualquier puesto agradable y disfrutar de la holgura económica que les permitían a su yerno y su hija sus profesiones, uno empresario y la otra una alta ejecutiva en una firma de publicidad. Pero estaba claro que ella nunca escogía el camino fácil. Lo supo desde el día que decidió seguir adelante con un embarazo que cambió por completo su vida.

Después de comer, tumbadas todavía bajo la pérgola junto a la piscina, las sorprendió una visita inesperada. Eran Lisy y Martina, que, de vez en cuando, hacían un viaje relámpago para poder estar las tres juntas, lo mismo que hacía Lara cuando aparecía por Barcelona, tan a menudo como podía.

—¡Chicas! —se alegró Lara al verlas y lanzarse a sus brazos—. ¡Qué sorpresa teneros aquí!

—¡Hola, Tere! —saludó Lisy a la madre de su amiga con un beso—. ¡Qué bien haber coincidido contigo!

—Si os parece —les dijo Teresa—, voy a echarme un rato en la cama y os dejo solas.

—No, no —la detuvo Martina—. Precisamente, me viene genial que estés aquí para darte esto.

La joven morena alargó un sobre y Teresa extrajo su contenido: una invitación de boda.

—¡Martina! —Teresa le dio un abrazo—. Enhorabuena, cariño. Veo que al final has acabado cayendo en las redes del matrimonio, tal y como hicieron Lara y Lisy.

—Eso parece. —Compuso una mueca—. Ángel ha sido muy... persuasivo.

La historia de Martina y su prometido le parecía a Teresa tan romántica como las del resto del grupo. Se alegraba de corazón por la noticia, aunque sus ideas sobre el matrimonio siguieran siendo bastante escépticas.

El fin de semana resultó de lo más agradable, puesto que, con las chicas, Teresa se sentía la mayoría de las veces una más del grupo de las mejores amigas. Hubo risas, conversaciones al sol, unas más serias que otras. Incluso salieron una noche y, para asombro de todas, la única a la que se le acercó un hombre fue a Teresa, que, sin perder un segundo, le dijo al tipo que aquello

era noche de chicas.

—Vaya con nuestra Tere —rio Lisy—. Desatas tantas pasiones como tu propia hija.

—¿Qué os pensabais vosotras? —rio Lara—. ¿Acaso no veis lo guapa que es?

—¡Claro que lo vemos! —exclamó Martina con la copa de margarita en la mano—. Por cierto, Tere, ¿por qué lo has rechazado tan pronto? Según tu hija, hace siglos que no sales con nadie.

—Gracias por chivarte —se quejó Lara.

—No importa, chicas —sonrió Teresa—. Sí, hace siglos que no salgo con nadie, pero tampoco lo echo de menos. Estoy bien sola.

—¡Me refiero al sexo! —exclamó Martina, como siempre, en su onda—. Y no me digas que a tu edad no te apetece porque no me lo creo.

—Claro que me apetece —confesó Teresa—. Pero qué queréis que haga si no me salen oportunidades.

—¿Seguro que no? —la picó su hija—. Que yo sepa, en la fábrica tuviste algún admirador que otro.

—De eso hace unos años ya —suspiró Teresa—. Además, a mi edad, o están casados o tienen alguna tara.

—¡No digas eso! —rio Lisy—. Seguro que tiene que haber alguno para ti.

—¡Yo sigo refiriéndome al sexo! —rio Martina tras dar un sorbo con su pajita—. A ver, Tere, ¿cómo te gustaría que fuese un tío con el que solo vas a pasar una noche? ¿Te gustan los maduritos de pelo cano, o preferirías un bollito joven que te dejara para el arrastre?

—¡No! —rio Teresa, que se acordó de su amiga Rosa y de la aventura que estaba viviendo con el muchacho inglés—. ¡Para nada me liaría con un jovencito!

—Esos no me gustan ni a mí —dijo Lara con una mueca—. Después de pensar durante años que me atraían los bollitos, resulta que me caso con un hombre que se lleva menos años con mi madre que conmigo.

—¡Es verdad! —rio Martina—. Tu marido tiene cuarenta años ya, pero, ¡menudos cuarenta!

—Entonces —insistió Lisy entre risas—, ¿cómo te gustan a ti, Tere?

Tras la insistente pregunta, a Teresa se le apareció la imagen de un hombre con barba, gafas y una sonrisa que iluminaba su rostro y le confería un atractivo que, aunque no fuese evidente a primera vista, acababas descubriendo en cuanto hablabas con él. Las palabras de Martina hicieron que, de pronto, Teresa se imaginara la boca del hombre en su propia boca, la lengua en su lengua y los labios en los suyos. A continuación, no supo si por la sensación del beso imaginario o por la ingesta de alcohol, le vinieron a la mente imágenes de cuerpos desnudos, de caricias y suspiros, de sudor y gemidos... Tuvo que llevarse la copa a los labios y beber su contenido de golpe para paliar un poco el sofoco que le entró, y fue consciente de la veracidad de las palabras de Martina: que a nadie se le ocurriera decir que a su edad el sexo no se extrañaba, porque ella lo echaba de menos muchas veces.

—No nos has respondido —volvió su hija a la carga—. ¿Cómo te gustan, mamá?

—Pues... me gustaría que tuviese algo que me atrajera —contestó tras dudar un instante—. Y no me refiero a que fuera especialmente guapo, sino a que tuviera ese algo que me hiciera mirarlo y no desear dejar de hacerlo. Que me embelesara algún gesto suyo, o su forma de hablar...

—¡Pero que tuviera pelo! —exclamó Martina entre risas.

—Eso también me viene bien —rio Teresa.

La imagen del profesor seguía machacando su mente y llegó a la conclusión de que, en cualquier momento, debería tener un rollo pasajero para que su cabeza formara imágenes nuevas.

CAPÍTULO 6

De nuevo sumergida en su rutina, Teresa terminó la limpieza de su sección, se despidió de sus compañeras y comenzó con la tarea de colocar los productos en el cuarto correspondiente. Se sacó los guantes, los colgó en una estantería para que se secaran y procedió a lavarse las manos para borrar el olor desagradable que dejaba la goma. Mientras se secaba en su toalla, escuchó a su espalda cómo se abría la puerta del cuarto.

—¿Has olvidado algo, Fina? —preguntó Teresa al tiempo que comenzaba a desabrocharse la bata y se daba la vuelta.

Pero no era su compañera la persona que había irrumpido en el vestuario. Teresa se quedó muy quieta. Incluso sus dedos se paralizaron y dejaron un botón a medio desabrochar.

—Hola, Teresa —la saludó Ignacio—. Como no he vuelto a verte por la cafetería, he pensado que podría encontrarte aquí.

—¿Qué quieres —le respondió secamente—. Me estoy cambiando.

—Te busqué también en mi despacho —prosiguió el profesor—. Pero no eras tú quien lo estaba limpiando.

—Solo lo he hecho una vez —contestó todavía tensa—. No me corresponde esa zona. Aquel día fue un favor a una compañera.

—Siento que aquel día me fuera de aquella forma —se lamentó Ignacio—, pero me sorprendió verte allí y...

—Y que fuera la mujer de la limpieza —lo interrumpió ella—. Verme tirada en el suelo fregando tu alfombra debió de resultarte bastante desagradable. Pero, déjeme que le diga algo, señor decano: que yo no tuviera la oportunidad de estudiar, no quiere decir que sea menos que

usted. Eso es algo que he aprendido con cada tropiezo que he dado en la vida.

Ignacio la miró desconcertado.

—¿Eso es lo que pensaste de mí? —le preguntó con expresión dolida—. ¿Que me pareció desagradable verte? ¿Que no me pareces digna para mí?

—Tu cara lo dijo todo —insistió Teresa—. Y tus actos, como lo de marcharte del despacho sin decir una palabra.

—Creo que estás muy equivocada. —Se acercó un paso y se puso frente a ella—. ¡Claro que me viste la cara! ¡Claro que me marché enfadado! Pero ¡porque no me lo habías dicho! Me dolió encontrarte de repente limpiando mi alfombra y saber que no me habías contado nada, ni siquiera la tarde que quedamos y yo te expliqué que mi mujer me había dejado por otro. Y me dolió que no hubieses confiado en mí.

—Yo... —titubeó Teresa al comprender que él llevaba razón. Había tenido mil oportunidades para decírselo y no había querido hacerlo porque... ¿Por qué? Ni siquiera tenía una respuesta coherente que no fuese miedo al rechazo.

—¿De verdad creías que ibas a parecerme peor persona porque te dedicaras a la limpieza?

Ignacio acortó la distancia que los separaba y se colocó justo delante de Teresa, que tuvo que levantar la cabeza para poder mirarlo a los ojos. Hasta ella llegó el perfume de su colonia y la tibieza de su aliento, que olía a café. Seguidamente, observó cómo él levantaba las manos y las colocaba en sus mejillas para acunar su rostro. Teresa cerró los ojos ante el inesperado roce.

—Me gustas mucho, Teresa, muchísimo. Y, aunque siga algo molesto por tu falta de confianza, quiero seguir viéndote. Te he echado tanto de menos estos días...

Teresa seguía quieta, sin atreverse a mover un dedo, sin querer interrumpir aquel momento mágico que estaba viviendo. El corazón le latía tan fuerte que temió que el sonido retumbara en las paredes de aquel reducido espacio.

—Yo también —fue lo único que se atrevió a decir.

—Los días han sido un poco más grises por no comenzarlos contigo —susurró el profesor antes de inclinarse, acercar su boca a la de Teresa y unir sus labios.

A Teresa le temblaron las piernas, los brazos y cada músculo de su cuerpo. Todas y cada una de las veces que había soñado con aquel momento, no hacían justicia a la realidad. Aunque fue un beso dulce, solo con los labios, la sacudió una corriente eléctrica que la hizo vibrar de arriba abajo. Suplicó mentalmente que él abriera su boca y profundizara el beso, pero el profesor cesó la tierna caricia y la miró, todavía con el rostro de ella entre sus manos.

—Te espero en la cafetería. ¿Vendrás?

—Sí —murmuró Teresa—, iré.

—Bien —se limitó él a contestar antes de separarse de ella y marcharse del vestuario.

Teresa expulsó el aire que había estado conteniendo y trató de amainar los latidos de su corazón. Lo que no trató de reprimir fue la sonrisa que se dibujó en su boca. Poco le faltó para dar un salto de alegría, reír e ilusionarse como si aquel hubiese sido el beso del chico que le gustaba en el instituto.

¿Se supone que hay distintas clases de amor según la edad?

Teresa no tenía ni idea de la respuesta. Lo que sí supo fue que nunca antes se había dado tanta prisa en cambiarse y aparecer de nuevo en la cafetería, donde Ignacio ya la esperaba sentado frente a dos tazas de café con leche.

—Supongo que te debo una explicación —dijo ella nada más sentarse.

—No necesito una explicación —le dijo Ignacio, después de colocar la mano sobre la de ella—. El que hayas correspondido a mi beso y no me hayas rechazado, ha sido más que suficiente para mí. —Teresa no ignoró el brillo en los ojos oscuros del profesor.

—Pero yo quiero dártela —insistió—. Al principio, pensé que no debería tener que hablarte de ello porque apenas te conocía de nada. Después, fue por lo que te imaginas. Creí que me mirarías de otra forma si te sacaba de tu error.

—¿Crees que ibas a parecerme menos guapa o menos interesante? —le preguntó Ignacio.

—Algo así. —Compuso una mueca—. Diste por hecho que era profesora, y pensé que te decepcionaría saber la verdad.

—Pues, lamento decirte —le dijo con una sonrisa— que quiero seguir viéndote y quiero

seguir aburriéndote con mis soporíferas conversaciones. Que quiero comenzar cada uno de mis días tomando un café contigo. Y que me gustaría volver a pasear a tu lado y ver nuestra ciudad de una forma que no había visto antes.

Teresa emitió un jadeo ante la fuerza de lo que sintió. Aquello ya no fueron docenas de mariposas aleteando, ni siquiera miles de hormigas correteando. Aquello fue una especie de explosión celular que calentó hasta el último rincón de su cuerpo. Explosión que, si lo pensaba bien, podía tener un nombre, pero se resistió a decirlo. Era pronto, demasiado pronto para mencionarlo. Y más si recordaba los años que hacía que no sentía nada parecido.

—A mí también me apetece todo eso que dices —le contestó al profesor.

—Quiero ir despacio —le dijo él—, sin prisas, con cautela. Pero estoy deseando dar ese primer paso. ¿Quieres darlo conmigo?

A punto estuvo Teresa de decirle que ya no estaban para ir tan despacio, pero, de momento, se dedicó a paladear lo que le estaba pasando.

—Por supuesto que sí, Ignacio. El primero y muchos más.

Estar en casa de Ignacio le pareció extraño al principio. Habían quedado en ir a tomar algo a la misma plaza de la otra vez, pero él le pidió pasar primero por su casa para coger la cartera, que ese día había olvidado. El apartamento tenía el aspecto que ella imaginaba, con muebles oscuros llenos de libros y mesas abarrotadas de papeles y más libros. Le resultó agradable y luminoso, a pesar de las cortinas demasiado oscuras o las alfombras en los mismos tonos.

—¿Nos vamos? —le preguntó él cuando encontró su cartera.

Teresa dudó. A punto estuvo de pedirle que se quedasen allí, en su salón, en su casa, en su espacio privado. Le apetecía volver a estar a solas con él, volver a sentir su boca y escuchar su voz hablándole en susurros. Pero, a pesar de que la edad la había hecho más directa, la vergüenza y la inseguridad no acababan de marcharse del todo.

—Claro —contestó.

Volvieron a tomar café en el bar de la plaza, donde conversaron, y Teresa aprovechó para

sincerarse del todo. Le contó lo de su embarazo en mitad de la carrera, con un chico que conoció en una fiesta y, tras un par de encuentros, nunca volvió a ver. Le contó también que sus padres la echaron de casa y cómo tuvo que apañárselas con un bebé con la única pero inestimable ayuda de sus vecinas.

—Lo siento —se lamentó el profesor—. Tuvo que ser muy duro.

—Sí, lo fue, pero, mientras veía crecer a mi hija, nada me importó ya que no fuera que a ella no le faltase de nada.

—Debe de sentirse muy orgullosa de su madre —sonrió.

—Y yo de ella —sonrió Teresa también—. Lara es una chica maravillosa.

Después, pasearon por las calles aledañas a la catedral y contemplaron escaparates, tiendas o tenderetes por las abarrotadas callejuelas de la zona. Repitiendo los movimientos de la ocasión anterior, cogieron el metro al anochecer y caminaron hasta el portal del edificio de Teresa.

—Gracias por volver a concederme una tarde tan especial —le dijo Ignacio.

—Lo mismo digo —contestó Teresa.

Los nervios y la expectación volvieron a estremecer a la mujer cuando el profesor le apartó un mechón de cabello y se inclinó hacia ella. No sabía si, en aquella ocasión, él se limitaría a despedirse con un beso suave o habría algo más. Las dudas se disiparon cuando Ignacio posó los labios en los suyos y, a continuación, abrió la boca de Teresa con su lengua. Un ramalazo de placer la estremeció de arriba abajo cuando sintió aquella lengua en la suya propia. Emitió un profundo gemido cuando él también gimió al tiempo que profundizaba el beso, la abrazaba con fuerza y la pegaba a su cuerpo. Teresa percibió el calor del cuerpo masculino y la dureza que se pegaba a su vientre, por lo que la asombró la rapidez con que la excitación y la humedad la asaltaron. Fue un beso largo, apasionado, dulce y erótico a la vez, de esos besos que Teresa no compartía con nadie desde hacía mucho tiempo. Demasiado tiempo.

Cuando separaron sus labios, se miraron un largo instante mientras trataban de recuperar la respiración.

—Nos vemos el martes, Teresa.

—Hasta el martes, Ignacio.

CAPÍTULO 7

Desde que trabajaba de noche, Teresa había aprovechado las mañanas del fin de semana para dormir todo lo que el resto de días no podía. Pero, aquel domingo, se levantó fresca y lozana, canturreando sin parar *Sueño*, la canción de Beret y Pablo Alborán, dos de sus cantantes favoritos, mientras realizaba las tareas de la casa. Aprovechó también para hablar un rato con su hija, con la que nunca había tenido secretos, y contarle lo que le estaba sucediendo. La imagen de Lara surgió en la pantalla de su móvil y Teresa volvió a sentir orgullo maternal al verla tan guapa.

—¡Mamá, qué sorpresa! Últimamente no podemos hablar mucho. Siempre te pillo durmiendo o a punto de hacerlo.

—Eso es lo malo de los que trabajamos de noche —suspiró Teresa—. Tenemos que dormir a plazos, un poco por la mañana, otro poco por la tarde y, al final, parece que estemos todo el día durmiendo cuando apenas hemos descansado.

—Pues ahora te veo buena cara —sonrió—. Y no estás en chándal ni en pijama. ¿Has quedado con tus amigas?

—Sí —respondió sonriente—. Hace semanas que no desayuno con ellas y hoy me apetece mucho.

—Vamos, mamá, cuéntamelo —rio la chica con un punto travieso—. ¿Qué ocurre? ¿Has conocido a algún cincuentón potable y por eso te brilla tanto la mirada?

Teresa puso los ojos en blanco. Tantos años viviendo juntas y compartiéndolo todo habían dado lugar a esa conexión tan especial entre madre e hija.

—Pues sí —se limitó a contestar.

—¡No puede ser! —exclamó Lara—. ¡Lo he dicho por decir! ¡No me digas, mamá! ¡¿De verdad?! ¡Por favor, qué ilusión me hace! ¡Cuéntamelo todo ahora mismo!

—No te emociones tanto —sonrió Teresa—, que nos acabamos de conocer.

—Pero te gusta, ¿verdad? Ay, mamá, qué bien. —La joven se emocionó y sus ojos se empañaron—. Después de tantos años dedicados a trabajar y a cuidar de mí... Ya era hora, mamá, de que decidieras vivir.

—Ni siquiera lo he planeado —sonrió la madre con dulzura—. Y sabes que no me arrepiento de mis decisiones o del tipo de vida que elegí, cariño.

—A veces me he sentido tan culpable, mami...

—Ni se te ocurra volver a decir eso, cielo. Y por favor, no me hagas llorar a mí también.

—Es verdad —sonrió Lara—. Mejor, cuéntame. ¿Cómo es? ¿Dónde lo has conocido? Espero que sea buen tío. ¿A qué se dedica? ¿Es divorciado o...?

—Por Dios, Lara, detente —rio Teresa—. Se llama Ignacio, es profesor de literatura en la universidad y allí mismo lo he conocido. Sí, está divorciado. Y sí, es buen tío. Al menos, eso me ha parecido.

—¿Te has acostado con él?

A Teresa no le molestó ni sorprendió aquella pregunta. Siempre habían tenido mucha confianza. Tanto a sus amigas como a las amigas de Lara les había llamado siempre la atención aquella relación tan bonita que habían mantenido siempre, como si fuesen buenas amigas además de madre e hija.

—¡No! —respondió de todos modos con una carcajada—. Ya te he dicho que nos acabamos de conocer. No hará ni un mes.

—¿¡Un mes?! —exclamó Lara—. Pero ¡ese tiempo a tu edad es muchísimo! ¡A qué estáis esperando!

—Tampoco soy una anciana octogenaria —refunfuñó Teresa—. Ni voy lanzándome a los brazos de los hombres para que me hagan un favor por si se me agota el tiempo.

—Ya, ya —insistió su hija—, pero procurad aprovecharlo. Todavía eres joven, mamá, pero la

vida se pasa, y luego te arrepientes de lo que no has hecho.

—Vale, hija, hoy mismo lo llamo y le digo que se venga a casa cargado de preservativos, que ya son muchos años sin sexo y me voy a oxidar por falta de uso —bromeó la mujer.

—Bromea todo lo que quieras, mami, pero no sería algo tan descabellado. ¿Qué tienes que perder a estas alturas de tu vida? Si te descuidas, será un tiempo valiosísimo lo único que pierdas.

—Lo tendré en cuenta —rio Teresa.

Tras la emotiva llamada, terminó de arreglarse y salió de casa en busca de la cafetería donde solía reunirse a desayunar con sus amigas. Cuando llegó, la mesa ya estaba cubierta por tazas de chocolate y una bandeja con churros.

—¡Tere! —exclamó Cati—. ¿Cómo tú por aquí?

—Esta noche he descansado mejor —respondió Teresa al tiempo que indicaba a la camarera que le sirviera lo mismo que al resto—. Pensándolo bien, no voy a faltar ni un domingo más. No entro a trabajar hasta el lunes por la noche y tengo tiempo de sobra para dormir.

—Eso pensábamos —intervino Rosa—. Pero como siempre nos decías que el cambio de horario te dejaba para el arrastre...

—¿Y esa sonrisa? —preguntó Montse con retintín—. Chicas, no me digáis que os ha pasado desapercibido el brillo que nos trae Tere en sus bonitos ojos verdes. Se la ve fresca como una rosa esta mañana.

—¡Tú has follado! —exclamó Rosa.

—Qué burra eres, hija —rio Cati—. ¿Y cuándo y con quién, si no tiene tiempo ni oportunidad?

—A no ser que haya sido en el trabajo —añadió Montse. Las tres esperaban una respuesta mientras Teresa, impasible pero sonriente, mojaba un churro en su chocolate y se lo llevaba a la boca.

—Di la verdad, tía —insistió Cati—. Suponemos que Montse tiene sexo de vez en cuando, Rosa se está tirando al niñato y tú has follado. ¡Ya sólo quedo yo con la vagina reseca!

—¿Cómo que suponéis?! —se indignó Montse—. ¡¿Y cómo que de vez en cuando?! ¡Desde que los niños van a su rollo lo hacemos más que nunca!

—Estamos esperando, Tere —refunfuñó Rosa—. Yo os he contado hasta cómo la tiene de grande mi bollito, así que...

—No os puedo dar ese detalle —respondió Teresa, por fin— porque no me he acostado con nadie.

—¡Jo, tía, menudo fiasco! —exclamó Cati—. Entonces, ¿a qué viene esa sonrisita?

—He conocido a alguien —confesó Teresa—, pero únicamente hemos tomado café por las mañanas y hemos salido unas pocas veces.

—¿Por las mañanas? —preguntó Rosa—. Pero ¿cómo...?

—Porque lo habrá conocido en el trabajo —terminó la frase Montse—. ¿Es un compañero?

—No exactamente. Es profesor de literatura.

—¿Y a qué esperas para que te... lea un poema? —rio Rosa.

—El tiempo dirá —respondió Teresa.

—¿Es de tu edad?

—Algo más de cincuenta, creo.

—¿Está bueno?

—A mí me gusta —rio Teresa—. Lleva gafas, tiene barba, una espesa cabellera con solo unas cuantas canas, viste ropa impecable y huele de maravilla... ¡Ah!, y es de esos que todavía se levantan al verte llegar o te acercan la silla.

—Calla, calla —gimió Cati—, o se me hará la boca agua. ¿Os habéis besado?

—Sí.

—¿En la boca? ¿Con lengua?

—Sí —rio Teresa de nuevo.

—Pues lo próximo, que sea en una cama —rio Rosa—. ¡O dónde podáis!

No lo confesó, pero Teresa lo estaba deseando.

El domingo por la tarde, Teresa aprovechó para leer un rato en el sofá. Recordó que todavía le quedaban veinticuatro horas por delante sin tener que ir a trabajar y todavía se relajó más.

De todos modos, no se concentraba en la lectura. Cerró el libro para evocar las palabras de su hija, que la había animado a no perder el tiempo, a aprovecharlo al máximo. No, no era una anciana, pero tampoco una jovencita que pensase que tenía todo el tiempo del mundo por delante. Tanto Lara como sus amigas habían alabado su suerte, por encontrar a un hombre como Ignacio, por sentir de nuevo el enamoramiento de una adolescente; por volver a sentirse viva.

Entonces, ¿por qué no lo aprovechaba?

Invadida por una repentina energía, cogió el móvil y abrió el WhatsApp para contactar con Ignacio. Se pasó un buen rato mirando la pantalla, el parpadeante cursor y el fondo, con una imagen de Lara vestida de novia. Tras un par de suspiros, empezó a escribir un mensaje que, por supuesto, acabó borrando antes de varios intentos más. Tiró el teléfono al sofá, se tumbó, cambió de postura y volvió a cogerlo y a abrir el WhatsApp. Nunca se había sentido tan inmadura.

Al fin, le escribió un mensaje a Ignacio.

17.15. Yo: Hola, Ignacio. Perdona que te moleste un domingo por la tarde. Me dijiste que los sueles ocupar con papeleo, correcciones y preparativos de clase, pero, me preguntaba si te apetecería salir a dar una vuelta.

Le dio a enviar y se arrepintió al instante. ¿Y si había interrumpido su trabajo? ¿Y si la consideraba una pesada?

Tardó poco en averiguar la respuesta, puesto que Ignacio respondió enseguida.

17.17. Ignacio: No me molestas en absoluto. Además, me has salvado la vida. Pensé que esta tarde me moriría del aburrimiento, porque terminé todo eso que dices esta mañana, y la película que me he puesto es soporífera. ¿Quedamos donde siempre o prefieres más cerca de tu casa?

Si Teresa se hubiese mirado en un espejo en aquel instante, habría podido contemplar su enorme sonrisa.

17.18. Yo: Donde siempre me parece bien. En media hora estoy allí.

17.19. Ignacio: Tranquila, me tomaré un café mientras llegas. Ah, y no te confundas. Soy el señor con gafas con pinta de aburrido. No esperes a otro.

17.20. Yo: No quiero a otro.

Teresa se mordisqueó una uña cuando envió el último mensaje. Le pareció que era demasiado

ilustrativo de cómo se sentía. Escuchó la melodía de un nuevo WhatsApp, pero bloqueó el teléfono y lo metió en el bolso. Prefería no leer su contenido por si no le gustaba.

Tal y como él le había dicho, ya la estaba esperando en la bonita terraza salpicada de macetones llenos de flores. Y como hizo en la primera cita, se quedó unos minutos rezagada antes de doblar la última esquina. Pero, en esa ocasión, no fueron las dudas quienes la hicieron detenerse, sino el mero placer de contemplar al hombre con tranquilidad. Sonrió al recordar la descripción que Ignacio había hecho de sí mismo, como el señor con gafas con pinta de aburrido. Sí, tenía razón en cuanto a que podría parecerle un hombre corriente a cualquier persona que lo mirase por encima. Pero no a ella, que, con solo observarlo a unos metros de distancia, le cosquilleaba el estómago y se le encogía el corazón. Y, por supuesto, no era un hombre aburrido. Teresa se pasaría horas escuchándolo hablar de sus clases, de lecturas que ambos habían compartido o de cualquier tema de actualidad.

Antes de caminar hacia él, sin embargo, decidió leer el último mensaje que le había enviado.

17.20. Ignacio: Yo tampoco quiero a otra.

Emocionada, se acercó hasta la mesa y saludó al profesor con una sonrisa. Él, como no podía ser de otra forma, se levantó al verla llegar y le apartó la silla para que se sentara. Durante un instante, ambos permanecieron quietos, vacilantes, con sus rostros muy próximos, como si los dos esperasen un primer paso del otro y ninguno se atreviera a darlo. Por fin, Ignacio tomó la iniciativa y le dio a Teresa un beso en la mejilla.

—Ha sido una sorpresa recibir tu mensaje —dijo el profesor mientras tomaban asiento—. Sorpresa agradable, claro está. Ojalá me hubiese decidido ayer a pedírtelo. Pero pensé que tendrías cosas mejores que hacer que pasar dos tardes seguidas conmigo, charlando y paseando como dos cincuentones aburridos. —Rio—. La tarde del sábado contigo ya me parece un regalo.

—¿Quieres decir que pensaste ayer en quedar de nuevo hoy pero no me lo pediste por si me parecías un pesado?

—Más o menos. —Compuso una mueca.

—Pues deja de pensarlo —sonrió Teresa—, porque mi vida social se limita a ir a ver a mi hija de vez en cuando y desayunar con mis amigas los domingos. Hace unas semanas salí con ellas a una discoteca, pero es algo que ocurre muy de tarde en tarde.

—Entonces —le dijo él—, has pensado en mí como la opción número cuatro, más o menos.

—No es eso, Ignacio...

—Es broma —sonrió el profesor al tiempo que colocaba una mano sobre la de ella—. Mi sentido del humor es bastante nefasto, no te culpo por mirarme así.

—¿Cómo te he mirado? —rio Teresa.

—Como mis alumnos cuando les cuento un intento de chiste: con cara de aguantar a malas penas al soporífero profesor.

—Qué manía con lo de que eres aburrido —insistió la mujer—. Si con ello buscas que te diga que me encanta escucharte, que adoro estar contigo y que eres lo mejor que me ha ocurrido en mucho tiempo, lo has conseguido.

Ambos permanecieron un instante en silencio, mirándose el uno al otro. Teresa se sintió impulsiva y algo vehemente, pero no arrepentida; Ignacio se sintió en una nube de dicha, porque, a pesar de la respuesta de ella con el apasionado beso que compartieron la noche anterior, a veces se preguntaba cómo era posible que aquella mujer hubiese aceptado salir con él.

—¿De verdad soy lo mejor que te ha pasado en mucho tiempo? —insistió el hombre—. Perdona, pero creo que no me decían algo tan bonito desde... Creo que nunca me han dicho algo tan bonito.

—Pues claro que es cierto —le sonrió Teresa con ternura—. Es más, soy yo la que creo que un hombre tan culto, con años y años de estudios, podría aburrirse con una mujer como yo.

—Nada más lejos —dijo él—. Eres lo más interesante de mi vida en este momento. ¿No lo notas en mi ineptitud a la hora de ligar contigo? Mis facultades de seducción están bajo cero.

—¡No peor que las mías! —rio Teresa.

—A ti no te hacen falta dotes de seducción, Teresa. Puedes estar ahí, quieta, sin hacer nada, y cualquier hombre caería rendido a tus pies.

—¿No se suponía que no sabías ligar? —A Teresa el corazón le latía a mil por hora. De nuevo, Ignacio había conseguido enamorarla un poquito más, con sus bonitas palabras, con su galantería un poco pasada de moda, o con su particular forma de ser, tan sencilla y especial a la vez—. A mí me ha conquistado, señor decano.

—Lo mismo digo.

Ignacio levantó la mano de la mujer y le dio la vuelta para depositar sus labios en la fina piel de su muñeca, sobre el pulso que latía en sus venas. Teresa se quedó sin respiración y, al mismo tiempo, percibió un cosquilleo en su bajo vientre que no podía ser otra cosa que excitación. Sabía que esa tarde había quedado con el profesor con una intención bastante obvia, aunque, conforme pasaba el tiempo, no tenía muy claro cómo proponerle que fueran a su casa. ¿Cómo se lo tomaría él?

La siguiente proposición de Ignacio la obligó a volver a la realidad.

—¿Qué te parece si fuéramos al cine? Me regalaron hace poco un par de entradas para un estreno en Versión Original y no pensaba utilizarlas, pero las he cogido esta tarde por si te apetecía acompañarme... Podemos coger un taxi para llegar antes y que nos dejará en la puerta. Y después podríamos cenar algo por ahí...

—Me parece perfecto —sonrió Teresa ante sus divagaciones—. Siempre y cuando me invites a palomitas.

—Eso está hecho. —Se puso en pie y dejó un billete sobre la mesa antes de coger a Teresa de la mano.

—Me ha encantado la película —comentó Teresa mientras daban buena cuenta del bocadillo y las tapas que habían pedido en un bar cercano—. Aunque lamento decir que no suelo ver películas que no estén dobladas.

—Cuando las ves varias veces en Versión Original, te acostumbras y luego te chirría verlas con el doblaje.

—Cosas de profesor culto —rio Teresa.

—O de tipo solitario —sonrió él con una mueca.

—No empecemos... Seguro que tus clases me encantarían.

—No lo imagines, hazlo —dijo Ignacio, tomando por sorpresa a Teresa—. Asiste a mis clases y decide tú si son interesantes o no.

—¿Asistir a tus clases?

—Claro, como oyente. En muchas universidades públicas se sigue llevando a la práctica. Alumnos que no lo tienen claro o personas con tiempo libre y ganas de saber. En mi clase aún no ha venido nadie este año, además de que siempre falta alguien, así que, no tendrías que preocuparte por tener sitio.

—Voy a cantar como un esquimal en el desierto —gruñó Teresa—. Rodeada de gente joven...

—¿De verdad te sigue importando lo que piensen los demás? —le preguntó Ignacio.

—Tienes razón —respondió—. A mi edad, hace tiempo que lo que diga la gente me importa bastante poco. Si te soy sincera, nunca me importó demasiado.

—Pues decidido —señaló el profesor—. Asistirás a mis clases, pongamos, martes y jueves. ¿Te parece bien?

—Sí —respondió en mitad de una carcajada—. Dios mío, acabas de convencerme para que asista a clases en la universidad, algo que no ha conseguido nadie en casi treinta años.

—Me alegro de haberlo conseguido.

Tras la cena, Ignacio paró de nuevo un taxi para regresar a casa. Cuando el taxista le preguntó la dirección, el profesor miró a Teresa con un brillo interrogante en su aterciopelada mirada.

—Supongo que quieres que te deje en tu casa —murmuró.

—No —susurró Teresa—. Creo que prefiero ir a la tuya.

Ignacio inspiró con fuerza antes de darle su dirección al conductor.

CAPÍTULO 8

—Perdona el desorden —dijo Ignacio cuando ambos accedieron al salón de su vivienda—. Como vivo solo, no me preocupo demasiado de dónde me pongo a leer o a corregir. Elijo a veces el salón porque entra más el sol, y, en otras ocasiones, me decanto por la habitación que uso como despacho porque es más silenciosa...

—No me parece que tengas la casa desordenada —señaló Teresa—. Me parece un lugar acogedor, lleno de libros y de historias, como si te hubieses traído un pedacito del aula de literatura. Huele a papel y a tinta, a libro antiguo, a sabiduría. Y a ti —musitó.

—¿Y a qué huelo yo? —susurró Ignacio mientras se acercaba a Teresa—. Espero que no digas que a naftalina.

—No —rio Teresa, que supo enseguida que aquel intento de broma se debía a los nervios que atenazaban a ambos—, no hueles a naftalina, tonto. Tu olor es una mezcla de tu colonia, de camisas recién planchadas y de libros. Y me encanta.

—A mí también me encanta tu olor —susurró el profesor—. Tú hueles a flores y a agua de lluvia, fresca, suave...

A Ignacio le tembló la mano cuando acarició la mejilla y los labios de la mujer.

—Sabes que quiero hacerte el amor, ¿verdad?

—Lo estoy deseando —susurró Teresa. Por un momento, temió que se escucharan más los latidos de su corazón que las palabras que surgían de su boca.

—Oh, mierda —se lamentó de pronto el profesor—. Hace tanto tiempo que no sube una mujer a mi casa que, si queda algún preservativo en el baño, caducó hace siglos. Tendré que salir ahora, joder...

—No —rió Teresa—, no tendrás que ir a ninguna parte, porque soy una mujer previsor. —Se acercó a su bolso y sacó la preciada caja—. Paré en una farmacia de camino a la cafetería.

—Eres maravillosa. Y preciosa. Y única...

Ya no hacía falta seguir hablando. Ignacio se acercó a Teresa y la besó al tiempo que sus manos comenzaban a desabrochar la blusa femenina. Siguió besando su garganta y sus hombros mientras deslizaba la prenda por sus brazos y, a continuación, bajó la cremallera de su falda y la dejó caer al suelo. Teresa, a la par que excitada, se sintió algo expuesta con tan solo un conjunto negro de lencería sobre su cuerpo. Hacía tanto tiempo que no la desnudaba un hombre...

—Espera, Ignacio —lo detuvo—. Yo... Pronto voy a cumplir cincuenta años. —Pensó en las líneas blanquecinas que aún surcaban su vientre, secuelas del embarazo. O en sus pechos, que, a pesar de considerarlos bonitos, no habían podido evitar la leve caída del paso del tiempo.

—Y yo ya he cumplido cincuenta y dos —señaló el profesor al tiempo que se desprendía de las gafas, la chaqueta y la camisa—. Si esperabas a un fornido jovencuelo...

Teresa posó las palmas de sus manos sobre el pecho masculino, cubierto por una ligera capa de vello oscuro mezclado con hebras grises. El tacto áspero y suave a la vez cosquilleó en sus dedos y se dejó embriagar por su calor. Después, siguió palpando los hombros, los brazos velludos y el vientre plano, que escondía la línea oscura que surgía del tórax. Se deleitó en reseguir con sus dedos cada uno de aquellos detalles tan masculinos.

Ignacio tuvo que apartar aquellas manos cuando se dirigieron a la cinturilla del pantalón.

—No tan pronto, cariño.

En su lugar, el hombre desabrochó el sujetador y liberó los pechos de Teresa.

—Eres preciosa —murmuró mientras acariciaba la suave y blanca piel—. Mucho más de lo que ya había imaginado.

A continuación, se llevó uno de los pechos a la boca y envolvió con su lengua cada uno de los pezones, que se endurecieron al instante ante el contacto y la humedad.

—Ignacio... —gimió Teresa, que abrazó la cabeza del hombre para acercarlo todavía más y que siguiera lamiendo y mordisqueando sus sensibles puntas. Pronto, sus pechos transmitieron el

más intenso placer a su sexo, que palpité de anhelo y de deseo.

Su cuerpo empezó a estremecerse y a temblar ante aquellas eróticas caricias, aunque aquello no había hecho más que empezar, y lo supo cuando Ignacio cesó sus húmedos besos para cogerla de la mano y llevarla hasta su cama. Teresa se acomodó sobre la colcha de color ocre y se dispuso a mirar cómo Ignacio se desprendía de los pantalones y la ropa interior. La mujer jadeó ante la agradable visión de su ancha espalda, sus estrechas caderas, sus glúteos firmes, sus largas y velludas piernas y su miembro erecto.

—Creo que tú también eres aún más bello de lo que esperaba.

—Me alegro —sonrió él cuando se subió a la cama y procedió a desprender a Teresa de las bragas, lo único que quedaba sobre su cuerpo.

Ignacio besó las suaves pantorrillas, la cara interna de sus muslos y, justo después, abrió los labios íntimos para depositar su boca en el húmedo sexo femenino.

—Ay, madre —gimió Teresa mientras se retorció sobre la cama—. Hace demasiado tiempo, no voy a aguantar ni un minuto...

Y así fue. En cuanto la mujer sintió la lengua y la barba de Ignacio en su lugar más íntimo, emitió un fuerte jadeo y arqueó su cuerpo, clavando sus codos en la cama y los tobillos en la espalda del hombre. El placer más intenso y abrasador la sacudió por entero y, en unos pocos segundos, la alcanzó un estremecedor orgasmo que la hizo sollozar de puro gozo.

—Te lo he dicho —gimió mientras contemplaba cómo el cuerpo fuerte del hombre se colocaba sobre ella—. Que no duraría nada...

—Oh, Dios —gimió él también cuando sus cuerpos se acoplaron, uno sobre el otro—. Qué sensación tan increíble...

Cada uno de ellos se regodeó en el tacto del cuerpo del otro durante un largo instante antes de que Ignacio se colocara el preservativo y tentara el sexo femenino.

—Hace mucho tiempo... —gimió Teresa para alertarlo de la posibilidad de que pudiese hacerle daño.

—Iré con cuidado, cariño...

Poco a poco, el profesor fue empujando sus caderas, pero, en vista de que el único sonido que surgía de la boca de su amante era de placer, acabó enterrándose en ella hasta el fondo. Teresa emitió un profundo gemido.

—Lo siento —jadeó él—, no he podido controlarlo... También hace mucho tiempo para mí...

—No lo sientas —gimoteó Teresa—. No me ha molestado nada... Sigue, por favor...

Ante su ruego, Ignacio comenzó a mover sus caderas, con embestidas largas y profundas, mientras elevaba las manos de la mujer por encima de su cabeza y las enlazaba con las suyas. Bajó la boca para poder chupar sus pechos y aceleró sus acometidas poco antes de elevar de nuevo la vista y fijarla en el rostro de Teresa, demudado por el placer. Cuando sintieron los primeros espasmos, él soltó sus manos para poder besarla en la boca, y ella enlazó sus piernas en las caderas de él. El orgasmo los alcanzó a ambos y el ambiente del dormitorio se llenó de suspiros y gemidos de placer. Un instante después, Ignacio se dejó caer sobre la cama y arrastró a Teresa para colocarla sobre su pecho.

Minutos más tarde, Teresa todavía apoyaba la mejilla en el tórax de Ignacio mientras él enredaba sus dedos entre los mechones de su cabello.

—No imaginaba que tú también llevaras tiempo sin hacerlo —comentó ella tras los momentos de relax y de satisfacción.

—Te confesaré algo —le dijo el profesor—. Poco después de divorciarme, todo mi entorno se empeñó en que saliera con otras mujeres para olvidar a mi ex. Me organizaron citas con amigas, cuñadas o con cualquiera que estuviese disponible. Incluso probé con alguna página de contactos para quedar con desconocidas. Fue una época un tanto caótica, en la que, cada vez que me acostaba con una de esas mujeres, era como un castigo hacia mi exmujer. Sentía que me vengaba de ella haciéndome creer a mí mismo que podía estar con otras. Hasta que descubrí que no me satisfacía el sexo por sexo, por lo que decidí centrarme en mi trabajo, mis alumnos, mi dedicación a la universidad y a mí mismo. La docencia me satisfacía y me hacía feliz.

—¿Y después? —preguntó Teresa.

—Después llegaste tú, Teresa. Porque, después de estar años buscando algo que no aparecía, que ni siquiera sabía qué era, cuando menos lo esperaba, te encontré a ti. No imaginas lo que supuso conocerte. El día que te vi en la cafetería, todo mi mundo se detuvo. Recuerdo que pensé: «Por fin, ahí está».

Para que no se diera cuenta de la emoción que le habían causado aquellas palabras, Teresa se colocó sobre el cuerpo del hombre y buscó su boca para besarlo profundamente. Al instante, notó su miembro excitado de nuevo.

—Mmm, profesor —ronroneó mientras se frotaba contra él—. Qué pronto te has recuperado. Quién lo hubiese dicho, a tu edad... —bromeó.

—Tenemos la edad perfecta —sonrió él en mitad de los besos—. Ni demasiado jóvenes e impetuosos, ni demasiado viejos para disfrutar del buen sexo.

—Tienes razón —susurró ella antes de besarlo de nuevo.

Volvieron a hacer el amor antes de dormirse acurrucados.

El sonido estridente de una musiquilla despertó a Teresa a la mañana siguiente. Ignacio se removió y detuvo la alarma.

—Buenos días, cariño —la saludó—. Lo siento, pero algunos madrugamos para ir a trabajar.

—Buenos días —murmuró la mujer al tiempo que abría los ojos—. Recuérdame que la próxima vez que decidamos pasar la noche juntos, sea un sábado.

—Puedes quedarte un rato más en la cama, si quieres —sonrió él—. Tienes que recuperar sueño para aguantar toda la noche trabajando.

—No, gracias. —Se despezó—. Será mejor que vuelva a mi casa cuanto antes.

—Como quieras. Iré a ducharme y prepararé café mientras te duchas tú, ¿de acuerdo?

—Perfecto —murmuró ella mientras se acurrucaba de nuevo en la almohada.

Cuando Teresa salió de la ducha, se encontró al profesor en la cocina, ya vestido y perfumado y con sus gafas de nuevo. El ambiente se llenó del sonido de la cafetera, de olor a café recién hecho, de paz y de tranquilidad, con una de esas escenas tan cotidianas que a Teresa le dio un

vuelco el corazón.

—Se me va a hacer eterno hasta mañana que pueda verte —le digo Ignacio después de darle un dulce pero apasionado beso en los labios.

—Y a mí. —Ella le correspondió enlazando los brazos en su cuello y sembrando su barba de pequeños besos.

—Te llevaré en coche hasta tu casa. ¿Ya estás lista?

—No es necesario, puedo coger el autobús...

—Haré como que no he oído eso —refunfuñó el hombre.

Unos pocos minutos después, Ignacio detenía el coche frente al portal de Teresa.

—Hasta mañana, cariño —se despidió con un beso, esa vez más profundo e intenso.

—Hasta mañana, Ignacio.

Apenas pudo dormir a pesar de acostarse en su cama. Teresa se sentía pletórica, feliz, y no había cansancio que pudiera con aquella sensación de euforia. Cansada de dar vueltas, se levantó para poner en marcha la lavadora, planchar o cualquier tarea que tuviese atrasada. Fue al pasar el plumero por el mueble del comedor que descubrió la invitación de la boda de Martina. Todavía faltaba un tiempo, pero...

Miró la hora en el reloj del salón. Lara ya estaría en su despacho, así que decidió llamarla.

—Mamá, ¿qué haces levantada? Te recuerdo que pasarás la noche trabajando.

—No quiero dormir. Y solo voy a hacerte una pregunta, no quiero molestarte en tu trabajo. ¿Ves bien que le diga a Martina que voy a ir acompañada a su boda?

—¡Puedes interrumpir mi trabajo cuando quieras si es para decirme que te has echado novio, mamá! —exclamó Lara—. ¿En serio? ¿Lo voy a conocer? ¿Lo llevarás a la boda y se lo presentarás a todo el mundo?

—¿Te parece excesivo o demasiado pronto?

—¡Claro que no! ¡Disfruta, mami! ¡Haz lo que creas que te hace feliz!

Sí, le hacía feliz ese pensamiento, aunque todavía no se lo había comentado a Ignacio, cosa

que hizo nada más encontrarse con él en la cafetería tras su jornada nocturna, el martes por la mañana.

—¿Quieres que sea tu pareja en una boda? —le preguntó el profesor elevando una de sus cejas.

—Perdona, ha sido una tontería, no debería habértelo propuesto —se lamentó Teresa al ver su reacción—. Volveré a pasar el banquete en la mesa de los viudos y divorciados, ya estoy acostumbrada.

—Es cierto que me ha sorprendido —le dijo mirándola con dulzura—, pero me entusiasma la idea de acompañarte, porque eso significa que somos oficialmente una pareja.

—¿De verdad no te molesta? —insistió ella—. No tienes por qué aceptar, de verdad. No me voy a molestar ni nada parecido...

—Quiero ir —la interrumpió—. Es más, cuando quieras, lo hacemos oficial y te doy un beso aquí mismo, en mitad de la cafetería.

—¡No! —susurró Teresa—. No creo que eso sea lo más adecuado. Eres el decano...

—Creo que ya murmuran por ahí —sonrió Ignacio—. Algunos de mis compañeros ya lo saben, aunque no se lo haya dicho. Llevamos varias semanas tomando café juntos en la misma mesa —sonrió—. Una alumna me preguntó el otro día si eras mi novia.

—Ay, Dios —gimió—. ¿Y qué le dijiste?

—Que esperaba ser merecedor de esa suerte. —Sonrió con ternura—. ¡Por cierto! ¡Hoy te toca clase de literatura! Hoy tenemos Poesía Cortesana del siglo xv.

—¡Es cierto! —exclamó Teresa—. Espero no quedarme dormida —bromeó.

—Muy graciosa —rió él.

Por supuesto, no se quedó dormida. Mientras el profesor hablaba del amor cortés, de los trovadores, de damas amadas y de amores secretos, Teresa no se perdió una palabra o un gesto suyo, orgullosa de los alumnos que tampoco apartaban la vista de sus explicaciones, y, por supuesto, orgullosa de Ignacio. Tras aquella clase y la del jueves, Teresa recuperó su ansia de saber y se deleitó en recordar cuánto disfrutaba en su época de estudiante de aquellas asignaturas.

—Ha sido maravilloso asistir a tus clases —le dijo al profesor a la mañana siguiente—. Gracias por proponérmelo.

—Gracias a ti por permanecer en aquel pupitre, embelesada en mis explicaciones. Se me hizo mucho más ameno al saberte allí, mirándome. Me has hecho sentir especial.

—Yo me siento especial desde que estoy contigo —musitó Teresa.

Teresa deseó que el tiempo pasara más aprisa para volver a pasar toda la noche junto a él.

Un zumbido penetró en la dormida mente de Teresa, que tardó en reaccionar y darse cuenta de que sonaba su teléfono sobre la mesilla de noche. Sin abrir los ojos y casi sin fuerzas, alargó el brazo para coger el móvil, abrir un solo ojo y averiguar el motivo por el que alguien la estaba despertando a... ¡las tres de la tarde!

—Pues sí que he dormido hoy... —rezongó.

Aunque, inmediatamente, se le abrieron los dos ojos al comprobar el nombre que surgía en la pantalla. Con rapidez e intentando que no fuera demasiado evidente su ronquera, contestó.

—¿Ignacio?

—Oh, Teresa, te he despertado, lo siento...

—No importa —sonrió ella al tiempo que se incorporaba en la cama y se fijaba en los destellos de sol que se filtraban entre las persianas—. Además, ¡son las tres de la tarde! Ni recuerdo el tiempo que hacía que no dormía tanto un día de trabajo.

—Entonces, seguro que no has comido todavía —aventuró el profesor.

—Dormir se ha convertido en algo prioritario para mí —rio Teresa—, más que comer. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque, después de las clases, he tenido una reunión con el resto de profesores de la facultad y se ha alargado hasta ahora. Así que, como yo tampoco he comido, he pensado en invitarte. Si no te apetece o prefieres descansar, no te preocupes, puede ser otro día...

—¿Puedes venir a buscarme? —lo interrumpió Teresa al tiempo que se levantaba, abría la ventana y corría al baño a abrir el agua de la ducha.

—Sí, claro. ¿Te parece bien en veinte minutos?

—¡En quince! —exclamó Teresa, que, antes de colgar, escuchó la risa de Ignacio.

Es lo que tiene la ilusión, que es capaz de insuflar una buena dosis de energía, porque Teresa necesitó cinco minutos para ducharse, cinco más para vestirse y secarse el pelo, y tres para maquillarse. Aún le sobraron dos para coger el bolso y bajar hasta la calle, donde apareció Ignacio con su coche al mismo tiempo. Teresa abrió la portezuela, ocupó el asiento del copiloto y se lanzó sobre el profesor para abrazarlo y darle un sonoro beso en los labios.

—Buenos días. O buenas tardes —sonrió Teresa.

Si la sonrisa y la alegría de Teresa emocionaron al profesor, el espontáneo gesto de besarlo hizo que su pecho se expandiera para dar cabida a su henchido corazón.

—Cuánta energía —rio Ignacio mientras se incorporaba al tráfico—. Perdona por haber interrumpido tu sueño.

—Ya te he dicho que no importa. Además, suelo levantarme a las doce la mayoría de los días, así que, he ganado tres horas de descanso que bien puedo aprovechar contigo.

Continuaban viéndose casi cada mañana en la cafetería del campus y Teresa acudía como oyente a sus clases dos días a la semana, pero, por su diferencia de horarios, solo podían esperar al fin de semana para hacer algo fuera del ámbito universitario.

—Ya he visto lo rápido que has estado lista —bromeó Ignacio.

—Oh. —Teresa bajó el parasol para poder mirarse en el pequeño espejo—. Puede que me haya pintado un solo ojo o me haya puesto la blusa del revés —rio—. Además, me he dejado la cama sin hacer, algo que me hubiese parecido una aberración hace solo unas semanas.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó el profesor mientras estacionaba el coche.

—Tú —murmuró Teresa.

En respuesta, Ignacio le dio un dulce beso en los labios y la miró con dulzura.

—Gracias por darle tanta alegría a mi vida.

—Pues no sé de dónde la he sacado —rio Teresa para intentar paliar la emoción que la embargó con tan intensa confesión—. Por cierto, tengo hambre. ¿Dónde vamos a comer a estas

horas?

Tras bajar del coche, Ignacio la tomó de la mano y comenzaron a caminar paralelos al mar. La brisa les trajo el olor a sal y el sonido del graznido de las gaviotas.

—Conozco un restaurante aquí mismo, cerca del puerto, que ofrece paellas a cualquier hora. Está pensado, sobre todo, para turistas, pero me encanta sentarme en una de las mesas del exterior, para poder contemplar cómo se mecen los veleros sobre el agua.

Teresa entendió perfectamente esa sensación, cuando, después de dar buena cuenta de la paella y el vino, ambos se quedaron un rato sentados, admirando el paisaje mediterráneo mientras el cielo se teñía de naranja y pintaba con su reflejo las tranquilas aguas. Al verla encogerse por el frío de la tarde, Ignacio acercó su silla y rodeó a Teresa por los hombros. Ella, en respuesta, apoyó su cabeza en el hombro del profesor.

—Se nos ha hecho tarde y refresca —comentó Ignacio tras besar a Teresa en el pelo.

—No importa —ronroneó ella al tiempo que se acurrucaba un poco más en él—. Tenías razón, ha valido la pena. No me movería de aquí hasta que se hiciera de noche.

—¿Aunque pases frío y te estés quedando dormida? —bromeó el profesor—. Será mejor que te lleve a casa.

—Está bien —murmuró Teresa mientras hundía un poco más su rostro en el cuello de Ignacio e inspiraba el olor y el calor de su piel.

—Yo apenas he probado el vino porque tengo que conducir —señaló Ignacio mientras disfrutaba del contacto y la cercanía de la mujer—, pero me parece que tú has bebido por los dos y te quedarás dormida aquí mismo.

Teresa se limitó a sonreír y dejó que Ignacio la tomara de la cintura mientras caminaban hacia el aparcamiento. Si el sueño ya solía apoderarse de ella a media tarde, un poco de vino había conseguido que se sintiera en una nube. No llegó a dormirse en el trayecto en el coche, pero cerró los ojos y disfrutó de la sensación de placidez.

—¿Puedes subir sola a casa? —le preguntó Ignacio una vez estacionó frente al edificio de Teresa.

La mujer clavó sus ojos verdes en el profesor y este sintió un pellizco en el estómago... y un poco más abajo.

—No —respondió Teresa con un brillo de promesa en la mirada—. Quiero que me acompañes.

Ignacio obedeció, con el corazón latiéndole a mil por hora. Ayudó a Teresa a bajar del coche y subieron hasta el piso. Aún no había acabado de cerrar la puerta cuando ella se lanzó en sus brazos y comenzó a besarlo con pasión. El profesor respondió abrazándola con fuerza para atraerla a su cuerpo, que clamaba por el placer que ya había conocido en aquellos brazos.

Con una vehemencia que apenas conocía en ella, Teresa abrió la camisa de Ignacio y clavó su rostro en el pecho masculino. Debido al calor de la piel del hombre, a su olor y el roce de su vello, se sintió, de pronto, invadida por un deseo descarnado. Por ello, procedió a desprenderse ella misma de la ropa, hasta quedarse en su conjunto de lencería de color malva. Pero, como si el efecto del vino se hubiese disipado ligeramente, cuando se encontró casi sin ropa, fue consciente de que volvía a sentirse expuesta, tanto ella como sus defectos, por lo que pareció encogerse.

—¿Qué sucede, amor?

Ignacio, desnudo solo de cintura para arriba, percibió el desasosiego de Teresa, así que, decidió cogerla de la mano y llevarla hasta el dormitorio para situarla frente a un espejo. Él se colocó detrás de ella para que pudiesen contemplar el cuerpo femenino.

—Eres preciosa —murmuró Ignacio en su oído mientras abría el cierre del sujetador y dejaba surgir sus pechos. A continuación, todavía a su espalda, posó sus manos sobre la suave piel y comenzó a pellizcar sus pezones—. ¿Te gusta?

Teresa no podía acordarse de la última vez que había vivido algo tan erótico. Frente a ella, podía contemplar su propia imagen, solo con las bragas puestas, rodeada por la figura masculina de un hombre que acariciaba sus pechos y la obligaba a apoyar la cabeza en su pecho. Debido al placer, sus caderas comenzaron a moverse, algo que debió de percibir el profesor, que decidió calmar esa ansia introduciendo su mano bajo la tela de las bragas para acariciar la húmeda femineidad. Un jadeo de placer escapó de los labios de Teresa.

—Ignacio...

—Dime si te gusta.

—Sí... —musitó—, me gusta... mucho. Pero hazme el amor, por favor...

Excitado por sus palabras y la respuesta de su cuerpo, Ignacio terminó de desnudarse, se colocó sobre la cama y alentó a Teresa a ponerse encima. Ella, igual de excitada, se situó a horcajadas sobre él y se deleitó en el tacto áspero del vello masculino bajo sus piernas, o bajo sus palmas cuando las colocó sobre su pecho. A continuación, ella misma se introdujo el excitado miembro en su cuerpo y comenzó a moverse, arriba y abajo, mientras él arqueaba sus caderas y acariciaba sus pechos. Instantes después, ambos temblaron por el placer del clímax y Teresa acabó cayendo sobre el cuerpo fuerte de Ignacio. A pesar de los fuertes latidos de su corazón, se acomodó en su pecho y dejó que sus párpados se cerraran.

—Duerme, cariño —murmuró Ignacio cuando sintió en su cuello la tibieza de su respiración.

Un penetrante aroma a café consiguió despertar a Teresa, que se encontró sola en su cama, aunque aún percibía en sus sábanas el calor y el olor de Ignacio. Se levantó, se puso una bata y se acercó a la cocina, siguiendo el rastro.

—Pensé que te haría falta antes de irte a trabajar. —El profesor le dio un beso en la mejilla y le puso la taza en las manos.

—Gracias —musitó Teresa antes de dar un sorbo—. ¿Qué hora es?

—Casi las once. Ahora pensaba ir a despertarte.

—Perdona por haberte acaparado toda la tarde —suspiró Teresa mientras trataba de reordenar mínimamente su cabello con los dedos—. Seguro que tenías cosas que hacer...

—¿De verdad me estás pidiendo perdón por... esta tarde? —sonrió Ignacio.

—No es eso... Pero tienes obligaciones...

—Ven aquí. —La cogió de la cintura y la acercó a su cuerpo—. Sí, se me ha atrasado un poco el trabajo, tendré que quedarme hasta más tarde para terminarlo y, posiblemente, no pueda volver a quedar contigo hasta el sábado, pero jamás lamentaría lo que ha pasado esta tarde contigo.

—Yo tampoco —sonrió Teresa—. Pero, nos veremos mañana en la cafetería como siempre, ¿verdad?

—Eso ni lo dudes —respondió él tras darle un beso en la frente—. Tenemos cada mañana una cita en la cafetería y dos veces por semana una clase de literatura. Pero no podré salir contigo hasta el fin de semana.

—No me puedo quejar —rio Teresa.

La mujer se duchó, se cambió y se preparó un sándwich para comer algo durante su jornada nocturna. Ignacio la acercó a la universidad y se despidieron con un beso.

Nunca antes había estado tan contenta mientras fregaba el suelo.

CAPÍTULO 9

El sonido del timbre de la puerta hizo fruncir el ceño a Ignacio. Sentado en su escritorio, repasando y contestando los correos acumulados, miró la hora en la pantalla del ordenador. Eran las diez y media de la noche de un viernes, así que pensó que se habrían equivocado, pero el timbre volvió a sonar con insistencia. Se levantó y fue hacia la puerta, abrió, y no pudo sorprenderse más al encontrarse frente a la última persona que hubiese esperado y que no veía desde hacía meses. Allí, en pie, mirándolo con cara de angustia y con los ojos hinchados por el llanto, estaba su exmujer.

—Raquel... —musitó mientras observaba la maleta que colgaba de su mano—. ¿Qué ocurre? ¿Qué haces aquí a estas horas?

—Lo siento, Ignacio —balbució con desconsuelo—, pero no tenía adonde ir. ¿Puedo pasar?

—Sí... sí, claro.

La mujer entró, dejó la maleta en el suelo y se puso a llorar. Ignacio, contrito al verla tan abatida, la instó a sentarse en el sofá y él se colocó a su lado al tiempo que tomaba una de sus manos para darle consuelo.

—¿Qué sucede? —insistió el profesor—. ¿Has discutido con tu marido?

—Ha sido más que eso —sollozó—. Me ha echado de casa, Ignacio.

—Dios mío, ¿por qué?

—Porque ha descubierto que lo engañé; contigo.

Ignacio parpadeó confuso. Aquello había pasado hacía más de diez años. En pleno proceso de divorcio, cuando ella ya le había soltado que iba a casarse con otro, tuvieron una nueva discusión, tras la cual, acabaron acostándose una última vez. Nunca volvió a pasar y nunca

volvieron a hablar de ello.

—Pero... de eso hace muchos años —dijo sorprendido—. ¿Cómo ha surgido ahora algo así?

—Porque los secretos acaban saliendo a la luz, Ignacio, y yo guardaba uno demasiado grande.

—¡No tuvo importancia, Raquel! Fue un momento de frustración y...

—No me refiero al hecho de haberme acostado contigo —lo interrumpió—, sino al resultado.

—No comprendo...

—De resultas de aquella vez... me quedé embarazada. Mi hijo mayor es tuyo, Ignacio.

Si en aquel momento se hubiese caído el cielo sobre la tierra, Ignacio no se habría sentido más aturdido. ¿De qué estaba hablando? ¿Él tenía un hijo?

—¿Cómo puedes saber que es mío, si ya estabas con él? —le preguntó con seriedad.

—Siempre lo intuí —explicó su exmujer después de sonarse la nariz—. Pero me convencí a mí misma de que era de Miguel, que tenía que serlo, que el destino no podía haberme hecho algo tan cruel. Pero hace poco, mi hijo, Pablo, sufrió un accidente y necesitó sangre.

—Dios mío... ¿Está bien? —preguntó Ignacio, temeroso de lo que vendría a continuación.

—Sí, sí, todo fue bien y ya está en casa. Pero fue en el momento de hacernos las pruebas para donarle sangre cuando todo salió a la luz. Los médicos esperaron a que el niño estuviese fuera de peligro, pero, unos días después, nos dijeron que tenían que hablar con nosotros. Y se desató el drama: yo era la madre de Pablo, pero mi marido no podía ser el padre.

Ignacio cerró los ojos y enterró el rostro entre sus manos. ¿Cómo podía haberle pasado algo así? Tenía un hijo de diez años y nunca lo había sabido, ni siquiera sospechado, puesto que no sabía la fecha exacta de su nacimiento ni jamás le había importado.

—Así que, ya ves —suspiró Raquel—. Miguel montó en cólera, me llamó de todo y me dijo que no quería ni verme. Ya sabes que no tengo a nadie aquí y solo pude pensar en ti...

—¿El niño lo sabe? —preguntó el profesor.

—No, claro que no. No queremos perturbarle ahora, tan pequeño. Cuando sea algo más mayor... se lo diré.

—Es mejor así.

Ignacio se puso en pie, se quitó las gafas, se frotó el rostro y se mesó el cabello, todo ello sin dejar de caminar arriba y abajo.

—¿Vais a divorciaros? —preguntó al fin.

—No lo sé —sollozó la mujer—. De momento, no se le puede hacer entrar en razón. Si pudiera quedarme aquí unos días, contigo, hasta que me escuche...

Aquella no era una buena idea. En realidad, era una pésima idea. Tener a su ex en casa mientras él comenzaba una bonita relación con otra mujer resultaba, cuanto menos, surrealista. En lo primero que pensó fue en Teresa, en cómo iba a explicarle aquel desastre, pero luego decidió que, de momento, esperaría. Esperaba que Raquel y su marido pudieran solucionar el asunto, para bien o para mal, pero, mientras tanto, no podía negarle un techo a la mujer que había amado durante años, la misma que lo destrozó el día que se marchó de casa alegando que había encontrado a alguien con quien formar una familia.

—Claro, puedes quedarte aquí —le dijo—. Hasta que decidáis lo que vais a hacer, puedes instalarte en mi habitación. Yo puedo dormir en el sofá de mi despacho.

—¡Oh, gracias!

La mujer se lanzó en los brazos de su exmarido, lo abrazó y lo besó con fuerza en la mejilla. Durante un instante, Ignacio se sintió turbado por volver a tener entre sus brazos a Raquel. Su cuerpo y su olor le resultaron familiares a la vez que lejanos, pero, igualmente, le devolvió el abrazo.

—Eres un cielo, Ignacio —le dijo ella con una sonrisa mientras acariciaba su rostro—. A veces pienso que fui una idiota...

El profesor la apartó de sí cuando la imagen de otra mujer de ojos verdes y la boca más sensual que había visto en su vida apareció en su mente. Aquello era un jodido desastre, puesto que había quedado con ella al día siguiente, pero intuyó que el fin de semana tendría otras cosas en qué pensar, como por ejemplo, que, de pronto, era padre. Así que, le envió un WhatsApp a Teresa para decirle que su cita del sábado quedaba cancelada. No le explicó el motivo porque no

le pareció muy ético explicárselo por teléfono. Las explicaciones tendrían que esperar.

Teresa no daba crédito. ¿En serio Ignacio había anulado su cita por WhatsApp?

Durante todo el fin de semana esperó una explicación que nunca llegó. Ni otro mensaje, ni una llamada... Acabó enviándole ella también un mensaje con el que le preguntaba si todo marchaba bien, pero tampoco obtuvo respuesta. El lunes decidió llamarlo, pero saltó el contestador, así que esperó a que, tras su jornada laboral nocturna, ya el martes, salir de dudas cuando coincidieran en la cafetería.

Pero Ignacio no apareció. Teresa ocupó la mesa de siempre, pidió dos cafés con leche y esperó. Pero uno de los vasos se acabó enfriando y quedó olvidado sobre la mesa cuando ella, después de esperar una hora, decidió levantarse. Encontró a un grupo de alumnos que conversaban en el exterior, en uno de los bancos de piedra de los jardines del campus, y que reconoció de haberlos visto en el aula. Con la excusa de sus clases como oyente, se acercó a ellos y les preguntó por el profesor de literatura.

—Hoy no ha venido —contestó una chica—. Nos avisó anoche con un correo de que no vendría a clase por motivos personales.

—Por lo que dice —aportó un chico—, tal vez falte algún día más.

Teresa les dio las gracias mientras comenzaba a preocuparse. No contestaba a mensajes ni llamadas y faltaba a clase, algo primordial para él. Entendía que ellos no eran nada todavía, pero, ¿y si estaba enfermo y no había querido preocuparla?

No, aquello no tenía sentido, porque la preocupaba más la incertidumbre de no saber nada. Aun así, decidió esperar a la mañana siguiente, por si todo tenía una explicación lógica y se había vuelto un poco paranoica. Pero Ignacio tampoco apareció, por lo que decidió que no le quedaba más alternativa que presentarse en su casa.

Raquel se adaptó pronto a la pequeña vivienda de Ignacio. Mientras él aprovechaba el fin de semana para adelantar trabajo, ella se puso a ordenar el piso o a limpiar, aunque, a ratos, se

aovillaba en el sofá para volver con sus episodios de llanto.

—Descansa, Raquel —le pidió Ignacio en uno de aquellos momentos bajos—. No es necesario que te pongas a ordenar y a limpiar. Llevo años encargándome de todo y no espero que venga una mujer a hacerlo.

—Así me distraigo —dijo ella, compungida—. Además, todo tu apartamento es un caos. ¿Cómo puedes aclararte con tantos libros y papeles? He pensado que se podrían comprar unas estanterías para los libros, y de paso colocar algunas plantas verdes...

—Son mis cosas, Raquel —la interrumpió con brusquedad. No necesitaba que su exmujer reorganizara su casa—, y yo me aclaro perfectamente, llevo diez años haciéndolo. ¿Has sabido algo de tu marido?

—No —suspiró—. No me coge el teléfono.

—¿Quieres que te acompañe y hablemos con él los dos?

—¡No! —exclamó demasiado nerviosa—. No, de verdad, Ignacio, no quiero que tengas problemas. Miguel está muy alterado y podría pagarlo contigo.

A Ignacio le extrañó aquella afirmación, puesto que, las pocas veces que había coincidido con aquel hombre, le había parecido una persona tranquila y prudente. Incluso, el día que Raquel los presentó, su marido estrechó la mano de Ignacio con total afabilidad. Le pareció un buen hombre.

—Pero tus hijos están con él —le comentó a su ex—. Si creyeras que puede volverse agresivo...

—No, no... No te preocupes. Los niños están bien con él.

Le pareció algo contradictorio, pero, de momento, lo dejó pasar, porque tenía otras preocupaciones en mente. Había intentado comunicarse con Teresa, pero no le contestó ni una sola vez. No aparecían mensajes de ella, ni llamadas, nada que le hiciese creer que ella podía estar preocupada. Tal vez él era el único que había creído que aquella relación era especial y ella ni siquiera lo había echado de menos.

El primer problema de convivencia con su exmujer llegó el lunes por la mañana. Él había decidido pedir un par de días libres en la universidad, en espera de los acontecimientos, por lo que tenía que compartir con Raquel las comidas o su propio espacio. Para su tranquilidad, ella le daba unas horas de tregua, puesto que seguía acudiendo a su trabajo en un salón de estilismo. A primera hora de la mañana, Ignacio entró en el baño y encontró a su ex recién salida de la ducha, con tan solo una escueta toalla enrollada alrededor de su cuerpo.

—Perdona —se excusó al tiempo que cerraba la puerta.

—No pasa nada —rio ella un instante después, cuando salió del baño con aquel escaso atuendo—. Me viste con mucha menos ropa en el pasado.

—En el pasado, tú lo has dicho —le dijo él, bastante contrariado—. Deberías echar el cerrojo, para eso está.

—No me importa. —Se encogió de hombros—. No verás nada que no hayas visto antes.

—A mí sí me importa —gruñó.

El segundo problema llegó la cuarta noche que dormía allí, durante la madrugada del lunes al martes. Ignacio dormía profundamente en el sofá de su despacho cuando notó cierto contacto en la bruma del sueño. Sin lugar a dudas, se trataba de un cuerpo desnudo y femenino, que él percibió suave y tibio. Un instante después, unos labios cálidos se posaron en los de él, y, creyendo que soñaba con Teresa, abrió su boca para dar la bienvenida a su lengua, al tiempo que la cubría con sus piernas y aferraba los pechos femeninos entre sus manos. Se sintió ardiente y excitado, y dejó que la mujer se colocara encima y siguiera besándolo al tiempo que su miembro era rodeado por unas manos suaves. Justo en el instante en que abría sus piernas, abrió los ojos para contemplar a su hermosa amante antes de penetrarla. Pero aquel no era el rostro de Teresa. Sí, era una mujer, y no estaba soñando. El cuerpo atrapado bajo el suyo era muy real. De un salto, se apartó de ella y salió de la cama dando trompicones.

—¡Raquel, por el amor de Dios! ¡¿Qué haces aquí?!

—No me irás a decir que no te estaba gustando —sonrió de forma taimada.

—Sal de mi cama, ahora mismo, Raquel. ¿En qué demonios estabas pensando?

—No entiendo tantas quejas —gruñó la mujer al tiempo que se levantaba de la cama, todavía desnuda—. Los dos sabemos que se te salieron los ojos de las órbitas cuando me viste en el baño. Seguro que te excitaste.

—¿Qué?! —exclamó confuso—. ¡No! ¡Si te miré fue porque me topé contigo de repente!

—Y ahora me dirás que tampoco has pensado en la posibilidad de acostarnos.

—¡Por supuesto que no! —respondió indignado—. Mira, Raquel. —Suspiró y se colocó las gafas, que había cogido de la mesita—. Te he ayudado, como alguien que ayuda a una vieja amiga. Pero no saques conclusiones erróneas. Es más, en cuanto hables con tu marido quiero que te marches de aquí.

—¿Y qué pasa con tu hijo? —preguntó furiosa—. ¡Ni siquiera me has planteado conocerlo!

—¡Claro que quiero conocerlo! —exclamó él—. Pero no puedo presentarme delante de un niño y decirle que soy su padre, y que el que él conoce como tal no lo es. Lo he pensado estos días, Raquel, y no puedo hacerlo. Te limitarás a presentarme como un amigo. Me gustará seguir su desarrollo y me ofrezco para cualquier cosa que necesite, pero solo tiene diez años, y lo único que conseguiremos será trastornarlo. Tenemos que dejar que siga con su vida.

—¿Y si me divorcio de Miguel? —le preguntó ella alzando la barbilla.

—Una cosa nada tiene que ver con la otra. Vosotros podéis estar casados o divorciados, pero seguís siendo sus padres para él. De todos modos, lo primero que tienes que hacer es hablar con tu marido.

—No entiendo que me rechaces de esta forma —le dijo ella con inquina—. ¡Estabas muy enamorado de mí! —exclamó airada—. Cada vez que nos cruzábamos en la calle, me daba cuenta de que mirabas a Miguel con odio y con envidia. ¡Me has deseado todos estos años para ti!

—Estás muy equivocada —se indignó Ignacio—. A cualquier hombre le jode que su mujer lo deje por otro, pero hace mucho tiempo que pasé página. Si miré con envidia a tu marido alguna vez, no fue por ti, sino porque extrañaba una familia.

—Todavía puedes tenerla, Ignacio...

—Ya la tengo —le confesó—. Me he enamorado, Raquel. He tenido que pasar completamente solo más de diez años, pero la espera ha merecido la pena, porque he encontrado a la mujer de mi vida. Se llama Teresa y estaría aquí de no ser por ti. Aunque no sé si me la merezco, puesto que ni siquiera he tenido huevos de hablarle de ti.

Furiosa, su exmujer salió del despacho dando un portazo.

CAPÍTULO 10

Ya eran las diez de la mañana cuando Teresa bajó del autobús y recorrió un par de calles para llegar al edificio en el que vivía Ignacio. Dudó un instante si hacía bien mientras subía las escaleras, pero decidió que era lógico preocuparse. Habían pasado tres días desde que se vieran por última vez y no había tenido más contacto que un triste WhatsApp y la escasa información que le habían dado en la universidad. Cuando llegó al rellano, pulsó el timbre de la puerta y esperó solo unos segundos antes de que abrieran. Aunque no fue Ignacio, precisamente, quien lo hizo, sino una mujer de unos cuarenta y tantos, morena... y vestida con un escueto camisón casi transparente.

Teresa desvió la vista hasta la placa de la pared que informaba del número de puerta, por si se había equivocado. Pero no. Era el mismo apartamento donde ella había pasado con su dueño las horas más apasionadas de su vida. Se sintió torpe y algo tonta, porque aquella mujer tenía todo el aspecto de haber pasado la noche con Ignacio.

No podía ser. Su profesor de literatura era un hombre decente, ¿verdad?

Raquel se levantó de la cama al oír el timbre. Sabía que Ignacio le había comentado algo sobre hacer unos recados y supuso que no se habría llevado las llaves. Aprovechó el momento y prescindió de ponerse una bata sobre el ligero camisón, que transparentaba las areolas de sus pechos y la sombra oscura de su pubis, para seguir con sus tretas de seducción. Pero se llevó una decepción al encontrarse con una mujer.

—Perdona —titubeó la desconocida—. Estoy buscando a Ignacio. ¿Está en casa?

—Pues no —contestó Raquel—, ha salido. ¿Quién lo busca?

—Yo... soy Teresa.

Vaya, vaya. Así que esa era la tal Teresa. No la imaginaba tan guapa. Tenía unos bonitos ojos verdes y el cabello castaño adornado con reflejos dorados. Aunque le pareció que debía de ser mayor que ella, tenía un semblante juvenil, pues llevaba el pelo recogido en una coleta y vestía con tejanos y bambas.

La odió al instante.

—Nunca he oído hablar de ti y no sé qué buscas —le dijo con resentimiento—, pero deberías saber que soy su mujer.

—¿Su mujer? —preguntó perpleja—. Ignacio está divorciado...

—Sí —prosiguió con presunción—, nos divorciamos hace años, pero volvemos a estar juntos. Nos reconciamos hace unos días, aunque seguro que no te ha informado.

—No... no me lo creo —balbució Teresa—. No puede ser...

—Cree lo que quieras, pero aquí está la prueba.

La mujer atravesó el recibidor y abrió la puerta del dormitorio, donde se podía contemplar la cama de matrimonio totalmente deshecha.

—¿Lo ves? Incluso dormimos juntos. Ignacio siempre estuvo enamorado de mí y me ha recibido con los brazos abiertos. ¿O crees que me pasearía así por la casa de un hombre con el que no compartiese la cama?

Teresa sintió todo el peso del universo sobre sus hombros, como una pesada roca que la aplastaría en cualquier momento. Sin despedirse de la mujer, se dio la vuelta y bajó los escalones del edificio a toda velocidad, para poder llorar sin que la viese nadie. Después, corrió hasta la parada del autobús, subió al vehículo a toda prisa, y no cesó de llorar ni cuando llegó su casa. No estaba segura si el amor se vivía diferente según la edad. Lo que sí descubrió fue que un corazón roto dolía igual. O más.

No solía hacerlo, pero, aquella noche, durante la jornada de trabajo, Teresa necesitó colocarse unos auriculares para escuchar la música que surgía de su lista de Spotify, y, de esa forma, animarse un poco, aunque evitó las baladas más tristes. Sonaba y tarareaba *Don't call me up*, de

Mabel, cuando se dirigió al almacén donde debía guardar los utensilios de limpieza. Colocó cada objeto y producto en su sitio, se desprendió de los guantes, se lavó las manos y procedió a desabrochar su bata de trabajo. Debido a la música, no escuchó que alguien abría la puerta. Tuvo que levantar la vista para ver que Ignacio estaba parado junto al marco.

—Hola, Teresa. —Parecía apesadumbrado, algo que a Teresa le pareció lo más normal después de cómo se había comportado: como un auténtico cabrón—. ¿Podemos hablar?

—No. —Furiosa, terminó de quitarse la bata, se cambió el calzado y cogió el bolso—. Tengo prisa.

—Teresa, por favor, deja que te explique...

—No tienes que darme explicaciones —lo interrumpió mientras forcejeaba con el manojito de llaves para cerrar el almacén—. Tú y yo no somos nada, y si has decidido volver con tu mujer, es cosa tuya.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó perplejo— ¿Y cómo sabes...?

—Fui ayer a tu casa —volvió a cortarlo.

—Y supongo que viste a Raquel —suspiró—. Pero no es lo que crees... ¿Cómo has podido pensar que...?

—Ni un triste mensaje, Ignacio, ni una llamada. Estaba preocupada, ¿sabes? —Comenzó a caminar a grandes zancadas para dirigirse a la salida, pero Ignacio la cogió de un brazo y la apartó hacia un lado.

—Lo siento —remarcó—, tendría que haber venido a verte, en eso me he portado mal, pero no se me ocurría qué decirte. Era un tema que debía solucionar yo solo. Aun así, intenté ponerme en contacto contigo muchas veces, pero ni siquiera he recibido respuesta por tu parte.

—¿Qué quieres decir?

—Miré cada día el móvil, esperando ver una señal tuya, pero nunca llegó. Pensé que no te importaba si nos veíamos o no.

—Te he enviado docenas de mensajes, capullo. —La ira hizo arder la sangre de Teresa—. Te he llamado y preguntado por ti a tus alumnos. ¡He ido a tu maldita casa a buscarte!

Sin que lo esperara, las lágrimas afloraron a los ojos de Teresa. Ignacio fue a abrazarla de inmediato, pero ella no lo permitió.

—Cariño, por favor, no llores...

—No me toques —le dijo tras un brusco gesto.

—Mira, no sé qué ha pasado —dijo el profesor en un tono más calmado—. Asumo mi culpa en cuanto a que debería haberte llamado y explicártelo todo, pero, entiéndelo... No sabía cómo decirte que mi exmujer se había presentado en mi casa porque su marido la había echado.

—¡Pues diciéndomelo! —se quejó Teresa—. Si no me lo has contado, es porque tu conciencia no está tranquila.

—No, no está tranquila, porque no lo he hecho bien contigo, pero no por tener nada con Raquel.

—¿Por eso se pasea por tu casa medio desnuda?

—Joder... —se lamentó el hombre al imaginar el encuentro entre ellas.

—¡¿Por eso me dijo que os habíais reconciliado?! ¡¿Y por eso me mostró vuestra cama deshecha?!

Ignacio se sintió desconcertado. Sería demasiada información decirle que su ex trataba de meterse en su cama, algo que seguía sin comprender. Decidió contarle el hecho más importante.

—No sé qué narices te hizo creer esa mujer —le dijo frustrado—. Lo único destacable de todo este lío es que tengo un hijo, Teresa.

—¿Cómo que tienes un hijo?

—El chico mayor de Raquel... es mío.

—¿Y cómo sabes que es cierto?

—Porque hay pruebas médicas que lo confirman.

—¿Y te lo dice ahora?

—No creo que me lo hubiese dicho nunca. Lo hizo porque su marido la echó de casa.

—Y ha vuelto a tus brazos, por supuesto...

Teresa escuchó el último «crac» de su corazón. Si aquella mujer se divorciaba de su marido y

mantenía con Ignacio un vínculo tan especial como un hijo... ella ya no pintaba nada en su vida.

—¡Yo ya no siento nada por ella! —insistió.

—Arregla las cosas con tu mujer —le dijo Teresa—. Y recupera a tu familia.

—¡No es mi mujer! —dijo con vehemencia—. ¡Y mi familia eres tú!

—Adiós, Ignacio.

El hombre tuvo que ver cómo la mujer que amaba se alejaba de él. Y no solo en el aspecto físico.

A Teresa aún le costaba respirar cuando, de camino a casa, le sonó el teléfono.

—Somos del Servicio de Ocupación —le dijeron al otro lado—. Tenemos una propuesta para hacerle. ¿Podría pasarse hoy mismo?

—Sí, claro —contestó al tiempo que se limpiaba los restos de llanto con el dorso de la mano—. Puedo estar ahí en diez minutos.

—La esperamos, entonces.

Una vez en el despacho de la mujer que ya la entrevistara la primera vez, Teresa tomó asiento y esperó interesada la propuesta.

—Nos han pedido una operaria en una fábrica y creemos que das el perfil, Teresa —le comunicó—. Realizan montajes electrónicos para dispositivos de alarma y tú estarías en la sección mecánica, donde algunas piezas se montan de forma manual. Sabemos que tienes experiencia en ese ámbito.

—¿Cuáles son las condiciones?

—Cobrarías un poco más. Y, por supuesto, en horario diurno, de lunes a viernes, en turnos rotativos de mañana y tarde. ¡Ah!, se me olvidaba. A tan solo veinte minutos en autobús desde tu casa.

—¿Dónde está el truco? —rio Teresa.

—No hay truco —le dijo la mujer con benevolencia—. Simplemente, he creído que te interesaría el cambio.

—Si lo dices porque dejarán de dolerme los brazos y la espalda por el manejo de la fregona, porque volveré a dormir por la noche y no estaré de mal humor por el día, creo que sí, que me interesa —rio de nuevo.

—Entonces, decidido. Puedes firmar ahora mismo el periodo de prueba y empiezas mañana.

—¿Mañana? ¿No tengo que avisar o dar unos días?

—No te preocupes, nosotros nos encargamos de enviar a otra persona.

—Pues muchas gracias por todo. —Teresa se puso en pie y le dio la mano a la mujer—. Te agradezco mucho haberte preocupado.

—A ti, Teresa. Que tengas suerte.

Teresa no pudo evitar sentir nostalgia de sus compañeras, de la cafetería del campus, de sus momentos de relax junto a la ventana. Tampoco pudo evitar recordar las conversaciones con Ignacio, las clases a las que acudió, donde disfrutó de las interesantes lecciones del profesor. Y, por supuesto, apenas podía pasar unas horas sin que pensara en él. Llegó a pensar que ojalá no se hubiese enamorado, que ojalá no hubiese sentido nada por aquel hombre de voz pausada, modales amables y la mirada más tierna que había visto en su vida; con el que había visto el cielo entre sus brazos después de tantos años sin que su cuerpo pudiese disfrutar de las tiernas y apasionadas caricias de un hombre...

Lo que más la ayudó fue la amistad con sus nuevas compañeras, que la acogieron encantadas. Y, por qué no decirlo, las atenciones de Ismael, el guapo encargado, un divorciado de cuarenta y siete años con demasiada labia y unos chispeantes ojos azules. La hacía reír y eso le gustaba.

—¿Cómo va mi chica favorita? —solía decirle cada vez que se acercaba a su sección.

—Bien, gracias. Es un trabajo muy entretenido y estoy sentada, así que... todo genial.

—Me alegro, ojazos —le decía después.

—Ten cuidado con él —murmuró Sonia, la compañera con la que compartía mesa de trabajo—. Desde que se divorció hace tres años, se cuentan sus novias por docenas.

—No tengo intención de ligar con él —sonrió Teresa ante la advertencia.

—No hace falta, querida —comentó la mujer—. Él se encargará de ligar contigo, como hizo con las demás.

—¿Ha salido con muchas trabajadoras de la empresa?

—Pregunta mejor con cuál no —bromeó la compañera—. Creo que soy una de las pocas de esa lista.

—La verdad es que es guapo —señaló Teresa.

—Claro que es guapo. Está como un queso, el tío. Pero paso de que me usen para pasar el rato.

Teresa observó de reojo a su atractivo encargado. Tal vez a ella le vendría bien alguien para pasar el rato. Porque, a la vista estaba que, si mezclaba sentimientos, la cosa acababa mal.

CAPÍTULO 11

Sabía que Raquel le debía unas cuantas explicaciones, como que no lo hubiera avisado de la visita de Teresa o el motivo de que en su teléfono hubiesen desaparecido todos los mensajes o llamadas que provinieran de ella. Antes de eso, que no era poco, decidió averiguar de una vez por todas a qué se debía la inesperada aparición de su exmujer en su vida. No podía creer que, de pronto, Raquel hubiese descubierto que lo amaba o lo deseaba. A pesar de la noticia de su repentina paternidad, todo le parecía demasiado estudiado, artificioso y retorcido.

Estacionó en un aparcamiento de pago cerca de la privilegiada zona donde se situaba el domicilio de Raquel y su familia. El edificio que albergaba la vivienda estaba situado frente al mar, rodeado de jardines y de paseos con palmeras. Ignacio sabía perfectamente la dirección porque cierto día que él pasaba por allí por casualidad, los vio entrar y, consumido por la desesperación del principio de su divorcio, se acercó al portal para encontrar el buzón con sus nombres. Después de siete años de ver el nombre de Raquel junto al suyo, lo destrozó verlo al lado del de otro hombre.

Pero el tiempo obra su magia, y el profesor supo seguir adelante, sin mirar atrás, fijando su vista en su principal objetivo, que era su trabajo, sus alumnos y sus investigaciones. Ciertamente era que, en momentos puntuales, se había sentido solo y había añorado algo a lo que ni siquiera le había puesto nombre. Algo que ya había encontrado y que ya había sabido definir. Con Teresa...

Ignacio se anunció al portero del edificio y este le permitió subir al piso de Miguel, que accedió a atender a la inesperada visita.

—Supongo que vienes por Raquel —le dijo al profesor cuando abrió la puerta.

—Perdona por presentarme así, pero si pudiéramos hablar...

El dueño del piso titubeó un instante, pero, al fin, se hizo a un lado para permitir el acceso del profesor.

Ignacio contuvo apenas su admiración cuando contempló el espacioso y moderno dúplex. Miguel parecía ir acorde con su entorno, pues iba elegantemente vestido con un impecable traje, aunque su semblante aparecía apagado y macilento.

—Acompáñame a mi despacho —le dijo a Ignacio.

Atravesaron el amplio salón, donde dos niños de unos ocho y diez años respectivamente jugaban con la consola. Los ojos del profesor viajaron de inmediato hacia el más mayor de ellos, el que supuso que sería Pablo, su hijo.

Su hijo... Le parecía algo tan ajeno a él...

Intentó fijarse en sus facciones, por si le encontraba algún parecido familiar, pero nunca se le había dado bien buscar parecidos y le pareció un niño normal y corriente que no se parecía a nadie.

—Os he dicho mil veces que os vayáis a vuestro cuarto —los reprendió el padre.

—*Joo* —se quejó el mayor—. Es que esta tele es mucho más grande —dijo señalando la enorme pantalla que colgaba de la pared.

—Está bien, os quedaréis aquí, pero luego quiero que me enseñéis vuestros deberes hechos, ¿de acuerdo?

—¿Cuándo vuelve mamá? —preguntó el pequeño—. Ella siempre nos ayudaba con las tareas del cole.

—Pronto regresará, pero tenéis que arreglar vuestras habitaciones para no agobiarla cuando llegue. ¿Os parece bien?

—¡Vale, papi! —Y ambos siguieron con su partido de fútbol.

Ignacio suspiró mentalmente al advertir una nueva contradicción en la historia de Raquel. Según ella, su marido estaba desquiciado, la había echado a la calle y no atendía a razones. Incluso temía que pudiese hacerle daño. Sin embargo, ninguno de esos síntomas se apreciaban en el hombre, que parecía más contrito que otra cosa. Lo había dejado entrar en su casa y había sido

comprensivo y benevolente con sus hijos, a la vez que estricto, como un buen padre. Algo no encajaba.

—¿Te apetece algo? —preguntó Miguel en su despacho—. ¿Una copa...?

—No, no, gracias, solo será un momento.

—Yo sí me serviré un coñac, si no te importa. —Se sirvió la copa, dio un trago y volvió a centrarse en su invitado—. Pues tú dirás. Aunque, si no me equivoco, has visto a Raquel.

—¿Verla? —ironizó Ignacio—. Está viviendo en mi casa desde hace una semana.

Miguel casi se atraganta con la bebida. Y, a continuación, exhaló un profundo suspiro.

—Dios —se lamentó—, debería haberlo imaginado. Raquel es vengativa por naturaleza.

—¿Vengativa? —preguntó el profesor—. ¿A qué te refieres?

—A que se ha querido vengar de mí, devolverme la jugada.

—No entiendo... —titubeó Ignacio—. Sé que no me ha contado toda la verdad, pero...

—Oh, estoy seguro de eso, mi querido profesor. Al adjetivo de vengativa puedes añadirle orgullosa.

—No me lo ha parecido —aclaró Ignacio—. En realidad, se ha culpado de la discusión que hayáis podido tener. Me ha dicho que has averiguado que te engañó hace una década con... con... —El profesor se sintió violento a la hora de mencionarse a sí mismo.

—¿Contigo, quieres decir? —Miguel frunció el ceño.

—Sí, eso —balbució Ignacio, temiéndose la hostilidad del hombre.

—Mira, Ignacio. —Miguel dejó la copa sobre su mesa y se apoyó en el filo—. Si temes decirme que te acostaste con mi mujer hace casi once años, puedes estar tranquilo, porque ya lo sabía. Lo supe poco después de que pasara, de hecho.

—¿Y lo del... niño?

—También te ha dicho lo de Pablo, ¿verdad?

—¿Es... es mío?

—No lo sé. —Se encogió de hombros—. Pero no debes mostrarte tan apabullado, en serio. Me enteré del «desliz» de Raquel, pero, como al fin y al cabo todavía estabais en proceso de

divorcio, decidí perdonarla. Si Pablo es tuyo o mío... he preferido no saberlo. —Miguel se cruzó de brazos y lo miró con hostilidad—. ¿A eso has venido? —lo encaró—. ¿A exigir una prueba de paternidad? Porque te diré que sin mi autorización...

—No, no, no he venido a eso —lo interrumpió Ignacio—. Pero, a ver, centrémonos. ¿Tú ya sabías lo del desliz de Raquel conmigo y la dudosa paternidad de tu hijo?

—Ya te lo he dicho —reiteró—. Ella me lo confesó entonces y no tuve más que hacer las cuentas. El niño podía ser tan tuyo como mío, pero decidí seguir adelante con la boda. Nos amábamos, Ignacio.

—Tu hijo, Pablo, ¿no ha tenido un accidente y ha necesitado sangre?

—A mi hijo no le ha pasado nada.

—Entonces, ¿por qué se supone que la has echado de casa?

Una triste carcajada del marido de Raquel llenó el aire.

—Joder con Raquel —rio con una pizca de pesar—. Ahora me acusa de haberla echado de casa porque se acostó contigo hace más de una década. Cojonudo —ironizó.

A cada instante que pasaba, más furioso se sentía Ignacio.

—¿Me vas a decir qué cojones está pasando? —preguntó con furia.

—Que esta vez he sido yo, profesor. Me he acostado con otra mujer.

—Joder... —murmuró Ignacio—. Entonces, que se haya presentado de una forma tan súbita en mi casa...

—Ha sido para vengarse de mí —ultimó Miguel—. Ha ido a acostarse contigo, aunque es demasiado orgullosa como para decirte que su marido la había engañado y supongo que te habrá hecho creer que deberíais daros una oportunidad. Pero créeme, profesor, lo único que desea tu exmujer es echar un polvo contigo para sentirse mejor y restregármelo después.

Ignacio casi trastabilla. Raquel había ido demasiado lejos.

—Sé que he hecho mal —explicó el hombre—. No pretendía serle infiel a mi mujer, lo prometo.

—No tienes que darme explicaciones...

—Pero déjame que te las dé. Al fin y al cabo, te has visto inmerso en nuestra guerra sin comerlo ni beberlo. —Le dio un trago a su copa y cogió un poco de aire—. Estaban siendo unos meses espantosos en el trabajo. La empresa había registrado tantas pérdidas que, o la sacábamos a flote, o acabábamos todos en la calle. Me vi muy presionado... Y que conste que no me estoy justificando, pero, después de un día de mierda, llegaba a casa y me encontraba a Raquel peleando con los niños, enfadada porque llegaba tarde, cansada porque ella también trabajaba mucho y me creía un egoísta...

—Y decidiste consolarte con otra —lo interrumpió Ignacio.

—Fue una tontería —suspiró—. Me quedaba en el despacho hasta altas horas de la noche y, a veces, solo quedábamos en toda la planta la jefa de marketing y yo. Ella también estaba pasando por problemas personales, una cosa llevó a la otra... Y acabamos en su casa.

—¿Solo fue una vez? —preguntó Ignacio.

—Tres —respondió Miguel—. Y ahora es cuando me dices que soy un cabrón.

—Eres un cabrón —gruñó—. ¿Cómo lo supo Raquel?

—Se lo dije yo. La quiero y no soportaba haberla engañado.

—¿Tal vez porque esa mujer de tu trabajo decidió romper? —inquirió Ignacio.

—No, claro que no. Fui yo el que lo dio por zanjado.

—Y se supone que Raquel no se lo tomó nada bien...

—No —suspiró Miguel—, nada bien. Me gritó, lloró, me insultó... Mientras hacía la maleta, no dejó de repetir que yo no la había perdonado todavía por su desliz contigo, y que por eso la castigaba. Pero juro por Dios que la perdoné hace mucho tiempo. Ella también se sinceró conmigo entonces y se lo debía.

—Y se fue de casa...

—Me gritó que se iría unos días para pensar, que me hiciese cargo de los niños, que ella llevaba haciéndolo diez años. También farfulló algo sobre la posibilidad de vengarse, por eso, al verte, he atado cabos.

—Únicamente quería meterse en mi cama para joderte —se lamentó el profesor—. Algo que,

si lo miras bien, puede parecer hasta normal en un arrebato de celos. Pero, soltarme lo del niño ahora, inventarse lo del accidente para que creyera que no había error posible... Debía de estar muy cabreada contigo, Miguel.

—Sí, y con motivos, pero se ha pasado de la raya, Ignacio. Tú también has estado casado con ella y tendrás que reconocer que es una mujer con un fuerte carácter, que siempre se ha de salir con la suya...

De pronto, la memoria de Ignacio, en la sección perteneciente al tiempo de su matrimonio, se abrió como la presa de un pantano y dejó salir todos sus recuerdos en tromba. Recordó las discusiones con Raquel, las veces que ella le había exigido hijos y más tiempo para ella. Durante todos los años siguientes al divorcio, el profesor se había engañado a sí mismo y a los demás, culpándose por no haber cedido a las peticiones de su mujer. Siempre había considerado culpable a la dedicación a su trabajo y no cesó de lamentar durante diez años la falta de una familia.

Pero ahora lo veía todo con mucha más claridad. Si no tuvo hijos con Raquel fue porque su matrimonio hacía aguas por todas partes. Discutían porque a ninguno le interesaban los asuntos del otro, porque no se entendían, porque ya no se amaban. Por eso, Ignacio se negó en su día a traer un hijo al mundo, sabiendo que sus padres acabarían separados u odiándose por verse obligados a seguir juntos. Acostarse con Raquel en pleno proceso de divorcio fue un auténtico error que lamentó durante mucho tiempo. Aquel no fue un acto de amor, ni siquiera de lujuria. Fue un acto de rabia y frustración que no debería de haber ocurrido nunca.

Casi sintió cómo la losa que los últimos días lo acompañaba colgada a su cuello, se hubiese desintegrado de repente.

—Te culpé mucho tiempo de mi fracaso —le confesó a Miguel—. A ti, a tu perfecta familia, tu perfecta casa y tu perfecto coche. Pero, ahora me doy cuenta de que, más tarde o más temprano, Raquel y yo nos habríamos divorciado. Y gracias a mi negativa a tener hijos con ella, nunca tuvimos que compartir nada.

—¿Estás seguro de que no vas a solicitar una prueba de paternidad por vía judicial?

—No —respondió Ignacio con sinceridad—. En lo que a mí respecta, tú y Raquel tenéis dos

hijos y yo no tengo ninguno. Además, he podido ver que, a pesar de vuestros problemas, la sigues queriendo. Y si ella ha montado este espectáculo, ha sido porque también te quiere.

—Es cierto —suspiró el hombre—, la quiero. Y solo espero que me perdone para que vuelva con nosotros.

—Yo también lo deseo, Miguel.

—Solo lamento que hayas descubierto así la posibilidad de...

—Ha sido demasiada información de golpe —sonrió el profesor con una mueca—. Estaba pasando ahora, precisamente, por un momento tranquilo y de paz en mi vida. Ya estoy mayor para estos sobresaltos.

—Pues ha sido un placer, profesor. —El hombre extendió su mano y la estrechó con la de Ignacio—. Eres un buen hombre y espero que encuentres pronto a esa persona que te haga replantearte lo de estar solo.

—Ya la he encontrado —sonrió—. Aunque la haya espantado con todo este lío.

—Pues ve a por ella. Ya no tenemos edad para darle vueltas a algo tan valioso como el amor. Yo he sido un imbécil que no ha valorado lo que podía perder.

—Suerte, Miguel.

Cuando salió a la calle, Ignacio inspiró con fuerza el aire salado que le traía el mar. De pronto, el sol parecía más radiante y la ciudad más hermosa, aunque no tanto como las veces que la había contemplado paseando al lado de Teresa.

—Hola, Ignacio —lo saludó Raquel con una sonrisa al llegar a su casa—. ¿Dónde estabas? Hace rato que preparé la cena. —Señaló la mesa con un mantel que parecía nuevo, lo mismo que los candelabros con velas rojas.

—He estado paseando por la ciudad —le dijo con tranquilidad—. Pensando...

—Oh, bien... ¿En nosotros?

—Sí, entre otras cosas.

—¿Y qué tal? —Se acercó a su exmarido y posó las manos sobre el pecho masculino, aunque

él se apartó—. ¿Qué sucede?

—¿Sabes, Raquel? Podría acusarte ahora mismo de mentirme y manipularme, pero no me voy ni a molestar. Simplemente, voy a decirte que recojas tus cosas y vuelvas con tu marido. Te quiere y te está esperando.

—¿Has hablado con Miguel? —preguntó con algo parecido al miedo.

—Sí, he ido a vuestra casa.

—¿Has visto a Pablo?

—Sí, he visto a vuestros dos hijos. Porque son vuestros, Raquel. Miguel y tú sois sus padres.

—¿Y si resultara que es tuyo? —apremió—. ¿Y si...?

—Basta —la cortó—. Dime una cosa, Raquel. ¿De verdad ibas a acostarte conmigo por joder a tu marido?

—Yo... —sollozó—. Me ha dolido muchísimo, Ignacio. Confiaba en él, y me ha traicionado...

—Está muy arrepentido, Raquel. Te quiere y te espera, lo mismo que tus hijos, que te echan mucho de menos.

—Oh, mis niños —volvió a sollozar—. Soy una madre horrible, que solo ha pensado en ella...

—No, no lo eres, Raquel, todo lo contrario. —Ignacio la tomó de los hombros—. Pero tú también tienes derecho a estar cansada y apabullada. No hay justificación posible para una infidelidad, pero tú también pasaste por ello y seguro que entiendes que el perdón es posible.

—¿Tú la perdonarías? —preguntó Raquel.

—¿A qué te refieres?

—A una infidelidad. De esa mujer, de Teresa, por ejemplo.

—Yo... —Ignacio se imaginó a Teresa en brazos de otro hombre y apretó los dientes con fuerza—. No lo sé —dijo con sinceridad—. Supongo que tendría que verme en la tesitura, pero...

—Ojalá no tengas que hacerlo —murmuró Raquel—. Perdona por no haberte hablado de su visita, y de haber borrado sus mensajes y llamadas.

—Eso ya no importa. Lo que realmente importa ahora es tu familia.

—Siento tanto todo el lío que he montado... Perdóname, Ignacio. No te mereces ser la venganza de nadie. Mereces que te amen de verdad.

—Gracias. —Ignacio se acercó a Raquel y la abrazó con ternura.

—¿Por qué me perdonas —le preguntó ella, todavía con restos de llanto—, después de todo lo que he hecho?

—Porque nos quisimos durante años —le respondió—. Porque, a mi edad, prefiero reservar mis energías para amar y no para odiar.

—Qué suerte tiene la tal Teresa. Espero que te vaya mejor que conmigo.

—Yo también lo espero.

CAPÍTULO 12

—Bueno, ojazos, ¿no crees que ya va siendo hora de que salgamos juntos tú y yo?

Teresa rio ante la palabrería de Ismael. Era cierto que, a pesar de su buena relación, las veces que la hacía reír y los piropos y guiños que le dedicaba, se encontraban en algo tan serio como el lugar de trabajo. Si quería estar con él de forma más libre, tendría que aceptar la cita que llevaba días y días proponiéndole.

—Hoy no puedo, he quedado con mis amigas —le dijo, de todos modos.

—Pues mañana.

—Tampoco puedo. Voy a visitar a mi hija.

—Cuando vuelvas —insistió.

Teresa no pudo hacer otra cosa que reír y rendirse ante el encanto de un hombre tan insistente que no aceptaba una negativa.

—Está bien —claudicó—. El domingo por la tarde podemos vernos.

—Pasaré a buscarte, ojazos. —Le guiñó un ojo y se marchó de su sección.

—Al final has caído —le dijo Sonia, su compañera y ya amiga—. Luego no digas que no te avisé.

—Y yo te lo agradezco, Sonia, pero, precisamente, no quiero nada serio. Quiero algo que me haga olvidar...

—Vaya, vaya con la Tere —rio la mujer—. Ahora lo veo claro. Quieres utilizar al guaperas para olvidar a otro.

—No digas la palabra «utilizar», que suena muy fea...

—Claro que la podemos usar, porque es exactamente lo que él hace con las mujeres, utilizarlas.

—No puedo evitar sentirme mal...

—¿Por qué? ¿Por querer echar un polvo con un tío que quiere lo mismo que tú?

—No estoy acostumbrada a hacer algo así —confesó Teresa—. Si me acuesto con un hombre es porque hay algo más que sexo.

—¿Lo que tenías con ese otro al que quieres olvidar?

—Sí, eso —musitó.

Como le ocurría en muchos momentos, volvió a evocar la mirada cálida del profesor, su adorable gesto para recolocarse las gafas, su abundante cabello oscuro surcado por solo unas pocas hebras blancas. Y, cómo no, rememoró sus besos, dulces y apasionados, los mismos adjetivos que podían describir su forma de hacer el amor.

Cuánto le dolía todavía su ausencia. Por eso había decidido ofrecerse un poco de diversión. Ismael era el mejor candidato, porque ninguno de los dos tenía intención de prometer nada.

Con más energía que nunca, Ignacio llegó aquella mañana a la universidad, mucho más temprano que de costumbre. Tenía que encontrar a Teresa cuanto antes, pedirle perdón, confesarle sus sentimientos, besarla hasta dejarla sin aliento...

Se acercó hasta el cuarto que albergaba los productos y utensilios de limpieza y esperó a que se acercase allí al final de su jornada. Unos minutos más tarde, Ignacio escuchó el sonido de las chirriantes ruedas del carrito que solían empujar las empleadas de la limpieza. Impaciente, vio aparecer a la mujer que sacaba de su bolsillo el enorme manajo de llaves para buscar la correspondiente al almacén.

Ignacio parpadeó desconcertado. Aquella mujer no era Teresa. Tal vez habían cambiado el turno. Titubeante, se acercó a ella para preguntar.

—Perdone, señora. Estoy buscando a Teresa. ¿Sabe si está por aquí?

—Oh, debe de referirse usted a la mujer que estoy sustituyendo. Ya no trabaja aquí.

Un frío helado recorrió los huesos de las piernas del profesor.

—¿Está usted segura de eso? Tal vez ha cambiado su horario...

—Sí, sí, estoy segura. Recuerdo que me dijeron que se llamaba así la señora que había antes en este puesto.

—Está bien, gracias.

Un poco alicaído porque no podría hablar con ella todavía, se alejó hasta su despacho. Tendría que esperar unas horas más para verla, pero la iría a buscar a su casa esa misma tarde.

A pesar de su insistencia con el timbre, nadie abrió la puerta del piso de Teresa. Ignacio volvía a frustrarse por lo difícil que estaba resultando verla, pero insistió una vez más. Durante ese último intento, se abrió una puerta del mismo rellano y salió una mujer que se dirigió a Ignacio.

—No está —lo informó—. Ha salido con unas amigas.

—Oh, gracias por decírmelo —le dijo Ignacio—. Pues será mejor que me vaya y vuelva mañana.

—Tampoco la encontrará en casa —le dijo la mujer—. Pasa el fin de semana con su hija.

El profesor hundió los hombros. Parecía que el karma lo estaba castigando por no haber sido sincero desde el primer momento con Teresa. Tal vez le estaban poniendo las cosas difíciles, pero no desistiría.

—¿Es usted el profesor de la universidad? —preguntó la mujer—. Perdona, pero con la descripción que me hizo Tere, debe de ser usted.

—¿Le ha hablado de mí? —preguntó confuso.

—Pues sí —sonrió la mujer—. Además de vecinas somos amigas. Yo soy Luisa, la madre de Lisy, a su vez amiga de su hija.

—También me ha hablado de vosotras —sonrió Ignacio—, de lo mucho que la ayudasteis. Encantado, yo soy Ignacio. —Le ofreció su mano pero la mujer la ignoró y le dio un beso en cada mejilla.

—Igualmente, Ignacio. Perdona por inmiscuirme, pero Tere está muy dolida. Incluso creo que está saliendo con otra persona, un compañero de su nuevo trabajo.

Un puño imaginario atravesó el pecho del profesor, arrastrando consigo piel, músculos y

costillas. ¿Cómo había permitido que ocurriera? ¿Cómo había dejado escapar a la mujer de su vida?

—Lo entiendo —se lamentó Ignacio—. Si la viera y pudiese decirle que la estoy buscando, que necesito hablar con ella...

—Lo intentaré —contestó la mujer antes de dirigirse a su vivienda—. Un placer conocerlo, profesor.

Luisa sonrió cuando cerró la puerta. No había nada más efectivo para una pareja cabezota que provocarles un poco de celos.

Mientras se vestía, Teresa rio al recordar la cara que puso su hija cuando le pidió prestada alguna prenda de ropa. Seguía siendo envidiada por sus amigas por poder compartir ropa con su hija de menos de treinta años.

—¿Estás segura de que quieres ponerte esta falda tan corta, mamá?

—Claro que estoy segura. Con ese jersey rojo y las botas me quedará genial.

—No lo dudo, mami. Me refería a tus intenciones al vestirme tan sexy.

—Mis intenciones son salir y divertirme. ¿Algún problema?

—Te veo un poco arisca. —Lara había fruncido el ceño ante una respuesta tan seca—. Y eso es porque sigues enamorada de tu profesor pero vas a salir con otro hombre solo por despecho.

—Con casi cincuenta años no necesito tus consejos.

—Mami...

—Ay, hija, lo siento. —Abrazó a Lara con fuerza—. Perdona, tienes razón, solo lo hago porque necesito despejarme y dejar de pensar en él.

—¿Estás segura de que no quieres aclarar las cosas? Tal vez si os volviéseis a ver...

—Ahora tiene mucho de qué preocuparse —suspiró—, con su mujer en casa, con saber que tiene un hijo...

—Lo siento, mamá. Con lo feliz que estabas...

Teresa apartó todas las lamentaciones de su cabeza y terminó de vestirse con la ropa de su

hija. Tenía buen cuerpo y quería lucirlo, así que, qué mejor momento que en una cita con un hombre sexy que había puesto los ojos en ella. Sus amigas, por ejemplo, habían aplaudido su decisión.

—Di que sí, tía —la había animado Rosa—. Desde que tengo mis sesiones de sexo con un bollito, he rejuvenecido. ¿Habéis visto mi piel y mi pelo? ¡Están brillantes!

—Pues claro, aprovecha ese cuerpo serrano que tu aburrido profesor ha rechazado —había aportado Cati.

—Vive un poco y deja de pensar en los demás —señaló Montse.

La única que había objetado su decisión, además de su hija, había sido Luisa, quien le había contado la visita de Ignacio a su casa mientras ella no estaba.

—Parecía triste, Tere...

—Yo también he estado triste, Luisa. He llorado por su culpa y no pienso llorar más a mi edad por un hombre.

—Eres mayorcita, tú sabrás...

Pues claro que era mayorcita. Y por eso, precisamente, no podía languidecer por nadie mientras pasaba un tiempo que tenía la fea costumbre de no volver.

Ismael, tal como habían quedado, esperó a Teresa en su coche mientras ella se echaba unas gotas de perfume, cogía el bolso y bajaba hasta la calle.

—Vaya, ojazos —silbó cuando ella se acomodó en su coche—. Estás rompedora esta noche.

—Gracias —sonrió la aludida—. Tú también estás muy guapo.

Unos minutos después, accedieron a un animado local de la ciudad, donde parecían divertirse personas de diferentes edades. A Teresa le pareció un poco oscuro, pero, en cuanto se tomó su primer tequila, se animó y empezó a moverse al ritmo de *Physical*, de Dua Lipa. La música también le pareció demasiado ensordecedora, porque no se podía mantener una conversación normal. Ella era más de charlas en terrazas de cafeterías, rodeadas de macetones repletos de coloridos ciclámenes y pensamientos...

Lo bueno, según se mire, era que Ismael, cada vez que tenía que decirle algo, tenía que acercarse tanto su boca a la oreja de ella que aprovechaba cada ocasión para morder su lóbulo y besar su cuello. A Teresa no le disgustaban esas caricias, pero le pareció un poco apabullante que un hombre no dejara de besuquearla todo el tiempo en su primera cita. Ella se consideraba muy abierta de mente, pero, para ciertas cosas, le seguía gustando el proceso de la seducción.

Algo que su compañero no estaba dispuesto a ofrecer.

Durante una de esas íntimas confidencias, Ismael la rodeó por la cintura con un poco más de fuerza y la atrajo hacia él. La boca masculina se deslizó por su garganta mientras su mano se introducía por debajo del jersey y buscaba uno de sus pechos. Con aquella cercanía, Teresa percibió con rapidez la dureza de su erección clavada en su vientre. Tendría que haberle gustado, haberla excitado, pero no lo consiguió.

—Córtate un poco —le dijo después de apartarlo de ella—. Estamos rodeados de gente. — Señaló todo el local repleto, puesto que la estaba besando y acariciando junto a la misma barra.

—A mí no me importa que haya gente, ojazos —le confesó él por encima del volumen de la música—. Pero si prefieres la intimidad, tú decides: tu casa o la mía.

—¿Y ya está? —exclamó confusa—. ¿Eso es lo único que propones, echar un polvo?

—¿No era eso lo que buscabas? —respondió alzando una ceja en señal de «lo sabías perfectamente».

En eso tenía razón. Ella sabía lo que ese hombre ofrecía, por lo que aceptar su invitación era aceptar sus términos. Era consciente de que buscaba un rato de sexo nada más, no sabía si para demostrarse algo a sí misma o por simple venganza.

Pero cuando había llegado el momento de la verdad... no pudo seguir. Y no únicamente porque no le gustase el sexo sin amor, sino por simple cuestión de química. Con Ignacio sintió el cosquilleo de la excitación con el primer beso, y un placer inigualable cada vez que habían hecho el amor, y no estaba dispuesta a conformarse con menos. Quería aquello que ya sabía que existía, que no era una quimera, porque lo había vivido y disfrutado con su profesor.

Esperaba no tener que esperar cincuenta años más para conseguirlo.

—Tienes razón, Ismael, no he sido muy honesta contigo. Soy un poco más tradicional que un polvo esporádico.

—Pensé que había quedado claro —señaló él.

—Sí, sí, y lo siento. ¿Te importaría llevarme a casa?

—Qué remedio —se resignó Ismael—. Pero te lo advierto, ojazos. Tú y yo lo habríamos pasado genial.

Teresa se limitó a sonreír. Lo dudaba, pero no iba a reconocerlo.

Una vez frente al edificio de su vivienda, Teresa le agradeció a Ismael su paciencia, le dio un beso y salió del coche para subir a su casa.

La vecina de Teresa lo había informado bien, tanto de su ausencia del viernes y del sábado, como de la posibilidad de que estuviese saliendo con otro.

Apostado en el interior de su coche, Ignacio había permanecido un par de horas esperando la vuelta de Teresa. A pesar de la advertencia de Luisa, no pudo evitar que la visión de Teresa con otro hombre le revolviere las entrañas. Esperó a que el coche del tipo desapareciera en la oscuridad y a darle tiempo a ella para que subiera. A continuación, se bajó del coche y subió hasta la puerta del piso. Después de tocar el timbre, Teresa no tardó más que unos segundos en abrir.

—¿Qué quieres, Ismael...?

Interrumpió su pregunta en cuanto vio que no era su compañero quien la contemplaba desde la puerta, sino su amado profesor.

—¿Puedo pasar? —le preguntó este.

—No creo que sea buena idea.

—Por favor, Teresa, solo será un momento. Necesito explicártelo todo.

—Podías haber llamado.

—No. Necesitaba que fuese en persona.

Teresa dudó un instante. Verlo allí, en la puerta de su casa, le dolía hasta en lo más hondo,

pero había llegado el momento de acabar con aquello de una vez por todas.

—Está bien, pasa.

Lo alentó a entrar y lo invitó a sentarse. Él aceptó porque ella también lo hizo. Se dispusieron cada uno en un sillón mientras él no dejaba de mirarla con una expresión de puro anhelo.

—Estás muy guapa —le dijo—. No es tu estilo, pero te queda bien.

Teresa se exasperó mentalmente. Aquel hombre parecía conocerla mejor que nadie y se fijaba siempre en cada detalle. Si el día que apareció en la cafetería con un nuevo aspecto él se percató de ello, en ese momento había sido capaz de detectar que no iba vestida con su ropa. Maldito fuera por descolocarla de aquella manera. Estuvo a punto de echarlo porque su cercanía la estaba matando. Hasta ella llegó aquel olor tan peculiar de él, a colonia y a ropa recién planchada.

—Sé que no soy tan interesante como el tipo con el que estás saliendo, pero necesito hablar contigo.

El corazón traidor de Teresa latió con fuerza. Podría haberlo sacado de su error y decirle que, si se pudiese decir que había salido con su encargado, había durado un suspiro. Y, por supuesto, que no era más interesante que él, todo lo contrario. En realidad, no había conocido nunca a un hombre que le atrajera más que Ignacio, aunque esa verdad quedase guardada en lo más profundo de su pensamiento. Porque no pensaba compartirla con él.

—Qué quieres, Ignacio. —Tuvo que doblar las piernas hacia un lado para que la escasez de tela de la falda no mostrara demasiado.

—Primero, pedirte perdón, por supuesto. Lo hice fatal. Creo que he perdido toda noción básica de una relación de pareja.

Esperó un instante pero Teresa no tenía nada que decir a eso.

—Me abrumaron tantos hechos de golpe —continuó relatando—. Diez años después de mi divorcio, veo aparecer a mi exmujer en la puerta de mi casa, después de habernos limitado a pasar de largo cada vez que nos encontrábamos por casualidad, algo que debió de suceder una vez al año. Por si la impresión no es suficiente, me cuenta que su marido la ha echado porque ha descubierto que ella y yo nos acostamos mientras nos divorciábamos y me pide quedarse un

tiempo en mi casa.

Teresa clavó las uñas en el cuero negro del sofá. Sabía perfectamente que no debía importarle si él se había acostado con su exmujer o con trescientas mujeres antes de conocerla, pero saber que había estado con ella después de divorciarse... Le dolió y, a su vez, hizo ratificar su idea de que nunca había dejado de amarla.

—Y, por si no había bastante con eso —prosiguió—, me cuenta una rocambolesca historia sobre unas pruebas de sangre que determinan que su hijo mayor es mío.

Ignacio levantó la vista y observó el rostro de Teresa, que miraba su regazo, pero su expresión parecía imperturbable, por lo que siguió con su relato.

—Y aún había que añadir algo más a todo ese embrollo: hacía solo unos días que me había dado cuenta de que me había enamorado profundamente de una mujer maravillosa.

En esa ocasión, Teresa sí levantó la vista y la fijó en Ignacio. Sus miradas se cruzaron un instante, pero ella volvió a desviarla. No deseaba que notara la tibieza que se había apoderado de ella al escuchar esa afirmación.

—Ahora veo claro que debería haber hablado contigo sobre todo lo que me estaba pasando, pero pensé que llevábamos juntos muy poco tiempo como para preocuparte con algo de mi pasado. Preferí mantenerte al margen mientras yo me encargaba de asimilarlo y, después, de solucionarlo.

Ignacio se sintió sobrecogido al escuchar a Teresa por primera vez desde que empezara con su explicación.

—Yo tampoco estoy versada en las relaciones de pareja. —Esa vez lo miró directamente a los ojos—. Aun así, puedo deducir que salir con alguien significa algo más que dar una vuelta, tomar un café o ir al cine. Salir con alguien significa compartir, y no solo esperas que la otra persona comparta lo bueno, sino sus inquietudes, sus deseos o sus miedos. Me apartaste, Ignacio, me echaste a un lado. Podrías haberte ocupado de todo igualmente porque, si me lo hubieses contado, yo misma te habría dejado tu espacio y habría entendido que quisieses solucionarlo a tu manera. No pretendía inmiscuirme en tu vida, ni siquiera opinar sobre ella. Únicamente, hacerte

saber que podías contar conmigo para lo que hiciese falta.

—Lo siento —se limitó a responder el profesor.

—Una disculpa a veces no es suficiente.

—No sé qué más ofrecerte, Teresa.

—¿Has terminado? —Teresa se puso en pie.

—No. —Él la imitó y se quedó frente a ella, a un metro de distancia—. También quería decirte que casi todo lo que me contó Raquel es mentira. Su marido no la había echado, se había ido ella porque él le había sido infiel. Pretendía acostarse conmigo para castigarlo.

Teresa tuvo que morderse la lengua para no hacer la pregunta que martilleó en su mente. Pero no hizo falta pronunciarla porque él la sacó de dudas.

—No, no lo consiguió, Teresa.

Intentó que no se notara su alivio, aunque seguía habiendo dudas.

—Entonces, el niño...

—Puede ser mío —dijo Ignacio—. O puede que no. Pero no voy a exigir ninguna prueba de paternidad. El chaval tiene ya un padre.

—Siento que, después de creer que tendrías un hijo y volverías con tu mujer, te hayas quedado sin nada.

—Jamás habría vuelto con Raquel —insistió Ignacio—. No la amo. Es más, con todo este lío me he dado cuenta de que nuestro divorcio fue inevitable, puesto que llevábamos mucho tiempo con problemas. Durante esta década, he vivido en una especie de limbo, recordándome mi propio fracaso, creyendo que estaba solo porque me lo merecía. Pero he descubierto que no ha sido así. He estado solo porque no pensaba conformarme con una relación como la que tuve con Raquel. No he estado con nadie porque esperaba a la persona que me hiciese vibrar al verla, que me acelerara el corazón al acercarme, que me hiciese soñar con ella cada noche y que me hiciera sentir más ilusionado que nunca. Te esperaba a ti, Teresa.

Estuvo a punto de sucumbir; muy muy cerca. Solo le faltó una confesión íntima más de Ignacio para haberse derrumbado. Esa ínfima diferencia fue lo que evitó que se lanzara en los

brazos del hombre y decirle que ella también lo había estado esperando toda su vida.

Pero aguantó. A malas penas, pero lo hizo, porque ya no confiaba en él. Fue capaz de mantenerse impassible, dirigirse al recibidor y abrir la puerta de entrada. Después de las hermosas e inesperadas palabras de Ignacio, sabía que la única forma que tenía de alejarlo de ella era diciéndole algo que lo alentara a marcharse y no volver. Algo que le hiciese daño.

—Pues resulta bastante triste que esperaras diez años —le soltó de una forma cruel y seca—, porque no te ha servido para nada, profesor. No dudo que fuera entretenido pasear contigo, pero, gracias a tu cagada, ahora tengo una relación mucho más completa. Ismael es divertido, guapo y besa como nadie. Así que, espero que tengas la misma suerte que yo y encuentres pronto a alguien. Pero no tardes mucho, que pronto no serás solo el aburrido profesor, sino el viejo aburrido profesor.

Ignacio se vio obligado a inspirar con fuerza. No esperaba, ni mucho menos, que Teresa se lanzara en sus brazos y le confesara su amor, pero sí había esperado, al menos, un «me lo pensaré», «deja que pase algo de tiempo»... Lo que jamás había imaginado era que ella le diera aquella patada en el estómago y lo echara de su vida sin más.

—Me alegro si mis errores no te han causado mayor daño —le dijo una vez atravesó la puerta—. Adiós, Teresa.

Teresa cerró, se apoyó en la puerta, cerró los ojos y, un segundo después, se dejó caer hasta el suelo para enterrar el rostro entre sus manos y hundirse en el llanto más desconsolado.

CAPÍTULO 13

Una despedida de soltera resultó una perfecta terapia para todas las penas. En la víspera de la boda de Martina, Lara y Lisy le organizaron su despedida, a la que acudieron también las madres. Fue por este hecho que Lara le insistió a la novia para que organizaran algo más «tranquilo». Pero Martina no quiso ni oír hablar del tema. Su despedida sería la clásica, con boys, striptease, penes de goma en las cabezas y mucho alcohol.

Las que más disfrutaron fueron las chicas, por supuesto, pero las madres tampoco se quedaron atrás. Teresa, junto a Luisa y Ana, la madre de la novia, que había venido del pueblo para la boda, rio y rio hasta que no le quedaron fuerzas. Un fornido estríper se acercó a cada una de ellas, las sentó en su regazo y les hizo un numerito de lo más sexy.

Reír cura muchos males. O, al menos, los aleja.

La boda fue preciosa. Martina, la novia, estaba espectacular, lo mismo que Ángel, su flamante y enamorado marido. Para la emotiva ceremonia, Lara y Lisy vistieron el mismo modelo de vestido, una en rosa y otra en azul. Varios niños fueron dispersando pétalos de rosa al paso de la novia y su padre y la iglesia estaba bellamente decorada.

—Pensé que Martina querría una boda menos clásica —le dijo Teresa a Ana.

—Yo también —rio su amiga—. Mi hija siempre ha sido tan rebelde y moderna, que todos pensamos en una ceremonia por lo civil, en la playa o en mitad de un bosque. Pero, al final, ha sucumbido a una boda por todo lo alto. Está tan enamorada de Ángel, que me emociono con solo mirarlos...

Sí, resultaba emocionante contemplar a los recién casados. Teresa evocó la boda de su hija Lara con Adrián, y tuvo que reconocer que lloró a moco tendido cuando los vio darse el «sí,

quiero». Su hija tuvo que sortear algún obstáculo para aquella relación por la que nadie daba ni un céntimo, pero demostraron que el amor da las suficientes alas como para poder con todo. Lo mismo Lisy y Sergio, que tampoco empezaron con muy buen pie por el hecho de ser ella la maestra de la hija del empresario. Pero se enamoraron perdidamente y formaron una bonita familia.

La historia de Martina y Ángel parecía la más complicada. Él le ocultó demasiadas cosas y hasta se enfrentaron a un caso de espionaje industrial, pero, de nuevo, al igual que sus dos amigas, el amor que surgió entre ambos pudo con todo.

Las tres habían tenido mucha suerte y Teresa se alegraba por ello. Pero no pudo evitar lamentar que ella, que sí había tenido la suerte de encontrar a esa persona especial, no llegaría a tener su «felicidad para siempre».

Al menos, en el banquete, Teresa no se vio rodeada de viudos y divorciados, como siempre solían organizar su mesa. En aquella ocasión, compartió comida y risas con Luisa y su marido, otra pareja y un par de tías de la novia. Tras la abundante comida, la tarta, las fotos y el vals de los novios, una orquesta tocó todo el clásico repertorio de música para bodas. Después de horas bailando, Teresa tuvo que sentarse para descansar los pies que los tacones estaban destrozando. A los cinco minutos, Lara estaba sentada a su lado.

—¿Cómo lo llevas, mamá?

—No tengo que llevar nada, hija. Estoy en la boda de nuestra querida Martina y no tengo que pensar en nada más.

—Pero, desde que llegué a casa para la boda, no hemos hablado nada del tema, mami. Mañana tendré que volver y ni siquiera sé qué ronda por esa cabeza tuya.

—Lara, cariño, no te preocupes. Sí, me ilusioné con un hombre, pero la cosa no cuajó. Punto.

—Me sabe tan mal, mamá...

Otros cinco minutos después bastaron para que Lisy se sumara a la conversación.

—Estoy molida —dijo la chica antes de dirigirse a Teresa—. ¿Qué tal, Tere? ¿Cómo van esos

ánimos?

—¿Tú también? —se quejó la mujer—. Pues iban de fábula, porque estoy en una boda y me lo estaba pasando en grande. Hasta que llegasteis vosotras y me chafasteis el día.

—Es que estábamos tan contentas —suspiró Lisy—. Siempre hemos considerado que el grupo de las mejores amigas éramos las tres, pero también envidiábamos la relación tan especial que manteníais Lara y tú. A veces parecíais hermanas, y no solo por lo guapa y joven que eres, sino por tu forma de pensar, por la naturalidad con la que encarabas cada tema que tuvieras que hablar con tu hija, ya fuera sobre hombres, amor o sexo. Eres una pasada de amiga y de madre, Tere, y te mereces lo mejor.

—Gracias, cariño. —Teresa se abrazó a la amiga de su hija mientras esta se limpiaba con cuidado la humedad que había brotado de sus ojos—. Os agradezco muchísimo vuestras palabras, pero no puede ser que os chafe un día tan feliz. Es el momento de Martina y tenéis que disfrutarlo, no ponernos a llorar.

—¡Chicas! —gritó Martina, que se acercó al grupo correteando y se cogió la falda del vestido para dejarse caer de golpe en una silla—. Nunca pensé que diría esto, pero estoy hasta el moño de tanto bailar. Creo que no me queda ningún invitado al que agarrarme. —La joven se quedó mirando a Teresa y le cogió una mano—. ¿Qué tal estás, Tere?

—¡Oh, por el amor de Dios, Martina! —se desesperó la mujer—. He aguantado a estas dos como he podido, pero tú eres la novia. ¡Haz el favor de irte con tu marido!

—Tendré un montón de tiempo para estar con él —sonrió Martina—. Pero, con todo el jaleo de la boda, no he tenido ni tiempo de preguntarle a Lara por ti.

—¡Por supuesto que no has tenido tiempo! —volvió a quejarse Teresa—. ¡Estabas planeando tu boda!

—Somos las mejores amigas. —Martina le dio una mano a Lara y otra a Lisy—. Y los problemas de una son los de todas. Lara lleva días preocupada por ti.

—¡Estoy bien! —insistió.

—¿Puedo dar mi opinión? —sugirió Martina.

—Responda lo que responda la vas a dar igual —bufó Teresa.

—Pues ahí va: Tere, con el orgullo no vas a ninguna parte.

—No sé de qué me hablas.

—Oh, por supuesto que lo sabes —insistió la novia—. Has creído tanto que ese hombre la ha jodido, que, aunque lo has visto arrastrarse y jurarte amor eterno, crees que perdonarle sería rebajarte.

Teresa inspiró con fuerza y se quedó sin palabras. Lisy abrió la boca y la volvió a cerrar. Y Lara... sonrió.

—No sé de dónde sacas eso, Martina... —dijo Teresa al fin.

—Pues de mi propia experiencia —contestó la joven—. Y de la de mis amigas. ¿No recordáis cuando Lara prefirió hacerle creer a Adrián que estaba con otro porque se le había metido en la cabeza que él no la amaba? ¿O cuando Lisy decidió dejar a Sergio porque creía que ella era poco para él? O yo misma, cuando estuve a punto de no dejar que Ángel se enfrentase a su familia por mí. Cada una de nosotras, y nuestros maridos también, por supuesto, cometimos algún error que estuvo a punto de arruinar un bonito final feliz. En tu caso, Tere, tienes ese final feliz ahí, cerquita, en la punta de tus dedos. Y, aunque entiendo que somos todas muy cabezotas, no dejes que el orgullo te impida alcanzar tu propia felicidad.

Teresa, sumida en sus pensamientos, contempló a Ángel, el apuesto novio, acercarse a Martina, rodearla por la cintura y besarla en los labios.

—¿Hay reunión de chicas? —sonrió el flamante marido.

—Puedes llevarte ya a la tuya —suspiró Teresa—. Hoy es vuestro día, chicos.

Los novios se alejaron después de que Martina le guiñara un ojo a la madre de su amiga. A continuación, fue Sergio el que se acercó a Lisy, acompañado de su hija Lucía. Se despidieron y se marcharon a casa.

Teresa seguía sentada cuando se percató de que tenía a Lara a un lado y a su yerno a otro. Adrián tomó su mano derecha y le sonrió con dulzura.

—Sabes que sigues teniendo un puesto de recepcionista en mi empresa —le dijo a su suegra

—. Lo mismo que tienes tu casa en la nuestra. Pero me da la impresión de que ahora tienes aquí algo más que tu vida, tu casa o tu trabajo. —Miró a Teresa con sus penetrantes ojos azules—. Solo te puedo decir que, cuando alguna vez he imaginado lo que habría ocurrido si no le hubiese aclarado las cosas a Lara... Pienso en una vida sin ella y todo mi cuerpo se estremece de puro pánico.

—Cariño... —murmuró Lara mientras aferraba la mano de su marido.

—Mi hija también tuvo suerte de encontrarte a ti —dijo Teresa mientras trataba de que la emoción no volviera a desbordarla—. Y eso que, al principio, se las hiciste pasar canutas, con esa manía de tenerla solo como tu querida.

—¡Mamá! —la reprendió Lara.

—No importa —rio Adrián—. Me encantan las reprimendas de tu madre. —Se acercó después a Teresa para darle un abrazo y poder hacerle una confesión al oído—. Porque te adoro, Teresa, y eres la mejor madre y la mejor suegra que cualquiera podría desear.

La semana transcurrió un poco extraña para Teresa. No dejó de pensar en los consejos de las chicas y trató de averiguar si era cierto que no le daba una oportunidad a Ignacio por no dar su brazo a torcer. Mientras tanto, aunque temía que hubiese tensión en el trabajo por su fallida cita con Ismael, todos sus temores quedaron en nada cuando observó al encargado dirigir sus atenciones a una chica nueva.

—Es como una rueda —rio Sonia, su compañera—. Este hombre va rotando las que hay con las que van llegando.

—No llegamos a hacer nada —le aclaró Teresa.

—Porque te diste cuenta a tiempo.

—¿De qué?

—De que es un error liarse con alguien por despecho.

Teresa suspiró. Todo su entorno parecía haberse aliado para recordarle sus intenciones. Por suerte, en cuanto llegó el domingo por la mañana, se reunió con sus amigas para desayunar y

pasar un buen rato. Sin embargo, todas fueron conscientes del rostro desalentado de Rosa cuando ya habían pedido los churros con chocolate.

—¿Qué te ocurre, cielo? —le preguntó Cati.

—Mi bollito se ha marchado a su país —suspiró compungida—. Me confesó que echaba de menos a su novia.

—¿Y qué esperabas? —le dijo Montse—. No creerías que lo vuestro tenía futuro.

—¿Por qué no? —preguntó Rosa—. ¿Porque él era más joven que yo?

—Le doblabas la edad, tía... —alegó Cati.

—Lo sé, lo sé, chicas —gruñó—. Pero no me digáis que no hay parejas con veinte años de diferencia. Lo malo es que suele ser al revés, con el hombre mayor.

—Eran veinticinco —aludió Montse.

—Gracias por el apunte —rezongó Rosa.

—No es solo por la diferencia de edad, cielo —señaló Teresa—. Ese chico, como cualquiera de su edad, tenía su vida, la vida de un muchacho de poco más de veinte años, con una novia detrás de otra, fiestas, borracheras y locuras. No creo que pudieras seguir su ritmo. Y, aunque pudieras, tienes que reconocer que nosotras buscamos otras cosas.

—En eso le doy la razón a Tere —apostilló Cati—. Yo misma os he aconsejado muchas veces que le deis un gusto al cuerpo. O que, en mi caso, llevo tanto tiempo sin sexo que estaba dispuesta a aceptar la propuesta de cualquiera que se me pusiera a tiro. Y no es que me parezca mal, porque, a los cincuenta años, las mujeres todavía tenemos mucho que decir. Pero os voy a contar una cosa. Desde que trabajo en el supermercado, un señor viene a hacer la compra casi a diario. Le comenté en una ocasión si no era mejor hacer una compra más grande, a lo que me contestó que así se distraía, porque era viudo y vivía solo. Y así, cada vez que viene, nos echamos nuestro rato de charla mientras nos hemos ido dando cuenta de lo afines que somos, de los gustos parecidos que tenemos. Por eso decidí pedirle una cita. ¿Por qué tenía que esperar a que él diera el primer paso?

—¡No nos habías contado nada! —exclamó Montse.

—¿Y qué te contestó? —quiso saber Tere.

—Que sí —sonrió Cati—. Ayer fuimos a tomar algo y esta tarde vamos al cine.

—¿Y se puede saber cuándo pensabas contárnoslo? —refunfuñó Rosa.

—No lo sé —sonrió Cati—. Creo que me es más fácil hablar de sexo o de vuestros ligues que de algo más serio o de mí misma. Valentín no es un hombre sexy, es muy normalito, con calvicie incluida, pero me inspira ternura y, por qué no decirlo: ¡me pone, chicas!

—¿Desde cuándo te ponen los calvos? —bromeó Montse.

—Dicen que son más viriles —rio Rosa.

—¡Pronto lo descubriré! —se carcajeó Cati.

—¡Por cierto, chicas! —exclamó Montse después de las risas—. Ya sabéis que este año cumpla mis bodas de plata. ¡Pues Raúl me ha sorprendido con el regalo de un crucero por el Mediterráneo! Estoy deseando que pasemos solos toda una semana, visitando Mónaco, Roma, Florencia...

—Os vendrá genial un viaje —se alegró Teresa.

—¿Y tú, Tere? —preguntó Cati—. Todas nos hemos puesto al día de nuestros amores y desamores, pero, ¿qué pasa contigo y tu encargado de los ojos azules? Después de darle calabazas, ¿no ha vuelto a intentarlo?

—Creo que ayer triunfó con la chica nueva —sonrió Teresa.

—Pues olvídate del golfo ese —señaló Rosa—. Como bien has dicho antes, nosotras necesitamos otras cosas.

Teresa sonrió para sí. Sus amigas, con toda su buena intención, la animaban a hacer lo que ella propusiera. Estaban contentas con su relación con Ignacio, y les pareció igualmente bien que lo intentara olvidarse acostándose con otro.

—Yo ya tenía lo que necesito —confesó Teresa, dejando a sus amigas expectantes—. Ignacio representa para mí todo lo que quiero, todo lo que necesito, todo lo que admiro. Y no estoy con él por mi maldito orgullo.

—Ahora que lo dices... —murmuró Cati—. Lo hablamos entre nosotras tres y pensamos

exactamente eso, que habías sido demasiado orgullosa con tu profesor. No nos pareció que tuvieses un motivo grave para dejar pasar de largo al hombre de tu vida.

—¿Y por qué no me lo dijisteis? —preguntó Teresa confundida.

—Porque fuiste muy tajante, Tere. Viniste despotricando, indignada por lo que te había hecho, dispuesta a acostarte con el granuja guaperas de tu encargado para fastidiarle.

—No nos atrevimos a sacarte de tu error —intervino Montse.

—No te enfades —le pidió Rosa—. Solo queríamos que estuvieses contenta con tus decisiones.

—No voy a enfadarme con vosotras —sonrió Teresa—. No sois mis consejeras espirituales. Además, entiendo lo que decís. Nadie se atrevió a decirle a Rosa que lo suyo con el guiri nos parecía un disparate. Nos limitamos a animarla y a decirle que follara todo lo que quisiera.

—Eso es verdad —rio Rosa—. Me dabais la razón como a las locas. Aunque seguro que estabais muertas de la envidia.

—Eso seguro —se carcajeó Cati.

—Entonces, ¿qué vas a hacer, Tere? —preguntó Montse tras las risas correspondientes.

—Pues, buscar a mi profesor, decirle que lo amo, darle un beso en público y llevármelo a la cama.

—¿En ese orden? —preguntó Cati con una risotada.

—Ya veremos —rio Teresa también.

CAPÍTULO 14

Ignacio siguió ese día la misma rutina de siempre. Antes de dirigirse a su despacho o aula correspondiente, pasó por la cafetería del campus, se pidió un café con leche en vaso de papel y, al salir, dirigió su mirada hacia la última mesa del local. La tristeza lo volvió a inundar al verla vacía, sin la mujer que lo cautivó desde que la viera allí, sola, pensativa, observando el mundo a través de una ventana que la separaba de la lluvia.

Dolido, se dio la vuelta, accedió al edificio de la facultad y atravesó el largo pasillo que lo conducía hasta el aula. Dar clase y hablar de literatura llenaba su vida. Aunque seguía siendo bastante triste pensar que le faltaba algo y que lo había tenido al alcance de su mano.

La algarabía de los alumnos cesó cuando él entró en el aula, dejó su maletín sobre la mesa y sacó el libro de lectura correspondiente. Se sentía satisfecho de que aquellos jóvenes consideraran la lectura y sus clases tan interesantes, que no cesaran de preguntarle, de opinar o de debatir cada vez que analizaban un libro o un autor.

—Buenos días —saludó el profesor mientras se recolocaba las gafas para poder abrir el libro—. Hoy vamos a hablar de...

En ese instante levantó la vista. Le gustaba mirar los rostros de los alumnos, porque era como hablarle a cada uno de ellos. Primero observaba los de las primeras filas y después iba levantando la mirada para abarcar el resto. Fue al contemplar las últimas filas cuando la vio, a ella, a Teresa, *su* Teresa. Ocupaba el mismo lugar de las otras veces que había decidido asistir a su clase, con una libreta sobre la mesa, un bolígrafo en la mano y las gafas colgadas de su cuello, para cuando tuviese que escribir, porque solo las necesitaba para ver de cerca.

Un súbito calor impregnado de ternura, de amor y de ilusión invadió cada célula del profesor.

Sobre todo cuando ella le sonrió. Llevaba soñando con aquella sonrisa durante largas noches enteras.

—¿De quién vamos a hablar, profesor? —La voz de una alumna se coló en su estado repentino de felicidad.

—Oh, sí, perdonad —se aturulló—. Hablaremos del *Libro del buen amor*, del Arcipreste de Hita.

Ignacio siguió con su clase, hablando de la obra medieval, de cómo representaba el autor a la clase baja española a través de sus amantes, sin descuidar las miradas a sus alumnos o la entrega que él ponía en cada explicación. Sin embargo, en aquella ocasión, cada diez segundos como máximo, buscaba la última fila, donde Teresa atendía interesada a cada una de sus palabras. Lo que lo desconcertaba era que ella le sonriera en cada ocasión. No supo ni cómo fue capaz de concentrarse en aquella clase y no tirar el libro sobre la mesa para ir a cogerla en brazos y besarla.

En cuanto la clase terminó, Ignacio guardó sus cosas a toda prisa en el maletín sin perder la vista de la mujer. Durante unos instantes, la perdió entre el tumulto de alumnos que se habían puesto en pie y charlaban con el entusiasmo de la proximidad del fin de semana. El profesor buscó su objetivo y allí estaba, todavía sentada en el mismo lugar. Intentó abrirse paso entre sus alumnos para llegar cuanto antes, pero un grupo de estudiantes lo interceptó a mitad de camino.

—¡Profesor, profesor! —gritaron mientras se abalanzaban sobre él.

—¿Qué sucede, chicos? —preguntó mientras trataba de mantener la visión de Teresa.

—Permítanos que le digamos que la clase de hoy ha sido especialmente interesante —le dijo una alumna entusiasmada.

—Pensábamos que la literatura medieval nos iba a parecer un rollo —bromeó un alumno—. Pero nada más lejos.

—Y es gracias a usted, profesor —añadió otra estudiante—. Consigue crearnos interés con cada época literaria.

El profesor respondió con amabilidad a tantos halagos y se despidió de los jóvenes antes de

levantar la vista de nuevo hacia los pupitres del fondo. Desconcertado, no encontró a nadie.

—Joder, Teresa —rezongó—. ¿Dónde demonios te has metido? ¿O es que acaso te he imaginado?

A grandes zancadas, Ignacio dejó el aula y recorrió con rapidez el pasillo mientras trataba de ubicar el rostro de la mujer entre tantas personas. Salió al exterior y empezó a dar vueltas sobre sí mismo, rodeado de gente. ¡No podía ser! ¡Estaba seguro de haberla visto!

Intentó su última posibilidad y se dirigió a la cafetería. Entró, oteó el local y... sí, había hecho lo correcto. Porque Teresa estaba sentada en la última mesa, junto a la ventana, con dos vasos de café con leche. Ignacio se acercó y colgó su cartera en el respaldo de la silla, tal y como hiciera la primera vez que pidió permiso para sentarse en aquel mismo lugar.

—Pensé que te había imaginado —suspiró Ignacio con alivio—. Pero estabas ahí, en mi clase.

—Sí —se limitó a decir Teresa con una sonrisa.

—Pero luego has desaparecido —le dijo, todavía en pie.

—Tus fans enfervorecidos no me han dejado ni un hueco —volvió a sonreír.

—Y ha sido cuando has decidido venir a la cafetería. ¿Has elegido este lugar por algún motivo especial? —murmuró Ignacio, todavía con el corazón encogido por si aquella mujer volvía a desaparecer.

—Sí —musitó Teresa—. Porque te esperaba a ti.

Entonces sí, Ignacio se dejó caer sobre la silla y buscó las manos de Teresa para envolverlas con las suyas.

—Yo llevo esperándote toda mi vida —murmuró Ignacio—. Has tardado un poco en aparecer —sonrió—, pero estás aquí y es lo que importa.

Teresa todavía temblaba, de ansia, de anhelo y de emoción.

—Te he echado de menos —prosiguió el profesor—. Un día sin ti me parece más desalentador que toda la década que llevo solo.

—Ahora déjame hablar a mí —sonrió Teresa—, o seguirás dedicándome todo un repertorio de palabras bonitas y me quedaré embobada escuchando.

—Perdona —sonrió el hombre.

—Soy yo la que desea pedirte perdón —le confesó Teresa—. Te dije un montón de cosas horribles aquella noche en mi casa. Y, por supuesto, no estoy saliendo con nadie, aunque es verdad que lo intenté.

—No importa. —Ignacio compuso una mueca—. Poco a poco se me va pasando el trauma. Quizá lo olvide en uno o dos años.

Teresa rio ante aquella muestra de humor de Ignacio.

—Yo también te he echado de menos —continuó Teresa—. ¿Sabes? No dejo de pensar en el hecho de que, después de pasar contigo tan solo unas pocas semanas, ahora no sea capaz de imaginar mi vida sin ti. Tantos años sin conocerte y siento que has estado siempre a mi lado.

—Se supone que soy yo el de las palabras bonitas —le dijo Ignacio emocionado al tiempo que presionaba un poco más las manos de Teresa.

—No quería dejar pasar ni un minuto más para decirte lo que siento —añadió Teresa—. Ya hemos perdido un tiempo precioso por nuestros errores y no está la cosa como para desaprovecharlo. Te quiero, Ignacio, porque me encanta escucharte, porque adoro pasear contigo, porque me haces reír y porque me otorgas una paz que jamás creí posible.

Ignacio parpadeó para esquivar la humedad que amenazaba con cubrir sus ojos y hasta sus gafas se empañaron.

—Yo también te quiero, Teresa, porque, cuando pensaba que podía seguir con mi vida y era feliz, apareciste justo aquí, en este mismo lugar, y me hiciste comprender que me faltaba algo grande y precioso. Algo tan grande y precioso como el amor que siento por ti.

Teresa, emocionada, volvió a pensar en el tema de la edad, y reconoció que, en algunas personas, las emociones se pueden vivir incluso más intensamente a los cincuenta que a los veinte.

—Oh, se me olvidaba —añadió Ignacio a su declaración de amor—. No imaginas lo mucho que te deseo. Me muero por besarte, por abrazarte y por hacerte el amor toda la noche. Y no me preguntes si seríamos capaces porque ya hemos demostrado que sí —rio.

—Y ahora es cuando me pongo a llorar como una tonta —sonrió Teresa mientras se secaba los ojos con una servilleta de papel.

—Los dos hemos sido unos tontos —dijo Ignacio—. Pero creo que ha llegado el momento de dejarse de tonterías.

Sin que Teresa lo esperase, Ignacio la cogió de la mano, la apartó de la mesa y la dirigió al centro de la cafetería. Acercó dos sillas vacías y se subió en una de ellas al tiempo que tiraba de Teresa para que se subiera en la otra. De pronto, el bullicio del local se transformó en los leves murmullos de las personas que los miraban boquiabiertas pero sonrientes.

—¿Qué haces? —murmuró Teresa—. ¡Nos está mirando todo el mundo! ¡Te recuerdo que eres el serio profesor de literatura y el decano!

—¿Prefieres que pase una circular que anuncie lo nuestro? —preguntó Ignacio divertido—. De esta forma, todo el mundo se dará por enterado.

—¿Crees que es necesario? —susurró Teresa cuando él tomó su rostro entre las manos.

—Por supuesto que sí. Que todos sepan que el aburrido profesor nunca ha sido tan feliz.

Tras la última palabra, Ignacio posó su boca en la boca de Teresa y la besó con dulzura pero con pasión, acaparando los labios femeninos con los suyos propios mientras ella aceptaba su lengua durante un instante que le pareció demasiado corto.

Los inesperados espectadores prorrumpieron en vítores, aplausos y gritos mientras la pareja reía. Ignacio bajó de nuevo al suelo y cogió a Teresa por la cintura para ayudarla a bajar también. Envueltos todavía entre aplausos y silbidos, salieron corriendo al exterior. Una vez fuera del alcance de curiosos, volvieron a besarse tras el cobijo que les ofrecía uno de los olivos que sembraban los jardines del campus.

—Tengo clase en unos minutos —murmuró Ignacio mientras acariciaba la mejilla y el cabello de la mujer—. Pero, si quieres, puedo cancelarla.

—Sabes que no colaría ninguna excusa después de nuestro espectáculo —bromeó Teresa—. Además, entro a trabajar dentro de un rato. Llevo el turno de tarde y llego a casa a altas horas de la noche.

—¿Nos vemos mañana, entonces? —sugirió Ignacio.

—Claro —contestó Teresa ligeramente decepcionada—. Hasta mañana.

A las diez en punto de la noche, en cuanto terminaba la jornada, Teresa debía darse prisa en lavarse las manos, cambiarse y salir en busca de la parada del autobús, puesto que, si perdía el de las diez y cuarto, debía esperar al siguiente, que no pasaba hasta las once. Lo mismo le ocurría a Sonia, su compañera, que cogía el mismo autobús aunque se bajase un par de paradas antes.

—Espera, Teresa, no corras tanto —le dijo Sonia mientras atravesaban la puerta de la fábrica y salían a la calle.

—¡Se nos hace tarde! ¡Vamos!

Tras la última exclamación, Sonia se dio de bruces con la espalda de Teresa, que frenó tan en seco que se escucharon las suelas de sus botas sobre el asfalto.

—¿Qué haces?! —exclamó la compañera—. ¿Por qué has parado...?

Sonia lo comprendió todo cuando observó a un hombre que, apoyado en el lateral de un coche, parecía esperar a alguien. Y supo que la persona que esperaba era a Teresa al contemplar las sonrisas de ambos.

—Está aquí... —musitó Teresa.

—¿Es él? —preguntó Sonia—. ¿Tu profesor? ¿El que querías olvidar con Ismael?

—Sí, es él —susurró Teresa—. Es mi profesor. El que nunca podría olvidar con ningún otro.

—Si te sirve mi opinión —dijo Sonia con un deje de diversión—, me gusta mucho más este hombre que nuestro encargado. Ese aire intelectual, serio, culto... Esa espesa cabellera, las gafas, la barba... Mmm, me lo comía sin dejarme ni un pelo.

—Ahora veo que tus gustos son iguales a los míos —se carcajeó Teresa de los comentarios de su amiga. En ese instante, Ismael pasó cerca de las mujeres y se montó en su coche con la enésima chica con la que salía en un mes.

—Vamos, a qué esperas —la animó Sonia.

Teresa le hizo caso y se acercó a Ignacio mientras su compañera quedaba algo rezagada.

—Qué sorpresa —dijo Teresa con emoción—. Has venido a buscarme al trabajo —rio.

—¿De verdad pensaste que, después de lo vivido hoy, iba a esperar tranquilamente hasta mañana? —La aferró de una mano y tiró de ella para pegarla a su cuerpo.

—Me decepcioné bastante —confesó Teresa—. Había pensado, incluso, en presentarme esta noche en tu casa, aunque hubiese tenido que sacarte de la cama —bromeó.

—No va a hacer falta —murmuró Ignacio—, porque es allí, exactamente, donde vamos a terminar.

Teresa dejó que la abrazara y besara, aunque tuvo que interrumpir el beso cuando se escuchó un leve carraspeo a su espalda.

—Oh, perdona, Ignacio. Quiero presentarte a mi compañera, Sonia.

—Un placer —dijo el hombre tras los dos besos correspondientes.

—Me alegro de que estéis juntos —comentó Sonia tras el saludo—. Hacéis una pareja preciosa, en serio.

—Gracias, bonita. —Teresa la abrazó—. ¿Quieres que te acerquemos a casa?

—Otro día —señaló con una sonrisa mientras se dirigía a la parada—. Hoy necesitáis estar solos.

Y tenía razón.

Una vez al amparo de su casa, Ignacio cerró la puerta del piso de una patada y se lanzó a besar a Teresa al tiempo que comenzaba a desabrocharle la blusa.

—Espera un momento —farfulló Teresa entre besos—. Después de todo el día entre piezas grasientas me hubiese gustado darme una ducha...

—Tú quieres ducharte y yo no estoy dispuesto a esperar ni un segundo más —señaló Ignacio mientras atrapaba a Teresa de la mano—. Así que, ambos tendremos lo que queremos.

El profesor abrió el agua para esperar a que se calentara mientras se deshacía de la chaqueta, la camisa y el resto de la ropa. Teresa, con la misma rapidez, se desprendió del jersey, los pantalones y la ropa interior. A continuación, ya desnudos, se colocaron bajo el chorro del agua caliente.

—No te confundas —bromeó Teresa—. Los dos queríamos lo mismo.

Sintiendo la cascada caliente sobre sus cabezas, comenzaron a besarse con ansia mientras sus manos recorrían cada rincón de sus cuerpos. Ignacio devoró la boca femenina antes de seguir un recorrido de besos ardientes por la garganta y los pechos. Se dio un festín con sus pezones al tiempo que bajaba su mano hasta el sexo húmedo y ansioso de la mujer.

—Si me tocas así —jadeó Teresa—, no tardaré nada en...

—¿En qué, cariño? —preguntó Ignacio mientras se arrodillaba en el suelo de piedra y le abría las piernas a Teresa—. Qué es lo que no tardarás en hacer...

Teresa pensó que se moriría allí mismo de placer si aquel hombre le seguía expulsando el aliento entre sus piernas.

—Correrme —gimió Teresa—. No tardaré nada en correrme...

—Pues lo harás en mi boca, mi amor.

Teresa se vio obligada a sujetarse a la cabeza de Ignacio mientras este devoraba con codicia sus labios íntimos y su clítoris. Tal y como había augurado, la lengua del hombre solo tardó unos segundos en provocarle un estremecedor orgasmo. Tras las convulsiones, Ignacio se puso en pie para abrazarla y besarla.

—Eres maravillosa, cariño.

—Y todavía no sabes cuánto, cielo —sonrió ella con expresión lujuriosa.

Sin dejar de mirarlo a los ojos, Teresa aferró el prieto glúteo masculino con una mano mientras con la otra afianzaba la gruesa erección.

—¿Y tú, profesor? —le preguntó de forma taimada—. ¿Cuánto tardas tú?

Antes de esperar respuesta, Teresa se arrodilló frente a Ignacio, tomó su miembro entre las manos y deslizó su lengua a todo lo largo antes de llevárselo a la boca. Tras muchísimo tiempo, había vuelto a experimentar el placer que podía proporcionarle un hombre con la lengua, pero también deseaba revivir lo que era sentir el placer de un hombre en su boca, la lujuria, el deseo, la sensación de poder que implica tenerlo a su merced.

—Ya basta —gruñó Ignacio mientras tomaba a Teresa de los brazos para ponerla de nuevo en

pie. Levantó una de sus piernas y penetró su cuerpo.

—¿Lo vamos a hacer de pie? —jadeó Teresa mientras recibía las embestidas del profesor, que la obligaban a agarrarse a una de las estanterías. Varios botes de gel y champú se precipitaron al suelo.

—Pues claro que sí. —Ignacio tomó la otra pierna de Teresa para que las enroscara en su cintura y continuó embistiendo.

Teresa no estaba segura de si él podría con su peso, pero ya no tuvo ocasión de preguntar nada más. Se aferró a la espalda de su amante mientras el placer volvía de nuevo a arrasar todo su cuerpo. El orgasmo la hizo gritar mientras Ignacio se estremecía por su propio clímax. En mitad de las convulsiones, la estantería donde se asía Teresa se desprendió de la pared, por lo que ambos acabaron en el suelo del pequeño habitáculo. Ignacio, tumbado de espaldas para proteger a la mujer, aprovechó para cerrar el agua y Teresa no dejaba de reírse.

—Madre mía —siguió riendo—. Mira que si nos rompemos un hueso mientras lo hacemos...

—Mis huesos están perfectamente —rio Ignacio también—. Aunque no sé si mi dedo gordo del pie pensará lo mismo. Le ha caído el bote de champú encima y he visto las estrellas. Suerte que había otras más brillantes.

Teresa continuaba retorciéndose de la risa.

—Tal vez sea una mala idea hacerlo de pie y en la ducha, con todo tan resbaladizo... —siguió riendo Teresa.

—¿Acaso tienes alguna queja? —sonrió el profesor mientras apartaba el cabello mojado del rostro de la mujer.

—Por supuesto que no —sonrió Teresa, devolviéndole el gesto a Ignacio con una caricia en su húmeda barba—. Ha sido el mejor polvo de mi vida.

—Te aseguro que el mío también —rio Ignacio con ganas antes de empezar a moverse—. Vamos a salir de aquí y a secarnos. Me ha entrado hambre.

—A mí también —rio Teresa—. Debe de ser la falta de costumbre de hacer tanto ejercicio.

—A partir de ahora —le dijo el profesor mientras ambos se colocaban algo de ropa—, estarás

bastante más entrenada. —Se acercó a ella y volvió a besarla.

—Eso espero —dijo ella divertida—. Hace poco nos quejábamos mis amigas y yo de que se nos iba a resecar. Pues a mí me parece que no.

Ignacio escuchaba divertido a Teresa mientras preparaba algo rápido de cena y ambos se sentaban en los taburetes de la cocina.

—Así que —comentó Teresa mientras disfrutaba de la tortilla de champiñones—, además de culto y buen profesor, sabes cocinar.

—Y realizar cualquier tarea de la casa —sonrió Ignacio—. Soy un poco desordenado con mis cosas, pero solo lo relacionado con el trabajo. Soy ordenado y limpio con mi ropa y dejo el baño resplandeciente.

—¿Estás queriendo decirme algo? —preguntó Teresa mientras trataba de averiguarlo ella misma en la mirada suave pero cargada de anhelo del profesor.

—Este piso no es muy grande —prosiguió el hombre—, pero, si lo tuviera que compartir, ordenaría un poco mejor mi despacho para hacer el salón más acogedor. Solo tiene un dormitorio, pero el sofá se convierte en cama y...

—Dímelo ya, Ignacio —le pidió Teresa después de sellarle la boca con un dedo.

—Quédate conmigo, cariño —le rogó—. No quiero conformarme con quedar por las tardes o con que pases alguna que otra noche en mi casa. Te quiero cerca, aunque yo esté preparando mis clases en mi despacho y tú leyendo en el salón. Aunque nuestros horarios no coincidan demasiado o tú desees pasar el fin de semana con tu hija o desayunar los domingos con tus amigas. Quiero aprovechar cada segundo que se nos permita.

—No sé... —suspiró Teresa—. Tanto tú como yo llevamos solos demasiado tiempo... ¿Y si la convivencia resultara un fracaso y ambos acabáramos decepcionados?

—¿De verdad lo crees? —preguntó Ignacio.

Teresa observó el cabello sembrado de canas del profesor, los anchos hombros que la ropa solía ocultar, o sus manos, tan suaves y elegantes. Pero también contempló su cálida mirada, el anhelo que desprendía con cada gesto y cada palabra.

—No —respondió—, no lo creo. Sinceramente, mi querido profesor, creo que nuestra convivencia será un éxito y que seguiremos profundamente enamorados cincuenta años más.

Ignacio se levantó del taburete, cogió a Teresa de la mano y la condujo al salón. Una vez allí, buscó la lista de canciones de su teléfono y eligió una de ellas. Se acercó a Teresa y la abrazó mientras arrancaban las notas de *Before you go*, de Lewis Capaldi. Bailaron al ritmo de la balada, aunque se podría decir que se abrazaban, se miraban y se besaban mientras la música los envolvía y ellos la ignoraban.

Al final, los besos fueron los protagonistas y, cuando las manos de ambos buscaron la piel desnuda del otro bajo la camiseta, decidieron que ya era el momento de volver a hacer el amor, aunque de forma algo más pausada y en una cama.

—¿Podrás otra vez, tan seguido? —preguntó Teresa mientras jadeaban sobre la cama.

—Tengo que recuperar el tiempo perdido —sonrió Ignacio mientras besaba los pechos femeninos—. Todo el que perdí mientras te esperaba a ti.

CAPÍTULO 15

Tres meses después

En aquella ocasión, Teresa eligió el AVE para viajar hasta Madrid. Estaba contenta y emocionada porque, al día siguiente, iba a celebrar su cincuenta cumpleaños en casa de su hija. Incluso viajaron con ella Montse, Cati y Rosa, que no cesaron de parlotear todo el camino, con lo que consiguieron hacerle mucho más ameno el viaje, aunque ella no estuviera muy pendiente de la conversación por sus propios pensamientos.

Porque no podía evitar sentirse triste y decepcionada. Las amigas de Lara, sin ir más lejos, no iban a poder asistir. Lisy tenía una boda pendiente —a la que también debía asistir Luisa, su madre y amiga de Teresa— y Martina había recibido a última hora una llamada de urgencia de los laboratorios en los que trabajaba.

Pero lo que más la afligía era la ausencia de Ignacio. Hacía varios días que ya la había informado de que no podría asistir.

—¿Qué me dices, Ignacio? —le había preguntado, confusa—. ¿Cómo que no vas a estar en mi cincuenta cumpleaños?

—De verdad que lo siento, cariño, pero no he podido hacer nada. Ese mismo fin de semana debo estar en Valencia para impartir un curso.

—¿Y no puedes aplazarlo o...?

—Si pudiera lo haría, cielo, créeme, pero me es imposible. Dejaría colgados a los organizadores, a los asistentes que se apuntaron y pagaron por ello hace muchos meses...

—Claro, lo entiendo —le había dicho ella aunque no lo sintiera.

—No te preocupes, cariño. El lunes haré todo lo posible por estar en Madrid. Y te

compensaré.

Pero aquella promesa no la había tranquilizado. El lunes ya habría pasado su cumpleaños. La fiesta la había preparado Lara con todo su cariño y él no iba a estar presente. Además, Lara e Ignacio no se conocían todavía en persona, y ya había dado por hecho que lo harían en aquella fiesta...

—Vamos, Tere, anima esa cara —la sobresaltó de pronto Cati—. Cumplir cincuenta años no es ningún drama.

—¡Claro que no! —ratificó Rosa—. Precisamente, estás haciendo ahora muchas de las cosas que no hiciste más joven. Tienes pareja, un buen trabajo, buenos amigos... ¡hasta te has puesto a estudiar!

—Solo soy oyente...

—Creo que la cara larga de Tere no se debe a la cifra de su cumpleaños —intervino Montse.

—La verdad es que no —suspiró Teresa—. Que Ignacio no haya podido venir me ha dejado muy chafada, chicas.

—¡Por cierto! —exclamó de pronto Cati—. ¡He aprovechado que he cobrado y me he comprado un maquillaje espectacular! ¡Os dejaré que lo probéis y todo!

A Teresa la exasperó ese cambio radical de tema, como si a nadie le importara lo que ella sentía. Para colmo, Lara le había enviado un mensaje para avisarla de que cogieran un taxi, porque ella no podría ir a buscarlas debido a su importante trabajo. Teresa bufó mientras ella y sus amigas se introducían en el vehículo. Se sentía ninguneada por todas partes. Y para rematar el clavo, una vez se apearon del taxi, ya en el domicilio de Lara, sus tres amigas salieron corriendo, emocionadas por todo lo que estaban viendo.

—¡Madre mía, Tere, menuda casa tiene tu hija!

—¡Y menudo jardín!

—¡Y qué pasada de piscina!

Y, tras las exclamaciones de admiración, desaparecieron al final del camino de entrada, dejando a Teresa sola, pagando el taxi y arrastrando la maleta.

—Genial —gruñó—. Menudo cumpleaños.

La puerta de entrada a la casa estaba entreabierta. Teresa la empujó y, de pronto, se llevó la mano al pecho por la sorpresa. Como en la escena más manida de una película, las luces se encendieron de pronto y apareció un montón de gente.

—¡¡Sorpresa!!

Teresa juró mentalmente que no se lo esperaba. ¡Lara le había dicho que se celebraría el sábado, no el viernes por la noche!

Pero si algo la emocionó de verdad fue ver a las personas que se encontraban allí, bajo un enorme número cincuenta hinchable de color rojo. En el centro de la estancia se encontraban Lara y su yerno, Adrián. Y, como no podía ser de otra forma, también estaban Lisy y Sergio con Lucía, la hija de este, y Carmen, la abuela de la niña. Junto a ellos, Martina y Ángel. También las madres de las chicas, Luisa y Ana, las que tanto la ayudaron años atrás. ¡También estaba Sonia, su compañera! Por supuesto, sus queridas amigas, Montse, Cati y Rosa, que la miraron con picardía por haberla entretenido durante el viaje para alejarla de los nefastos pensamientos que llevaban acosándola varios días.

Porque Ignacio también había acudido. Se encontraba junto a Lara, y, sonriente, le guiñó un ojo, gesto que a Teresa le aceleró el corazón. Antes de poder dar las gracias, las luces se apagaron de nuevo y lo sumieron todo en la oscuridad total. Hasta que el resplandor de un pastel cubierto de velas encendidas surgió como por arte de magia en manos de Lara.

—¡Cumpleaños feliz! ¡Cumpleaños feliz! —cantaron todos mientras se aproximaban a ella.

¡Había cincuenta velas encendidas!

Teresa inspiró con fuerza y después sopló a conciencia hasta que creyó que se quedaría sin aire en los pulmones.

—¡¿Cómo se os ocurre montar semejante fogata?!

—¡Feliz cumpleaños, mami! —Lara fue la primera en abrazarla y llenarla de besos.

—¡Dijiste que sería mañana! —se quejó Teresa.

—Es lo que tienen las sorpresas —rio su hija—. Si las cuentas, dejan de ser sorpresa.

A continuación, todas las personas allí reunidas se acercaron a abrazarla y felicitarla. Ignacio se quedó el último.

—Felicidades, cariño mío —le dijo dentro del abrazo, antes de besarla apasionadamente ante los silbidos de todos.

—Te voy a matar —lo reprendió Teresa tras el beso—. ¿Cómo se te ocurre engañarme? ¡Decirme que no ibas a poder estar!

—No lo regañes, mami —intervino Lara, que se acercó a ellos—. Fue idea mía. En defensa de Ignacio alegaré que estuvo a punto de chafarnos la sorpresa porque el pobre no soportaba la idea de decirte algo así ni de engañarte.

—Si hubieses visto tu cara cuando te dije que no estaría en la fiesta... —señaló Ignacio—. Te vi tan desamparada y a la vez tan decepcionada que pensé que me mandarías al sofá una semana como mínimo.

—Estuve a punto —rio Teresa.

—Por fin he conocido a tu profesor —comentó Lara al tiempo que enlazaba sus brazos con su madre e Ignacio—. Y creo que no hace falta que te diga lo que este hombre te quiere, mamá.

—No, no hace falta —sonrió Teresa—. Sé lo que me quiere porque es casi tanto como lo quiero yo.

Después de la sorpresa y las confidencias hubo risas, brindis y, tras la tarta, un montón de regalos para la homenajeadada. Teresa abrió paquetes con lencería picante, bolsos, ropa y un viaje a París, regalo de Lara y Adrián. De nuevo, Ignacio se quedó el último en ofrecer su regalo. Como si todos supiesen algo que ella desconocía, se hizo un momento de espeso silencio mientras Ignacio se ponía en pie y se acercaba a Teresa. Ante los atónitos ojos de la mujer, el profesor sacó una pequeña caja del bolsillo y se arrodilló frente a Teresa. El silencio se hizo aún más evidente.

—¿Qué es esto, Ignacio? —balbució Teresa cuando él abrió la caja y mostró el anillo que guardaba en su interior.

—Esto es una petición de matrimonio —declaró Ignacio con una sonrisa nerviosa—. Teresa,

mi amor. Estos tres meses que llevamos viviendo juntos, han sido los más felices de mi vida. Sé que no es mucho tiempo, pero no quiero perder ni un solo día más. Te quiero y te necesito a mi lado, para siempre. ¿Quieres casarte conmigo?

Teresa desvió un instante la vista para fijarla en todos los que la observaban, aquellas personas a las que tanto amaba. Su hija, Lara, lo más preciado para ella, había comenzado a llorar. Sus amigas sonreían, expectantes, ante la esperada respuesta que ella iba a dar. Después miró a Ignacio, arrodillado ante ella, mirándola con tanto amor, que no pudo evitar las lágrimas de la emoción.

—Claro que sí, profesor —sonrió Teresa al tiempo que alargaba su mano y dejaba que él insertara el anillo en su dedo anular—. Me casaré contigo.

Todos aplaudieron con ganas el beso que selló la promesa y, a continuación, siguieron festejando. Porque había mucho que celebrar.

EPÍLOGO

Cinco años después

Como en su primera cita, a Ignacio y Teresa les seguía encantando pasear por el casco antiguo de Barcelona, por sus calles estrechas llenas de historia, por la catedral y los hermosos edificios que componían aquel barrio. Les gustaba sentarse en alguna de las terrazas de las plazas adoquinadas, rodeadas de flores y cubiertas con marquesinas.

La diferencia de aquel día estibaba en que no paseaban solos. Empujaban un carrito con un bebé de un año: el hijo de Lara y Adrián. Teresa se había ofrecido a cuidárselo unos días mientras ellos estaban de viaje.

—¿Qué te parece, cariño? ¡Somos abuelos! —rio Teresa—. Dios mío, soy abuela...

—Eres la abuela más hermosa y sexy de la tierra —la halagó su marido al tiempo que la enlazaba por la cintura y le daba un tierno beso en los labios, promesa de mucho más.

Porque, ambos estaban seguros de que, si el amor no tiene edad, el sexo tampoco. El tiempo continuaba dejando su huella día a día, año tras año, con una nueva arruga, una cana o una piel menos tersa. Pero seguían disfrutando de sus cuerpos y de numerosas noches de pasión.

—Siento que tú tengas que representar el papel de abuelo también —bromeó Teresa.

—Es un orgullo para mí ser el abuelo del hijo de Lara —le dijo con cariño.

Seguían viviendo en el piso de Ignacio y este seguía dando clases en la universidad, algo que continuaría haciendo hasta que se jubilase. Teresa, tras asistir como oyente a diversas clases durante un año, decidió matricularse para seguir con sus estudios de Filosofía, aunque seguía aceptando trabajar en alguna fábrica cuando se lo ofrecían porque estaba acostumbrada a buscarse la vida. A sus cincuenta y cinco años, estaba a punto de graduarse.

Todavía paseaban por las inmediaciones del parque de la Ciudadela, cuando se toparon de frente con una familia. Ambos se sorprendieron al reconocer a Raquel, la primera mujer de Ignacio, y a Miguel, su marido. Sus dos hijos los acompañaban. Sin poderlo evitar, Teresa dirigió su atención al hijo mayor, Pablo, que ya había cumplido quince años. Trató de encontrarle algún parecido con su marido, pero ningún rasgo le hizo presagiar que pudiera ser su hijo o no.

—Vaya, qué sorpresa —dijo Raquel—. ¿Y este niño?

—Es de mi hija —aclaró Teresa.

—Nuestro nieto —añadió Ignacio.

—Oh, enhorabuena —los felicitó Raquel—. ¿Qué tal os va, pareja?

—Bien, genial —respondió Ignacio—. Estar casado con la persona adecuada es lo mejor del mundo. —Miró de soslayo a Miguel—. Veo que vosotros podéis decir lo mismo.

—Sí —respondió Miguel, mirando con cariño a su mujer—, también nos va bien.

Hubo un leve instante de tensión. La pareja observó de reojo a Ignacio, que, a su vez, tampoco había podido evitar fijarse en el adolescente. Tal vez temieron algún comentario del profesor que pudiera ponerlos en un aprieto, pero este se limitó a sonreír y a desearles lo mejor antes de despedirse.

—¿Te arrepientes de no haber pedido una prueba de paternidad? —le preguntó Teresa cuando prosiguieron con el paseo.

—No —respondió Ignacio—. Para él es mejor así. Y para mí... es suficiente con saber que, sea quien sea su padre biológico, el chaval tiene un padre, que es Miguel.

—Lamento que nos conociéramos cuando ya no podíamos tener hijos, Ignacio —suspiró Teresa.

—Yo no —señaló el profesor—. Tengo mucho más de lo que hubiese soñado, amor mío. A ti, tu amor, una familia. —Miró al pequeño Adrián, que se entretenía con un juguete que no paraba de mordisquear.

—Gracias, cariño. —Teresa acarició la barba de Ignacio, donde habían aumentado considerablemente las hebras blancas—. Nos costó unos cuantos años, pero la espera mereció la

pena.

—Te lo he dicho muchas veces —sonrió el profesor con ternura—. Pasé solo todos esos años porque te esperaba a ti.

REFERENCIAS A LAS CANCIONES

(1) *Sueño* ©Copyright 2020, Warner Music. Interpretada por Beret y Pablo Alborán

(2) *Don't call me up* ©Copyright 2019, Polydor/Capitol Records. Interpretada por Mabel

(3) *Physical* ©Copyright 2020, Warner Bros. Interpretada por Dua Lipa

(4) *Before you go* © Copyright 2019, Virgin EMI Records. Interpretada por Lewis Capaldi

AGRADECIMIENTOS

Quiero volver a agradecer a mi familia su cariño y su apoyo para que siga publicando historias. De nuevo, a mi marido y mis hijos, que me siguen ayudando y me apoyan en esta nueva faceta mía. Mi espalda sigue dándome problemas, puesto que la edad no perdona, pero sigo con la ilusión de escribir, aunque sea poquito a poquito.

Y, cómo no, gracias, también, a aquellos lectores que han decidido darme otra oportunidad, a mí y a esta nueva historia, la de Teresa. Espero haberos vuelto a entretener y a haceros soñar durante su lectura.

¡GRACIAS!

SOBRE LA AUTORA

Desde mi infancia, son muchos los momentos que me recuerdo con un libro en las manos, leyendo cualquier tipo de género, devorando letras sin parar. Pero fue hace muy poco tiempo que descubrí la literatura romántica, y pude constatar de primera mano lo mucho que esas historias me entretenían, me ayudaban a evadirme y me transportaban a un mundo paralelo de fantasía y de amor. Por eso decidí probar a escribir una de esas novelas que tanto me gustaban y me enamoraban. A QUIÉN SE LE OCURRE ENAMORARSE fue la primera novela que publiqué. Le siguió DOS AMORES INESPERADOS y, a continuación, VENDO MI ALMA POR TI.

Se suponía que la historia de Martina cerraba la serie MEJORES AMIGAS, pero entonces se me ocurrió escribir la de Teresa, la madre de Lara, porque me vi reflejada en ella en muchos ámbitos de la vida. Espero que también os guste y os entretenga.

¡¡Saludos y hasta pronto!!